

LITERATURA AMERICANA

TROZOS ESCOGIDOS

EN PROSA Y VERSO

ORIGINALES DE AUTORES NACIDOS EN LA AMÉRICA LATINA

SELECCIÓN HECHA

POR

MARTÍN CORONADO

TOMO SEGUNDO. — POESIA.

BUENOS AIRES

IGON HERMANOS, EDITORES

Librería del Colegio

60, CALLE BOLÍVAR, Y ALSINA, 90

1885

[Handwritten signature or stamp, possibly "M. J. ..."]

Esta obra es propiedad de los editores, quienes la ponen
bajo la protección de la ley.

Sumire Mayá
1918.

ADVERTENCIA.

Al frente de una colección de poesía americana, ninguna introducción podría reemplazar á la que escribió para la suya don Juan María Gutiérrez, en el « Correo del Domingo » (1). Nada puede decirse mejor, ni con más exactitud en el juicio, ni con más conocimiento de la materia.

No queremos, pues, entrar en consideración alguna al respecto, limitándonos á recomendar la lectura de aquella hermosa página á los que quieran preparar su espíritu para recoger dignamente las vibraciones relampagueantes de la lira americana.

Sólo diremos algunas palabras por vía de advertencia.

Este libro, como el de trozos en prosa que le antecede, es indudablemente estrecho para contener, aun limitándolo mucho, el tesoro de poesía que va á poner al alcance de todos; pero aparte de que, como en aquél lo hemos dicho, tenemos el deseo y la voluntad de ampliar la obra en tomos sucesivos,

(1) Va inserta en el primer tomo de esta obra, abriendo la selección de los trozos en prosa.

hemos tratado de que, aun aisladamente, pueda responder al objeto que lo ha originado.

Para esto, y á fin de presentar el mayor número posible de poetas, no hemos puesto de cada uno sino una sola composición, buscando siempre que sea de las mejores que se le conozcan. De esta manera, si bien no puede decirse que la colección sea completa, ella llena su objeto dentro de los cortos límites que se le asignan.

Los temas elegidos son tan varios como lo exige una colección de este género, y esta variedad responde, no sólo al deseo de hacer más agradable el libro, sino también al propósito de subsanar con ella la limitación forzosa que nos pone en el caso de presentar bajo una sola faz á cada poeta.

Nuestra selección, por lo demás, se ha hecho de manera que el libro pueda lo mismo servir de modelo inspirador á la juventud, como de consulta al literato, ó como de dulce solaz á los que aman en la poesía la más alta y más bella manifestación de la inteligencia.

TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA AMERICANA

EL DESIERTO .

(De *La Cautiva*.)

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. ✱ El desierto,
Incommensurable, abierto
Y misterioso, á sus pies . . .
Se extiende; — triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.

LITERATURA A.

Do quier campos y heredades
Del aye y bruto guaridas,
Do quier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él sólo puede sondar.

À veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa ; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí ! — ¡ Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver !
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura ;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer, △

Las armonías del viento,
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿ Qué pincel podrá pintarlas,
Sin deslucir su belleza ?
¡ Qué lengua humana alabarlas !

Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nitida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor,
Serenos y diáfanos el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo .
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
Ó las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,
El yajá, de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
 Que el vasto horizonte ardía :
 La silenciosa llanura
 Fué quedando más oscura
 Más pardo el cielo, y en él,
 Con luz trémula brillaba
 Una que otra estrella, y luego
 Á los ojos se ocultaba,
 Como vacilante fuego
 En soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,
 Con su claroscuro manto,
 Veló la tierra; una faja
 Negra como una mortaja,
 El occidente cubrió;
 Mientras la noche bajando
 Lenta venía, la calma
 Que contempla suspirando,
 Inquieta á veces el alma,
 Con el silencio reinó.

Entonces como el rüido
 Que suele hacer el tronido
 Cuando retumba lejano,
 Se oyó en el tranquilo llano
 Sordo y confuso clamor;
 Se perdió... y luego violento,
 Como baladro espantoso,
 De turba inmensa, en el viento
 Se dilató sonoro
 Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
 Del ágil potro arrogante

LITERATURA AMERICANA.

El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando ;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿ Quién es? ¿ Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿ Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿ Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡ Oid! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino ;
¡ Mirad! — Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero impetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma ;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz

¿ Dónde va? ¿ de dónde viene?
¿ De qué su gozo proviene?
¿ Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?

¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía ;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando : — « Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

» Ya los ranchos do vivieron
Presas de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿ Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
Á libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán. »

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba ;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,

Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

•

CUADRO DEL HOGAR.

Un gabinete octógono; las flores
En vasos de alabastro transparente;
En los muros, tapices de colores;
A lo lejos el eco de una fluente.

Un velador allí; luz sonrosada
Los blancos artesones alumbrando;
Un piano más allá, y en su almohada,
Dos niños abrazados dormitando.

Abierta la ventana; de la luna
Un rayo deslizándose en la afombra;
Junto á la imagen del Señor, la cuna;
Bajo los olmos del jardín, la sombra.

Allí la esposa está: junto al piano,
Que opalescente luz alumbrá apenas,
Acaricia las teclas, y su mano
Parece un ramillete de azucenas.

Los largos pliegues de su bata cubren,
Como velo de virgen, sus hechizos,
Y dos rosas muy blancas se descubren
Entre la negra noche de sus rizos.

Gentil sacude de su talle esbelto
La vaporosa y perfumada falda,
Y arroja en trenzas el cabello suelto
Sobre el terso alabastro de la espalda.

Las ondas opulentas de su traje
Mal ocultan los hombros con su bruma,
Que aparecen, saliendo del encaje,
Como Venus brotando de la espuma.

À veces una ráfaga indiscreta
Que penetra, agitando la cortina,
Con brazos impalpables la sujeta
Y sus formas de arcángel adivina.

Otras, la luna con fugaz reflejo
Se desliza á través de la ventana,
Y arroja su silueta en el espejo
Con los contornos plásticos de Diana,

¡Qué cuadro! ¡Los pequeños sonriendo,
Grupo de querubines del Ticiano,
Dos seres en un éxtasis viviendo,
Y Schúbert sollozando en el piano!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL MISIONERO.

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;

Cuando la ciencia idólatra mentía;
 Y el arte prostituido blasfemaba,
 Y en el estruendo de perpetua orgía
 La miserable humanidad rodaba
 Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
 Con su gigante sombra cubrió el suelo,
 Y el hombre en ella al estampar sus pasos
 Sintiendo al Dios que el Universo encierra,
 Alzó la fente al cielo
 ¡ Y cayó de rodillas en la tierra!

¡ Así la humanidad fué redimida,
 Así el Cristo en la cruz cambió su suerte;
 Así desde el espanto de la muerte
 Á la inmortalidad alzó la vida!
 Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
 Sólo la Cruz alcanza :
 ¡ Ella es la tabla en que salvó el abismo
 Desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila
 El ideal del arte se transforma;
 La stirpe humana misma
 Girando en el perpetuo torbellino
 Donde la guía el resplandor divino,
 Acercándose á Dios cambia de forma.
 La ciencia balbuciente
 Llama al dintel de la verdad en vano,
 Sin encontrar siquiera
 La ley que rige la materia inerte,
 ¡ Y enciende el pensamiento soberano,
 Que en la frente del hombre reverbera
 Como diadema del linaje humano !

 ¿ Qué ha sido de la espada,
 Qué ha sido del poder y de la gloria

Con que la España deslumbró la historia
Al pisar en la América ignorada?

¡Lo que fué de la estela
Que en las olas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela
Que guió de Colón la fe cristiana!
¡Sólo quedó la cruz del Misionero
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
Lo ve la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma en su esperanza tierna :
Todo pasa en el mundo,
Todo cambia en los ámbitos del orbe :
¡La Cruz sólo es eterna!

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
¡Yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz... yo muero en ella !...
Yo soy su misionero,
Yo soy su combatiente solitario ;
¡Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del Calvario !

Soy el hijo proscrito
De la familia humana,
¡El hogar de la paz y la alegría
Se cierra para siempre al alma mía,
Que ata el lazo bendito
Que el padre al hijo ligará mañana !

En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente ;

Y en el lecho doliente
 Donde exhalas el último suspiro
 De la vida precaria,
 ¡Yo aliento tu partida,
 Te enseñé el rumbo de la eterna vida
 Y te levanto al ciclo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
 Bajo la noble cota del soldado,
 Yo te sigo á la brecha del combate
 Con la sandalia de mi pie llagado;
 Y entre el humo y la sangre y la metralla
 Que ocultan á los cielos tus despojos,
 ¡Te hago besar la Cruz en la batalla
 Y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
 ¡Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
 Bajo la saya que mi cuerpo viste
 Llevo el arma divina,
 Llevo la Cruz sagrada
 Que las tribus caribes ilumina:
 ¡La Cruz, más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
 La fe sublime en que tu amor reposa;
 La Cruz, donde repite el niño tierno
 La oración de la madre y de la esposa;
 ¡La Cruz, que en el regazo
 De la sagrada tierra
 Que las cenizas de tu padre encierra,
 Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
 Y á la sombra de Atila se lanzaron

Y á la espantada Europa sorprendieron
 Y entre sus propias ruinas la abismaron,
 El *Fraile* moribundo

Hasta en las Catacumbas perseguido,
 Salvó en las Catacumbas escondido

El progreso del mundo :

¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
 La civilización, que alza en su huella

El hombre hasta la gloria,
 Al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué un tiempo tu mansión paterna,
 Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,

Qué fué tu patria entera

Donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
 Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?

¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano
 Que recibe del bárbaro la flecha,

Y abre en sus hordas la primera brecha

Al pensamiento humano!

¡Y sobre el rastro de la sangre mía
 Con que el desierto indómito fecundo,

Tiende la libertad la férrea vía

Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo

En la vida de glorias rodeada

Quando la muerte mi pupila cierra?...
 ¿Qué puedé sollozar en mi recuerdo?

¡El pedazo de piedra

Que me sívió de almohada,

Y el mendrugo de pan con que la tierra

Alimentó mi paso en mi jornada!

¡Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, sólo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbria...
El gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
Por la gloria del hombre eternamente...
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡Escúpteme en la frente!

RICARDO GUTIÉRREZ.

LA LOCOMOTIVA.

Ni el cóndor de los Andes que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul región,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulmán de tez morena
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movible arena
La media luna de su herrado pie;

Ni el barco humeante cuyo peso abrumba
Y fatiga las olas de la mar,
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma
Como luciente polvo de cristal;

Ni, el aereonauta audaz, ni la ligera
Góndola del Adriático veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente,
Que bulle cual la lava del volcán,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre, arrebatando al infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo y el espacio y el confin.

Más que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilón,
Y olas vomita de su ardiente boca.
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se ve en su vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retemblando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbón.
Mientras fluctúa en el azul del cielo
Cual larga nube su penacho en pos.

¡Terrestre Leviatán! ¡Vuela! ¡Devora!
¡Con tu ala de vapor azota el viento;

Lleva á la noche el rayo de la aurora,
Y al hombre esclavizado el pensamiento!

Como antorcha del siglo brilladora
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendón de guerra :
— El hombre es rey y su sitial la tierra.

CARLOS AUGUSTO SALABERRY.

EL NIDO DE CONDORES.

I.

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña :
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña :

¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes.
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
« Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante. »

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido .
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II.

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
¡En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
 Iba en pos de la niebla fugitiva,
 Dando caza á las nubes en Oriente ;
 ¡Ó con mirada altiva
 En la garra pujante se apoyaba,
 Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana — ¡inolvidable día! —
 Ya iba á soltar el vuelo soberano
 Para surcar la inmensidad sombría
 Y descender al llano,
 Á celebrar con ansia convulsiva
 Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
 En las hondas gargantas de Occidente ;
 El rumor del torrente desatado,
 ¡La cólera rugiente
 Del volcán que en horrible paroxismo
 Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
 Resonaron después. Relincho agudo
 Lanzó el corcel de la argentina tierra
 Desde el peñasco mudo ;
 ¡Y vibraron los bélicos clarines
 Del Ande gigantesco en los confines !

Crecida muchedumbre se agolpaba
 Cual las ondas del mar en sus linderos ;
 Infantes y jinetes avanzaban
 Desnudos los aceros,
 ¡Y atónita al sentirlos la montaña,
 Bajó la frente, y desgarró su entraña! (1)

(1) Pasaje de los Andes. — 23 de Enero de 1817.

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
 Amor de patria y libertad los guía;
 ¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
 Donde la onda bravía
 Más ruda azote el piélago profundo,
 Van á morir ó libertar un mundo!

III.

Pensativo á su frente, cual si fuera
 En muda discusión con el destino,
 Iba el héroe inmortal que en la ribera
 Del gran río argentino,
 Al León hispano asió de la melena
 ¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
 Á la cresta más alta, repitiendo
 Con estridente grito: « ¡éste es el grande! »
 Y San Martín oyendo,
 Cuál si fuera el presagio de la historia,
 Dijo á su vez: « ¡mirad! ¡ésa es mi gloria! »

VI

Siempre batiendo el ala silbadora,
 Cabalgando en las nubes y en los vientos,
 Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
 ¡Y á sus roncos acentos,
 Tembló de espanto el español sereno
 En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
 El estridor de la feroz pelca;
 Viento de tempestad llevó á su oído

Rugidos de marea;
 ¡Y descendió á la cumbre de una sierra,
 La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid! — Por las laderas
 Bajaban los bizarros batallones,
 ¡Y penachos, espadas y cimeras,
 Cureñas y cañones,
 Como heridos de un vértigo tremendo
 En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! — En la humareda
 La enseña de los libres ondeaba
 Acariciada por la brisa leda
 Que sus pliegues hinchaba:
 ¡Y al fin entre relámpagos de gloria,
 Vino á alzarla en sus brazos la victoria! (1)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
 Grito inmenso de júbilo salvaje;
 ¡Y desplegando en la extensión vacía
 Su vistoso plumaje,
 Fué esparciendo por sierras y por llanos
 Girones de estandartes castellanos!

V.

¡Desde entonces, ¡nrete del vacío,
 Cabalgando en nublados y huracanes,
 En la cumbre, en el páramo sombrío,
 Tras hielos y volcanes,
 Fué siguiendo los vívidos fulgores
 De la bandera azul de sus amores!

(1) Batalla de Chacabuco. — 12 de Febrero de 1817.

¡ La vió al borde del mar, que se empinaba
 Para verla pasar, y que en la lira
 De bronce de sus olas entonaba,
 Como un grito de ira,
 El himno con que rompe las cadenas
 De su cárcel de rocas y de arenas !

La vió en Maipu, en Junin, y hasta en aquella
 Noche de maldición, noche de duelo,
 En que desapareció como una estrella
 Tras las nubes del cielo ;
 ¡ Y al compás de sus lúgubres graznidos
 Fué sembrando el espanto en los dormidos ! (1)

¡ Siempre tras ella, siempre ! hasta que un día
 La luz de un nuevo sol alumbró al mundo :
 El sol de libertad que aparecía
 Tras nublado profundo,
 ¡ Y envuelto en su magnífica vislumbre,
 Tornó soberbio á la nativa cumbre !

VI.

¡ Cuántos recuerdos despertó el viajero
 En el calvo señor de la montaña !
 Por eso se agitaba entre su nido
 Con inquietud extraña ;
 ¡ Y al beso de la luz del sol naciente
 Volvió otra vez á sacudir las alas
 Y á perderse en las nubes del Oriente !

¿ Á dónde va ? ¿ Qué vértigo lo lleva ?
 ¿ Qué engañosa ilusión nubla sus ojos ?

(1) Sorpresa de Cancha Rayada. — 19 de Marzo de 1816.

¡ Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores !

¡ Va a posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Pórque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento !

¡ Y allá estará ! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce á su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarlo, como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo : ¡ Éste es el grande !

OLEGARIO V. ANDRADE.

LA FUGA DE LA TÓRTOLA.

(CANCIÓN.)

¡ Tórtola mía ! sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
Á un beso ahora, y otro después,
¿ Por qué te has ido ? ¿ qué fuga es ésa,
Cimarronzuela de rojos pies ?

¿ Ver hojas verdes sólo te incita ?
 ¿ El fresco arroyo tu pico invita ?
 ¿ Te llama el aire que susurró ?
 ¡ Ay de mi tórtola, mi tortolita,
 Que al monte ha ido y allá quedó !

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
 ¿ De qué te sirve batir el ala,
 Si te amenazan con muerte igual
 La astuta liga, la ardiente bala
 Y el cauto *jubo* (1) del *manigual*? (2)

Pero ¡ ay ! tu fuga ya me acredita
 Que ansias ser libre, pasión bendita
 Que aunque la lloro la apruebo yo.
 ¡ Ay de mi tórtola, mi tortolita,
 Que al monte ha ido y allá quedó !

Si ya no vuelves, ¿ á quién confío
 Mi amor oculto, mi desvario,
 Mis ilusiones que vierten miel,
 Cuando me quede mirando al río,
 Y á la alta luna que brilla en él ?

Inconsolable, triste y marchita, .
 Me iré muriendo, pues en mi cuita
 Mi confidente me abandonó.
 ¡ Ay de mi tórtola, mi tortolita,
 Que al monte ha ido y allá quedó !

JOSÉ JACINTO MILANÉS.

(1) Culebra delgada y común que vive entre las piedras en los campos de Cuba.

(2) *Manigual*, conjunto de arbustos ; lo mismo que maleza.

A MI HIJA MARÍA DEL PILAR.

Tengo en el valle de la vida un lirio :
Mi dulce hija. Placidez, candor,
Luz en la noche acerba del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella
Gentileza, ternura, suavidad :
Destello azul de mi eclipsada estrella
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello ;
De las espigas en sazón, la tez ;
El talle de Polimnia, erguido el cuello ;
Dátil nuevo de Smirna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar '
Gracioso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos : inocencia ;
Su frente : inspiración ; y es tanto así
Que de ella emana la divina esencia
Del astro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamaránla su hermana ;
La clara fuente, ninfa ; el campo, flor ;
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva salvaje el ruiñeñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobace en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
O la profunda inmensidad del mar.

À su lado el espíritu se eleva
Y se aspira el olor de la virtud ;
Mi vida en ondas mansas se renueva
Remontando à la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina à recibirme avanza,
La imagino en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me soñó en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío ;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡ Si la viese hoy la madre ! ¡ quién podría
Su júbilo, su gloria traducir !
¡ Oh, mi muerta adorada !... ¡ Oh, mi Sofía !...
¡ Por qué tan sola te dejé partir !...

La que mimara infante, es virgen pura
Coronada de mirto y azahar,
Mirra escogida, incienso de la altura,
En mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto.
Las arenas quemáronme los pies :

Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy y sin mañana y sin después.

Ven, hija, ven, que el templo está derruido ;
Sus columnas tumbara el vendabal.
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré.
La campiña á tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid.
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo.
¡ Aves del cielo, céfiros, venid !

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador, mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada,
¡ Dios te conduzca al suspirado edén !

CARLOS GUIDO Y SPANO.

LA GOLONDRINA.

Ave de las negras plumas,
Golondrina,
Que rasgando las espumas
Vas bebiendo en curso vago
El agua del patrio lago,
Cristalina.

Ave de rápido vuelo,
Que improvisas
Un viaje al azul del cielo,
Y al ver las campestres galas,
Vuelves al campo las alas
Indecisas.

Tú que cruzas de ola en ola,
Palpitante,
Sin mirar una vez sola
Con quién loca te entretienes,
Porque alegre vas y vienes.
Delirante.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡ Cuántas veces he pensado
Que, como tú, fugitivo,
También puedo alzar mi altivo
Pensamiento !

Siempre haciendo en raudo giro
Loco alarde,
Avecilla, yo te miro
Cómo bajas, cómo subes,
Ya en el viento, ya en las nubes
De la tarde.

¿Es por la luz que te alegras
Incendiaria ?
Ave de las plumas negras,
Al ver la estrellada alfombra,
¿Es que la noche te asombra
Solitaria ?

Tan pronto en verde paisaje
Te contemplo,

Como en el seco ramaje,
Como en la fuente que corre,
Como en la pardusca torre
De algún templo.

Ya visitando los muertos,
Importuna,
Oyes los ruidos inciertos,
El rumor de las ciudades,
À las tristes claridades
De la luna.

Ya, si la flor campesina
Cierra el broche,
Tú te alejas, golondrina,
Por escuchar la primera
La campana plañidera
De la noche.

Saliendo á veces del monte,
Sin fatiga
Vas derecho al horizonte
Con tal soltura y donaire,
Que no hay ave por el aire
Que te siga.

Y luego allá, de las nubes
Maravilla,
Después que tan alto subes,
Al ver que tus plumas ajas,
Cierras tus alas y bajas,
Avecilla.

Tal, siendo niño, gozando
Mi desvío,
Me divertía arrojando

Las conchas que iba cogiendo,
Por verlas después cayendo
Sobre el río.

¡Ay! entonces mi fortuna,
Mis amores,
Eran el sol, la laguna,
Sus barquillas, y los nidos.
En los ramos suspendidos
De las flores.

Con los niños compañeros
De mi infancia,
Trepaba á los coeoteros ;
Y cuando en alto me vía,
Era grande mi alegría,
Mi arrogancia.

Que acaso yo de mil modos
Me pensaba.
Que era más grande que todos,
Y de orgullo satisfecho
El corazón en mi pecho
Palpitaba.

Sueño sin luz y sin nombre,
Tan profundo,
Que lanza después al hombre,
Para realizar su instinto,
Por el ancho laberinto
De este mundo.

Sueño de ardiente cariño
Sobrehumano ;
Porque es allá cuando niño
Que se abriga en la memoria

Ese sueño de la gloria
Soberano.

¡ Ah! ¡ la gloria!... es un delirio,
Luz soñada,
Que se convierte en martirio
De la frágil existencia ;
¡ Ah! ¡ la gloria!... ¡ es la demencia,
Sombra y nada !

Lo sé; mas volar te veo
Por las nubes,
Ave, y mi muerto deseo
Se aviva, y lloro, y me afano,
Y quiero subir en vano
Cual tú subes.

Que si algo estimo esta vida
Transitoria,
Es que en mi mente se anida
La esperanza, el loco empeño
De darle cima á ese sueño
De la gloria.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡ Cuántas veces he pensado
Que á tu vuelo raudo, altivo,
Es igual mi fugitivo
Pensamiento !

JOSÉ R. YÉPES.

LOS TRÓPICOS

¡ Los trópicos ! ¡ radiante palacio del Crucero,
Foco de luz que vierte torrentes por do quier !
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación terrena
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza, llena de timidez y frío,
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo : « ¡ basta ! » volviéndole sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron,
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán,
Las aves que la arrullan en armonía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
Se visten con las nubes de la cintura al pie ;
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido, del Andes morador,

Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos el tigre y el jilguero,
Tucanes, guacamayos, el león y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátíl, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetación exhala,
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,
No emana sino vida y amor y brillantez :
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro rey :

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento,
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

¡ Los trópicos ! El aire, la brisa de la tarde,
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente,
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ ay ! otra indecible, sublime maravilla,
Los trópicos encierran, magnífica : la luz ;
La luz, ardiente, roja, cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿ Á dónde está el acento que describir pudiera
El alba, el medio día, la tarde tropical,
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
Ó del millón de estrellas un astro nada más ?

Allí la luz que baña los cielos y los montes,
Se toca, se resiste, se siente difundir ;
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová,
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por'si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
É hidrópica de vida, revienta por los poros,
Vegetación manando para alfombrar su pie;

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él.
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y mas arriba cisnes de nitido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde,
Que vaga como pardo perfume del altar ;

Y muere silenciosa mirando las estrellas,
Que muestran indecisas escuálido color, . .

Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma,
Allí se poetiza la voz del corazón;
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolás de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito Ser,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
Con iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la virgen madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

JOSÉ MÁRMOL

EL POETA.

¡Oh! ¡Dejadlo pasar! No necesita
De vuestra vida el mentiroso halago:

La multitud su corazón agita
Como los vientos el cristal del lago.

Allá va entre la turba solitario
Sin encontrar á su dolor abrigo,
¡Él, que en su mente como en un santuario
El cielo lleva sin cesar consigo!

Hijo de Dios, la potestad que crea
En vez le dió de vanidosos nombres ;
Que Dios formó al poeta de la idea
Mientras de barro modeló á los hombres.

El mundo, contemplándole altanero,
Le denomina con desprecio *loco*...
¡ Cuando al soñar, el universo entero
Para ocupar su pensamiento es poco !

Y él necesita compasión : su alma
Al soplo sólo del dolor se abate,
Como se inclina la gallarda palma
Cuando el *simún* ardiente la combate.

Su corazón, cual tierna sensitiva,
Marchito está por el menor tormento ;
Cada impresión su padecer aviva,
Y es una espina cada pensamiento.

Mas también ¡ admirad ! cuando se elevan
Del suelo vuestras moles colosales,
Cuando el esfuerzo y la paciencia llevan
Hasta el cielo á los míseros mortales ;

Cuando, presa de penas y amarguras,
De la impotencia os debatís debajo,
Y gastáis por llegar hásta la altura
Mares de llanto y siglos de trabajo ;

Él, por el mundo sin piedad proscrito,
 No cual vosotros el afán emplea:
 Para lanzarse audaz al infinito,
 ¡ Le basta sólo concebir la idea!

FRANCISCO COSMES.

À LA VICTORIA DE ITUZAINGÓ.

(FRAGMENTOS.)

Descended hacia mí, Numen del canto,
 Mientras el genio de la Historia corta
 La pluma de oro, que á la tierra deje,
 Cual yo la miro en el momento, absorta,
 Mientras jaspes, y mármoles, y bronces
 El buril no penetra,
 Y á los siglos de entonces
 Grabada pasa indestructible letra;
 O mientras en estatuas colosales
 El mundo no conoce todavía
 Esos republicanos inmortales,
 Blasón eterno de la patria mía.
 Descended hacia mí, Numen del canto;
 Y si un mortal feliz pudiese tanto,
 Mi verso irá por cuanto Febo dora,
 Del Austro á los Triones,
 Y, leído en las playas de Occidente,
 Llevado por la Fama voladora,
 Admirará después á las naciones
 Que reciben la lumbre refulgente
 Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el bátrato profundo

Y respirando rencorosa saña,
 Porque ya no asolaba al Nuevo Mundo,
 Como cuando triunfamos de la España,
 El monstruo de la guerra concitara
 A la Ambición sedienta,
 Y la Ambición sangrienta,
 Que del monstruo los ecos escuchara;
 Usurpadora al llamamiento acude.
 La Venganza sus crímenes prepara,
 La Discordia sus viboras sacude,
 Y atruenan sus rugidos el Averno.
 Estos genios del mal luego quebrantan
 Las eternas puertas del infierno,
 Con hórrido alarido al mundo espantan,
 Y al Brasil se lanzaron,
 Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente
 Que en el Brasil domina,
 Tiende á los bellos campos del Oriente
 Una mano alevosa y asesina;
 Y con enojo horrible y bronco tono,
 « No puede ser (clamó) que el argentino
 Así se burle de la voz del trono,
 Y tenga más poder que del destino.
 El mío es dominar un hemisferio,
 Que tuvo la osadía
 De aspirar á ser libre en algún día;
 Ni basta á mi ambición mi solo imperio. »

Así dijo el tirano: pero escrito
 Estaba ya en el alto firmamento
 Con caracteres ígneos su delito,
 Con caracteres ígneos su escañamiento.
 Escrito estaba, y de la voz divina

El fallo irrevocable, el cumplimiento
 Confióse á la República Argentina.
 Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
 El flamigero acero descolgaron,
 Esos mismos aceros que algún día
 Las falanges ibéricas segaron,
 Cuando otro rey imbécil nos queria
 Arrebatar la independencia cara,
 Y que el baldón de América durara.

Ya tremolante veo
 Aquel mismo estandarte,
 Que en otro tiempo vió Montevideo,
 Cuando sañudo Marte
 El muro amenazaba y los pendones
 Ornados de castillos y leones.
 Ya las voces escucho
 De los mismos guerreros,
 Que fueron el terror de los iberos
 En Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;
 Guerreros argentinos, que llevaron
 Triunfantes sus banderas,
 Desde la margen del undoso Plata
 Hasta el ópimo Chile. Las barreras .
 Eternas de los Andes se allanaron
 Al marchar de los fuertes campeones;
 Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
 Y con igual decoro
 En el Perú la espada desnudaron,
 Y de sangre enemiga la lavaron
 En las corrientes del Rimac sonoro.
 El Ecuador los vió, Quito amagada
 Miró argentinos y quedó asombrada;
 Y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo
 En bélico furor toda la tierra.

Justo rencor á la nación conmueve,
 Justa venganza cada pecho encierra,
 ¿Y quién es el valiente que se atreve
 Á conducir los bravos á la guerra?
 ¿Quién es el general que en si confía?
 ¿Cuál es más fuerte si el acero blande?
 ¿A quién la patria sus venganzas fía?
 ¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?
 Alvear se mostró : toda la hueste
 Con vitores festivos le aclamaba :
¡ Éste es el vencedor, el genio es éste!
 Y la hueste sus triunfos presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
 Las naos brasileras
 Oprimen formidables y altaneras.
 En marcial fuego y belicoso brio
 Arda la capital, los campos ardan :
 Mas ¿cómo irán á la oriental ribera
 Los fuertes adalides, que ya tardan,
 Y de cuyo ardimiento sólo espera
 La libertad el oprimido Oriente?
 ¡ Tardar ! No lo consiente
 El marino impertérito, terrible,
 Que sintiéndose intrépido, invencible,
 Se decide á forzar á la Victoria
 Á que empiece á tejerle la corona,
 Con que muy pronto en Uruguay las sienes
 Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil,
 Pero no débil desde que él se alzara ;
 Y la espumante prora . . .
 Que divide las ondas cristalinas,
 Convierte al enemigo vencedora.

Se arroja de las aguas argentinas,
 Y, en un combate y mil, al mundo enseña
 Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
 Del sublime valor, que la desdeña,
 No tiene en las hazañas parte alguna.
 Mientras que, vencedor por su destino,
 Brown combatía la tremenda flota,
 Quedaba libre el líquido camino,
 Y á la playa remota
 Volaban las legiones
 Que al causador de tan inicua guerra
 Á mostrar iban ya nuestros pendones
 Triunfantes en las aguas y en la tierra.

Como cuando retiembla el pavimento,
 Del fuego subterráneo conmovido,
 Y el río, en encontrado movimiento,
 Ó retorna al lugar donde ha nacido,
 Ó, en curso desusado,
 Baña los campos que no había bañado ;
 Así retiembla la campaña en torno
 Bajo el pie del alipedo caballo,
 Y así en varias y opuestas direcciones,
 Corren los formidables escuadrones,
 Y ya la falda de la sierra tocan,
 Que inexpugnable al enemigo abriga,
 Y ya vuelven al llano y le provocan
 Sin perdonar trabajo ni fatiga.
 ¡ Campos de Ituzaingó ! Los que valientes
 Os cubrirán de gloria,
 Y harán que se conserve entre las gentes
 Con respeto y honor vuestra memoria,
 Hoy se ven precisados
 A simular pavor y retirarse,

Por probar si se atreven á lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados :
Mas del castigo tiemblen espantoso,
Con que habrán de pagar en algún día

La torpe villanía

De obligar al ardid á un valeroso.
Así dijo Alvear, y á las legiones
Que ansiaban el momento de venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavora,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.

Pero el bronce tronó ; la Muerte fiera
Subió en su carro á la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y al ímpetu feroz con que arremete
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago á la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea
Sin herir, sin matar ; los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mutuo furor se despedazan ;
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces ;
Y el puñal fiero y el recovdo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,

Sirven más al furor de la venganza,
Y en silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza.

Sin elección la Muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere ; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningún bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas ;
Brazo á brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alvear los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena :
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando á Brandzen,
« Allí (dijo) el combate es más sangriento,
Y nuestra patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha. »
No dijo más: el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande,
Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
Á la arena con ímpetu descende :
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos

Renovó del soldado : tal un día
 Allá á los campos de la antigua Troya
 Héctor descendería,
 Con un valor igual, con igual suerte,
 En demanda de Aquiles y la muerte.
 Y el momento llegó: la Parca avara,
 De matanza vulgar no satisfecha,
 Una víctima grande señalara,
 Y Brandzen **expiró** . . . ¡Golpe terrible!
 ¡Oh brasileras huestes ! Más valiera
 Que tal honor el hado
 En este día atroz no os concediera.
 La sangre que el campeón ha derramado
 Mil vidas vale, y el estrago horrendo
 Ahora empezará. « ¡Venganza ! » grita
 El intrépido Paz : « ¡Venganza ! » clama
 Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
 Y « ¡Venganza ! » Alvear también responde.
 Toma el lugar de su difunto amigo,
 Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
 Y se lanza cual rayo, al enemigo,
 El soldado le sigue : vanamente,
 Con la muerte de Brandzen orgulloso,
 El experto jinete brasilerero
 Oponerse pretende al horroroso,
 Al repetido choque : allí el acero
 Corta, hiende, destroza, despedaza.
 Como torrente, el escuadrón furioso
 Por sobre miembros palpitantes pasa,
 Por sobre moribundos atropella,
 Atraviesa de sangre el ancho lago,
 Deja á su espalda el espantoso estrago,
 Y en sólida falange al fin se estrella.
 La aguda bayoneta la defiende
 De aquel impetu ciego,

Y el mortífero plomo se desprende
 De su prisión de fuego ;
 Pero más bravo el argentino avanza
 Por el camino que le abrió la lanza
 Y del fogoso bruto el ancho pecho.
 Ciérrase luego : el escuadrón deshecho
 Vuelve, júntase, estréchase, acomete
 Con ímpetu mayor, con mayor ira,
 Y ôtra vez y mil veces se retira,
 Y otra vez y mil veces arremete.
 Así las olas la muralla embaten,
 Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
 Retroceden, y vuelven, y furiosas
 Con repetido empuje la combaten,
 Hasta que se desploma á lo más hondo
 La contrastada mole, y victoriosas
 Revuelven los escombros en el fondo.

De lo más elevado
 De los aires desciende de repente
 Un trono refulgente
 De azul y de oro y resplandor cercado.
 Armoniosos cantares
 Mil coros celestiales repetían,
 Y las sombras de Brandzen y Besares
 El pedestal del trono sostenían.
 Belgrano estaba en él: su frente orlaba
 El laurel de la gloria,
 Y en su mano brillaba
 La espada que nos daba la victoria
 Cuando Belgrano fué : — « Basta de sangre,
 (El héroe prorumpió); que éste es el día
 » En que, en otro Febrero,

LITERATURA AMERICANA.

» Rendir vió Salta el pabellón ibero (1),
» Y cubrirse de honor la patria mía.
» Este estrago terrible, este escarmiento,
» Es sacrificio á mi memoria digno,
» Y digno de la patria el vencimiento.
» Argentinos, triunfad ». Dijo, y benigno.
Á la sien de Alvear en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
Entonces el Terror: el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
Á quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar á sus pies la horrible alfombra
Que le dejó la muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;
Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

1827.

JUAN CRUZ VARELA.

LA FLOR DE LA CANA.

Yo vi una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,

(1) La batalla de Ituzaingó se dió el 20 de Febrero de 1827
La victoria de Salta tuvo lugar en igual día de 1813.

Ó quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta,
Como cuando saca
Sus primeros tilos
La flor de la caña.

La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas.
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida canaria,
Que el viento mecía
Como flor de caña.

Su acento divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta ;
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa rie
La flor de la caña.

El domingo antes

De semana santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde le juraba,
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
La flor de la caña.

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya ;
Un tabaco puro
De Manicaragua,
Con una sortija
Que ajusta la capa,
Y en lugar de tripa, .
Le encontré una carta,
Para mí más bella

Que la flor de caña.

No hay ficción en ella,
Sino estas palabras :
« Yo te quiero tanto
Como tú me amas. »
En una reliquia
De rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada ;
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Tén piedad del triste
Que tanto te ama ;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivencs
Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas ;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansian

Quién es mi veguera,
Diré que te llaman,
Por dulce y honesta,
La flor de la caña.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS.

A MI CABALLO.

Rey de los llanos de la patria mía,
Mi tostado alazán; ¡quién me volviera
Tu fiel y generosa compañía
Y tu mirada inteligente y fiera!

¿Has llorado por mí? Cuando otra mano
Limpia el polvo á la crin de tus melenas,
¿Recibes las caricias siempre ufano,
Advjertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
Tan sólo de recuerdos ha vivido,
Y en todos los caminos de este mundo
La imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana,
La constante visión de la memoria,
El sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
La nativa llanura abandonaste,
Y el lago cristalino y azulado
En el rico pesebre recordaste,

¡ Es tan hermoso el cielo ! ¡ son tan bellos
 Los astros que en el Plata se reflejan !
 ¡ Con renegridos ojos y cabellos
 Esclavo el corazón sus hijas dejan !

Crecen allí las flores y las mieses
 Sin el cansancio de la frente humana,
 Y señala el camino de los meses
 Fruto sabroso que perfume emana...

¿ Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora,
 Cuando llegando á la ventana mía,
 Hallaste mi cabeza indagadora
 Ante el libro doblado que mentía ?

Ya del oriente el resplandor velaba
 Del lucero de amor la mustia lumbre,
 Y la aromada brisa que reinaba,
 El pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí, como incompleto
 Mi ser me pareció, tendí los brazos,
 Y sólo sombras y silencio quieto
 Halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
 Que en mi inocente corazón nacía,
 Y á mi joven, incauta inexperiencia,
 Placeres y deleites prometía.

¡ Placer... deleite ! espinas y dolores
 Sólo encontré cuando clavé los ojos
 En los de una mujer, tan seductores
 Que alfombra hizo á su pie de mis despojos.

¡ Oh ! yo la amé cual se ama la primera,
 La vez primera que el amor sentimos,

Cuando está el corazón en primavera,
Y al sol de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampa leve
Besé de sus pisadas vagarosas,
Sobre la yerba de la senda breve
Formada de jazmines y de rosas,

Y en el arena de mi patrio río,
Cuando Ella entre las bellas argentinas,
En las auroras dulces del estío
Se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
Más de una vez has inundado el seno
De otro alazán fogoso y diligente,
Con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas á las tuyas confundidas
Se vieron muchas veces en la arena,
Cuando en voces del alma desprendidas
Conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
Por mi amada en los campos preferido,
Y el paso redoblabas placentero
De mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez desde tu inquieta espalda
De flores despoblé la enredadera,
Para adornar su sien de una guirnalda
Que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,
Puesto ya el sol, su calle y su ventana,
É inclinando la frente, te parabas
Ante la que era el sol de mi mañana.

¡ Todo pasó ! del pobre desterrado,
 En el variable pecho de la bella
 No hay ni un recuerdo del amor pasado,
 Ni en sus paternos campos una huella.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

SERENATA.

I.

Si yo del aura sollozadora
 Fingir pudiera las dulces quejas
 Cuando en la tarde, cuando en la aurora
 Besa lasciva y aduladora
 El jazminero que da á tus rejas ;
 Yo te hablara al oído
 Cosas tan bellas,
 Que tu alma se embriagara
 Pensando en ellas ;
 Cosas escritas
 Por magos misteriosos
 Y morabitas,
 De allá del Oriente garridas leyendas
 De presas sultanas en redes de flores,
 Que lloran desdenes en noches horrendas
 Ó al son de la guzla deliran de amores.
 De estancias ocultas, por silfos bordadas
 De nítidas perlas, de rojos rubies,
 Do bajan aéreas en nubes rosadas
 Brindando placeres ardientes huries.
 Y allá en la siesta, con voz sonora
 Yo te contara lindas consejas,

Si de la brisa sollozadora
 Fingir pudiera las dulces quejas
 Cuando en la tarde, cuando en la aurora
 Besa lasciva y adolorada
 El jazminero que da a tus rejas.

II.

En una tarde limpia y serena,
 ¡Siempre me acuerdo! de Mayo hermosa,
 De la nostalgia la amarga pena
 Llevó indecisa mi planta ociosa
 Por las orillas del Magdalena.

Un viejo me seguía

Con paso leve;

De cabellera blanca

Como la nieve;

Su frente mustia

Revelaba latidos

De intensa angustia.

— ¿Quién eres? me dijo; tu afán infinito
 ¿Qué busca vagando por estos lugares?

— Yo soy un poeta, yo soy un proscrito,
 Que cuento novelas llorando pesares.

— Pues mira, en la choza que tienes delante,
 Aquella á quien cubre gentil sicomoro,
 Allí vivió Mila, la niña inconstante,
 La niña inconstante de trenzas de oro.

En una noche... No cuento ahora

De aquel anciano memorias viejas,

Porque del aura sollozadora

Fingir no puedo las dulces quejas,

Cuando en la tarde, cuando en la aurora

Besa lasciva y adolorada

El jazminero que da á tus rejas.

III.

En una gruta que el Guaire baña
Con sus corrientes limpias y suaves,
Me enseñó un indio la lengua extraña
Que hablan las brisas, que hablan las aves,
Que hablan las flores de la montaña.

Yo sé de las estrellas
Mil liviandades :
Sus amores ocultos,
Sus falsedades ;
Sé las secretas
Y licenciosas citas
De esas coquetas.

Yo entiendo las notas del manso arroyuelo,
Que rueda entre juncos, gimiendo congojas ;
Yo sé lo que sueñan las aves del cielo,
Yo sé lo que dicen temblando las hojas ;
Yo sé la tristeza que á un lirio importuna,
Si el lirio se rinde de amor al halago ;
Yo sé lo que dicen los rayos de luna
Jugando en las aguas dormidas de un lago ;
Y te contara lo que atesora
El mundo ignoto de las abejas,
Si yo del aura sollozadora
Fingir pudiera las dulces quejas,
Cuando en la tarde, euando en la aurora
Besa lasciva y aduladora
El jazminero que da á tus rejas.

IV.

Tú tienes mucho de la mañana,
Púrpura y nieve tu rostro enseña,

Y á más ostentas gallarda, ufana,
La donosura de la limeña,
La gentileza de la cubana.

Por un sí de tus labios
; Tan hechiceros !
Astillarán sus lanzas
Cien caballeros,
Y un rey de Oriente
Su corona pusiera
Sobre tu frente.

En éter tejido de rayos de estrellas
Tus formas envuelve, tu seno perfuma ;
Te dan los alisios sus músicas bellas,
Te prestan las hadas su manto de espuma.
Es urna tu boca de perlas y mieles,
Cerrada á esos besos que dejan agravios ;
Yo sé lo que lidian apuestos donceles
Por esa sonrisa, que juega en tus labios.

Y te cantara con voz sonora
La fe que siembras, la luz que dejas,
Si yó del aura sollozadora
Fingir pudiera las dulces quejas,
Besa lasciva y aduladora
Cuando en la tarde, cuando en la aurora
El jazminero que da á tus rejas.

J. JOAQUÍN PALMA.

JAMÁS.

Nube naciente de espumoso encaje,
De nácar, de oro y vaporoso tul,

Ostenta al alba su vistoso traje
Que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus graciosas ondas,
Que un rayo viene de la aurora á orlar,
Y sus flotantes, purpurinas blondas,
Mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo
De las tinieblas el postrer capuz,
Y allá en el éter de entre el caos naciendo
Del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreir el cielo,
Leve la brisa por su sien vagar,
Y en el vacío que hendirá su vuelo
Fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura
Que bonancible y cristalina ve,
Y en los abismos de la nada pura
Tropiezo no halla que temer su pie.

La aurora bella que al cenit la guía
Sonrosa el cielo por do alegre va ;
El sol la mima, la corteja el día,
Y al tiempo mira sonreir allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla
Del sol empaña la tranquila faz ;
De horrendas nubes el cenit se puebla,
Brama rabioso el huracán voraz.

Débil juguete del airado viento,
Sus ondas ruedan al capricho allí ;

Estalla el trueno su estampido cruento,
Serpea el rayo en derredor de sí.

Pielagos surca de vapor, movida
Por el antojo de brutal vaivén ;
Sin ruta, guía, ni fulgor, perdida
Rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira
Las joyas de oro que vistió al nacer ;
Que hace, arrancadas de doquier con ira,
Una por una el huracán caer.

Misera en vano por seguir insiste
Su leda ruta de inocencia y paz ;
Porque burlada, descompuesta y triste,
La traga al cabo el torbellino audaz.

Así es la vida : de oropel brillante,
Nube sentada sobre hermoso tren,
Que junto tiene á su primer instante
Envuelto en risas el postrer también.

Así es la vida : lontananza, estrella
De un cosmorama seductor, procaz ;
Para el que empieza á contemplarla, ¡ bella !
Para el que llega á su mitad, ¡ falaz !

Así es la vida : si al través la mira
Del desengaño la madura edad,
Es risas, bienes y placer, ¡ mentira !
Es penas, llanto y maldición, ¡ verdad !

Su dicha es humo, su infortunio roca ;
Su dicha pasa, su infortunio no ;
Nada allí queda donde el bien la toca ;
Suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida : presunción dorada,
En sus principios esperanza y fe,
Y en la mitad de su carrera, ¡nada !
Visión de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su pena ;
Sus goces olas, su desgracia mar ;
Su copa el tiempo hasta los bordes llena
De miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es :

Náufrago el hombre por el mar airado
Busca la playa, pero tarde ya,
Porque bien pronto debe ser tragado
Por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega,
Se dice el hombre : le tendré después ;
Hasta que al cabo el desengaño llega
Sin ver de esa hora el arrebol talvez.

Llévase el viento, como viento que era,
La pingüe renta que adquirir pensó ;
Huye del fausto la falaz quimera,
Caen los palacios que en el aire alzó.

Unas tras otras se disipan luego,
Dicha, esperanza, juventud y paz ;
Llévase el tiempo su pristino fuego,
Y lo que él lleva ya no vuelve más.

Agosta el llanto del dolor la risa,
La gracia y flores de la edad pueril ;

Y acaba el soplo abrasador á prisa
De las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea.
De la existencia ya se ve lo que es :

Ya el hombre entonces de los hombres duda,
Ya poco ó nadá sus promesas cree,
Ya en calma fría su entusiasmo muda,
Ya en todo burla y desengaños ve.

Ya le ha faltado la amistad acaso,
Ya la hermosura le burló en su amor ;
Ya muchas veces tropezó en el lazo
Que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Ya no hay mañana, ni después, ni más ;
De ayer apenas la fugaz idea,
Y de hoy, si pasa, el matador jamás.

CLAUDIO M. CUENCA.

AL NIÁGARA.

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh ! ¡ cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz !... Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría

Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé. Vi al Oceano
Azotado por austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir; y amé el peligro.
Mas, del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente
Que en vano quiere la turbada vista .
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas
Cual pensamientos rápidas pasando,
Chocán y se enfurecen,

Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡ Ved ! ¡ llegan, saltan ! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados ;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpele el agua : vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino ; sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas, ¿ qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán ? ¿ Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ ay ! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen ?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡ oh Niágara ! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tú terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiran y ocio blando
En frivolo jardín : á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime ;
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,

El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡ Omnipotente Dios ! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impio,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
Á los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad : ahora
Entera se abre á ti ; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡ Asombroso torrente !
¡ Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiración me llena !
¿ Dó tu origen está ? ¿ Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente ?
¿ Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano ?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,

Y ornó con su arco tu terrible frente.
 ¡Ciego, profundo, infatigable corres,
 Como el torrente oscuro de los siglos
 En insondable eternidad!... Al hombre
 Huyen así las ilusiones gratas,
 Los florecientes días,
 ¡Y despierta al dolor!... ¡Ay! agostada
 Siento mi juventud, mi faz marchita
 Y la profunda pena que me agita
 Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
 Mi soledad y misero abandono
 Y lamentable desamor... ¡Podría
 En edad borrascosa
 Sin amor ser feliz?... ¡Oh! si una hermosa
 Mi cariño fijase,
 Y de este abismo al borde turbulento
 Mi vago pensamiento
 Y ardiente admiración acompañase!
 ¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
 De leve palidez, y ser más bella
 En su dulce terror, y sonreirse
 Al sostenerla mis amantes brazos!...
 ¡Delirio de virtud!... ¡Ay! desterrado,
 Sin patria, sin amores,
 Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
 ¡Adiós! ¡Adiós! Dentro de pocos años
 Ya devorado habrá la tumba fría
 A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
 Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso,
 Viéndote algún viajero,
 Dar un suspiro á la memoria mía!

Y al abismarse Febo en occidente,
 Feliz yo vuela do el Señor me llama,
 Y al escuchar los ecos de mi fama
 Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Á MI BANDERA.

Página eterna de argentina gloria,
 Melancólica imagen de la patria,
 Núcleo de inmenso amor desconocido

Que en pos de ti me arrastras,
 ¿Bajo qué cielo flameará tu paño
 Que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia
 El día de la gloria en la batalla,
 Tú, como el ángel de la inmensa muerte,
 Te agitas y nos llamas!

¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
 Allá voy, allá voy sobre la pampa,
 Bajo el cañón del enemigo injusto
 Á levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! ¡que la sombra de la noche eterna
 Me anuble para siempre la mirada,
 Si un día triste te verán mis ojos
 Huyendo en la batalla,
 Página eterna de argentina gloria,
 Melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

LA MÚSICA DE LAS PALMAS.

¡Qué son! ¡Qué voz! ¡Qué mágica armonía
Del aire se desprende en leves giros,
Llorosa como el ¡ay! de la agonía
Que exhala el corazón entre suspiros!

No de las hojas son los ayes vagos
Cuando marchitas bajan á la tierra,
Ni el lento murmurar de mansos lagos,
Ni el gemido del viento en la alta sierra:

Es música de espíritus que moran
Entre las pencas de las verdes palmas,
Encadenados mártires que lloran
La historia acaso de olvidadas almas.

Es música del cielo misteriosa
Que amores dice remedando quejas,
Como el céfiro libre, y melodiosa
Como el blando zumbar de las abejas.

De noche, cuando espléndida la luna
Sus vivos rayos á la tierra envía,
Las palmas nos repiten una á una
Las frases de tan plácida armonía.

Nos las repite el eco que resuena
Entre las alas del sonoro viento,
Cuando nos finge en triste cantilena
Leve suspiro ó funeral lamento.

Y el alma entonces la percibe suave,
Sin que pueda alcanzar en su embeleso,
Si es la voz querellosa de algún ave,
Ó el eco celestial de un casto beso.

¿Quién en Cuba no oyó vibrar sonora
 En cada palma el arpa de un poeta,
 Que alegre canta, ó en silencio llora
 Herido el pecho por fatal saeta?

¿Quién á deshora no escuchó temblando
 La misteriosa voz de un alma ausente,
 Que entre las palmas vive suspirando
 Con su pasado bien, su mal presente?

¿Quién no recuerda en tarde solitaria,
 En plácido vagar embebecido,
 Oyendo de las palmas la plegaria,
 El ¡ay! de un corazón no haber oído?

La lira de los bardos orientales,
 El arpa eolia que en los bosques suena,
 Pueden cantar los goces terrenales,
 Mas no aliviar del corazón la pena.

Sonoras pueden, requiriendo amores
 En indolente calma noche y día,
 Enardecer los lúbricos ardores
 Del fatigado cuerpo en la agonía.

Mas nunca el alma que se juzga buena
 Y que ama á Dios y su clemencia implora,
 Podrá hallar en el son de una cadena
 La misteriosa voz que la enamora.

¡ Oh patria ! yo bendigo entusiasmado
 La cuna en que nací bajo tu cielo,
 Y este raudal inmenso que me has dado.
 De evangélico amor y de consuelo.

En ti bendigo yo las maravillas
 Con que el cielo nos brinda á todas horas,

Que tú á mis ojos más hermosa brillas
Cuanto más triste y oprimida lloras.

Por eso á solas cuando el sol desmaya
Y su corona arroja entre los mares,
Absorto escucho en la desierta playa
El eterno gemir de los palmares.

Y en amoroso y vago devaneo
La cuerda del dolor inundo en llanto,
Cuando escuchar en los palmares creo
La dulce prenda por quien lloro tanto;

La dulce prenda que en mejores días
Aquí en mi corazón mezcló amorosa,
Con las más bellas ilusiones mías,
La flor de los suspiros misteriosa.

¡Ay! yo nunca pensé que tan süave
Pudiera detenerse en el camino
De mi vida infeliz la triste nave
Donde navego errante peregrino.

Yo ño pensé jamás que el sentimiento
Purísimo de amor que el alma encierra,
Trocado en religioso arrobamiento,
Me hiciera sin temor dejar la tierra.

Mas, pueda yo morir, morir gozando
Como las nobles y sensibles almas,
Sobre un lecho de rosas, escuchando
La música solemne de las palmas.

Y la muerte vendrá sin que me asombre,
Y mi postrer adiós será un gemido,
Única prenda acaso que mi nombre
Eternice á despecho del olvido.

RAFAEL M. MENDIVE.

CANTO AL ARTE.

I.

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,
 Gloria y dolor del hombre,
 Si sois verdad, ¿por qué luchar crüeles
 Mientras la humanidad vaga perdida,
 Náufraga en los océanos de la vida?

¿No hay más allá en el mundo,
 Tras la prisión que la mirada abarca?
 Y el vuelo del espíritu ¿detiene
 El horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el Arte
 Que creó el sentimiento del poeta,
 Es un ensueño de la mente inquieta?

La idea que ardorosa
 Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
 ¿Será quizá engañosa
 Transformación de la materia ciega?

¡Virtud, justicia! ¿sois también mentira,
 Atributo del átomo que gira?
 ¿Y el Dios, del alma anhelo,
 Vana ilusión del miserable suelo?

¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
 De la humana existencia,
 ¿Quién llevará del vencedor la palma
 En la lucha del alma contra el alma?

II.

¿Qué es el Arte? Un destello de Dios vivo
 Que hasta el alma del hombre se desprende.
 Allí sus formas el artista encuentra;
 Allí el poeta su palabra enciende;
 Y el músico, al buscar sus armonías,
 Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
 La ciencia calla, y la razón, postrada,
 Se siente por el vértigo atraída
 Hacia el abismo de su propia nada.
 ¡Allí principia el Arte! Allí se eleva
 Por la fe revestido
 De indecible poder, de virtud nueva;
 ¡Y, siguiendo el impulso
 Que el sentimiento creador le imprime,
 Se lanza á la región de lo sublime!
 Es rápido cometa que en su vuelo
 Atraviesa las órbitas del cielo,
 Y que, eterno girando
 En torno al ideal, el infinito
 De esferas en esferas va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
 Cuando están al unísono ajustadas,
 El artista se temple
 En las notas sagradas,
 Y es la obra del genio que se admira,
 Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así bajo el ardiente colorido,
 El lienzo mudo vive y se sublima;
 Y, de suaves formas revestido,

Al duro mármol la pasión anima ;
 Así el poeta revelarse siente
 El mundo de la luz allá en su mente ;
 ¡ Y los vagos acordes
 Que al imperio del ritmo se conciertan,
 Sed de infinito al corazón despiertan !

III.

¡ Sentimiento purísimos que al alma
 Sois corona de gloria !
 Verdad, justicia, ¡ aspiración perpetua
 Que no cabe en la forma transitoria !
 ¿ Qué de vosotros fuera
 Sin el Arte que al hombre diviniza ?
 ¿ Qué deciros supiera
 Esa razón que todo lo analiza ?

La ciencia intenta conocer el cielo
 Y la unidad descubre de las fuerzas ;
 ¡ Pero mira allí mismo el sentimiento,
 Y ve los mundos, que en su marcha eterna
 Una suprema voluntad gobierna !

La razón quiso penetrar al hombre
 Y sólo halló un cerebro ;
 Pero el Arte ha encontrado la conciencia,
 ¡ Y ha visto á Dios, allí, donde no alcanza
 El severo rigor de la balanza !

¡ No ! ¡ no es una ilusión ! ¡ no es un delirio
 El ideal supremo
 Que á la más noble aspiración responde !
 ¡ No puede ser mentira
 La visión inmortal que el alma esconde !

La fiera en su guarida
 Es feliz y perfecta
 Por la gruta ó el bosque protegida ;
 El águila que sube
 Á las regiones de la parda nube,
 Los hierros no sospecha
 De la atracción que su dominio estrechá ;
 El bruto muere sin pavor : en su alma
 Elemental, no existe
 De la severa ley la imagen triste.

¿ Por qué al hombre no llega
 Esa armonía que al insecto alcanza?
 ¿ Por qué esperar, si es vana la esperanza?
 ¿ Por qué el ideal, si la razón lo niega?
 ¡ No ! ¡ no es una ilusión, no es un delirio !
 La santidad del bien ! ¡ luz escondida
 De la conciencia humana en el misterio !
 Hay algo más que el átomo y la fuerza,
 Hay algo más que moles poderosas
 Sometidas del número al imperio !

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
 Al labio llega que mi voz inflama.
 ¡ Lo bello, lo sublime, no es materia !
 ¡ No es material el ser que lo proclama !

¡ El canto poderoso de Bethoven,
 El pincel de Rafael, de Dante el verso,
 Todo eso es inmortal, todo es divino,
 Como es luz transformada el universo !

¿ Qué sabe de esto la razón ? ¿ Qué sabe
 La ciencia atea que borrar pretende
 Toda virtud y gloria de la tierra ?

¡Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV.

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga,
Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella,
Sabe leer su presente, y de su historia
Talvez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan del infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y ajusta á ellos la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.
Es del arpa de Dñós sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota.

Eso es lo que sentimos
Cuando en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma,

¡Gravitación sublime! á cuyo influjo
 Los mundos del espíritu se rigen;
 Cadena de armonía, que vincula
 El ser creado á su celeste origen.

V.

Cuando en la edad primera
 El hombre de las selvas
 Su vida con el bruto confundía
 Y el dominio del suelo dividía,
 De su cerebro apenas
 El rayo de la idea
 Vagaba oscuro al labio balbuciente,
 Y preso en las cadenas
 De la materia ruda,
 Al suelo hundía la nublada frente.

Y los tiempos pasaron
 En su eternal camino,
 Y las formas cambiaron
 Bajo el imperio del cincel divino.

Hasta que al fin la llama creadora
 Que al planeta circunda,
 Iluminó la noche de su mente
 Como la luz de la primera aurora,
 Alzó su faz al cielo,
 Que un reflejo inmortal transfiguraba,
 Y á la bóveda inmensa
 Demandó su misterio,
 La frente altiva, la mirada intensa;
 Y con grito sin nombre:
 — ¡Hay un Dios! exclamó; y aquella hora
 La hora sagrada fué del primer hombre.

Así la humanidad se alzó del polvo,
 Para vencer los tiempos
 En inmortal carrera.
 Su primer sacerdote fué un poeta;
 Un canto al infinito fué la forma
 Que revistió la religión primera.

Desde entonces, por siempre,
 Como valla insalvable
 Entre el hombre y el bruto colocada,
 Está la imagen del Creador alzada;
 Imagen pura, limpia, transparente,
 Que la razón no ve — que el alma siente.
 Ella es el manantial de lo sublime
 Que el corazón en sus raudales baña;
 Ella fecunda el pecho de los héroes,
 Ella es la fe que al mártir acompaña.

El frío escepticismo
 Alza su estéril mano,
 Y borrar lo imborrable intenta en vano;
 ¡Ante la luz que los espacios llena
 Su propia faz velara,
 Y el caos el universo sepultura!

No volverán los días
 De aquel ser de las selvas primitivo,
 Para cuyo existir fuera bastante
 La tierra fecundante.
 El hombre ya no vive de materia:
 ¡Vive de la verdad! Su alma, tocada
 Por el fuego divino,
 Presa no puede ser de muerte incierta;
 ¡Tiene ante sí la inmensidad abierta!
 ¡Allí su aspiración y su destino!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
 Vuestra misión sobre la tierra es santa :
 Dios es del Arte la sublime idea :
 ¡Que su revelación el Arte sea!

¡Suprema luz increada,
 Artista de los mundos! ¡Yo te invoco!
 ¡Hacia la humanidad tu mano extiende,
 Y un rayo de tu llama
 En los altares de mi patria enciende!

CARLOS ENCINA.

EL CADÁVER DEL SALVAJE.

(Imitación de W. Cullen Bryant.)

Llevalde, si, llevalde á la llanura
 Y sepultad allí su cuerpo yerto,
 Que la grama del campo y su verdura
 Deben ser la modesta sepultura
 Del hijo valeroso del desierto.

Al despojo del hombre y á la muerte
 Debe el hombre respeto y sentimiento,
 Porque es siempre sagrado el polvo inerte
 Que fué templo del noble pensamiento
 Y animó Dios con su inmortal aliento.

En su robusto pecho palpitaba
 Un corazón magnánimo y altivo,
 Y su mirada ardiente reflejaba
 El alma que sin mancha conservaba
 La grandeza del hombre primitivo.

Del más grandioso ser que ha Dios formado,
Su bella imagen, la criatura humana,
Sólo queda ese resto inanimado,
De cuya yerta sien será borrado
El sello de su mano soberana.

Ese hombre nunca conoció ciudades
Ni admiró de sus artes el portento,
Porque lejos del mundo y sus maldades,
Vivió errante en las vastas soledades
Bajo el palio turquí del firmamento.

De tierra virgen hizolo la mano
Que formó nuestra raza, y siempre unido
Á su montaña y al florido llano,
Vivió de sus florestas soberano
En el silencio de su aduar querido.

Él amaba las brisas rumorosas
Y de los montes la apacible sombra,
El cielo azul, las noches silenciosas,
Y las fuentes que ruedan bulliciosas
De la llanura por la verde alfombra.

Hijo de las florestas, las quería
Como á su patria y á su hogar nativo,
Y en medio la intemperie allí vivía
Sin resguardarse de la lluvia fría
Ni de los rayos del calor estivo.

Con desdén impasible desafiaba
La tempestad y el pavoroso trueno,
Las ondas con su brazo dominaba,
Y con audaz arrojo se lanzaba
De las cascadas al hirviente seno.

Las vírgenes florestas que al salvaje
Dan amparo, solaz, dicha y sustento,
El árbol de magnífico follaje
Cuyos frutos doblégan su ramaje,
Fueron su anhelo y todo su contento.

Eran sus márchas en la selva umbria
Por los astros hermosos orientadas,
Y con rumor, que él solo conocía,
El suelo silencioso le advertía
Del distante enemigo las pisadas.

¡Valiente raza, que ha desaparecido
Con su historia y sus selvas seculares!
Una raza rival le ha sucedido
Que altivos monumentos ha erigido
Sobre el polvo infeliz de sus aduares.

Su tierra es nuestra; el agua de sus fuentes
Apaga nuestra sed y nos recrea,
Mieses nos dan sus campos florecientes,
Y á nuéstras bellas de nevadas frentes
De su selva el ramaje las sombrea.

¡ Pobres indios! sus bosques y el collado
Donde al sol adoraban, son ya ajenos;
Su suelo entero ha sido conquistado,
Y nada ¡ nada! se les ha dejado :
¡ Que les queden sus tumbas á lo menos!

ARCESIO ESCOBAR.

LA PARTIDA.

I.

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina :
Adiós, Buenos Aires ; amigos, adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su cáida anunciando continuo temblor,

Tal seca mi vida de muerte el aliento,
Mi paso vacila, se arruga mi faz ;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ay ! secas al suelo bajar.

Mas, viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel ;
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel.

« Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor. »
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo ;
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

II.

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea región ;

Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos;
¡ Oh Patria ! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celesté que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento,
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento,
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tiérno laurel,
¿ Á quién pertenece que el mundo no habita ?
¿ Á alguno que el cielo... ¡ La mía es talvez !

Mas no, que el Destino mi muerte aun no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó ;
Su trémulo curso me arrastra hacia el Sena :
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

III.

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré sólo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al Destino
Llevar mis ofrendas ¡ oh gloria ! á tu altar.

¡ Entonces mil veces feliz me diría,
Si viese la lumbre del sol que me crió ;

Si el agua bebiese del río que un día
El pie de mi cuna bramando lamió!

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta :
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera :
Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

IV.

Pero ¡ay! que á mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama á la otra mansión ;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un eco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la patria, su oprobio me humilla ;
Sus hijos dormidos su afrenta no ven :
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus pies.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso ;
No todos, no todos se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno,
Adiós, compañeros de infancia feliz :

Amigos queridos, mi adiós es eterno;
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

FLORENCIO BALCARCE.

Á LA NOCHE.

El ángel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz... Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas
El ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco torbellino,
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,
Á su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra
Que se apaga el bullicio entre la sombra,
Es porque, envuelto en su gigante alfombra,
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala
La inercia nocturnal de los sentidos,

Ese coro de mágicos sonidos
Que en la callada atmósfera resbala,

Son un don celestial, un don querido,
Que encontramos los hombres en la cuna,
Para endulzar las horas sin fortuna
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios
Las almas de las vírgenes se mecen,
Y aspirando su aroma se adormecen
En celestes y púdicos delirios.

Talvez en sus ensueños vaporosos
El recuerdo del mundo las despierta,
Y oyen un ángel que les dice : « ¡ alerta ! »
Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío
Que ornan del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Talvez al levantarse en el Oriente
El alba de su lecho de jazmines,
Alumbra de los blancos serafines
La fugitiva nube transparente.

Talvez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales,
Cuando el bando de genios inmortales
À su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo, ¡ oh noche ! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa ;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama
 La vieja ceiba al despedir sus hojas,
 El eco errante son de tus congojas
 Que resbala fugaz de rama en rama;

Y sé también que el pájaro salvaje,
 La fresca brisa, el ronco torbellino
 Cuando emprendes tu lóbrego camino,
 Á su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé... Talvez mi canto
 Interrumpió tu majestuosa calma...
 Noche... ¡perdón, si en su delirio el alma
 Profanó tu silencio augusto y santo!

ABIGAIL LOZANO.

LA AGITACION.

¡ Imposible arrancar del alma mía
 Sino acentos de amor! Caber no puede
 Donde impera tu imagen adorada,
 Patria, gloria, amistad... cuanto solía
 Mi pecho conmover... ¡ya todo cede
 Á la ardiente mirada
 De tus luceros bellos!
 Mal mi grado á sus mágicos destellos
 Mi turbulenta vida está sujeta,
 Como al influjo de fatal cometa.
 Cede el bajel al impetu rugiente
 Del huracán sañudo
 Y al puerto amigo arrebatarse siente
 O va á estrellarse en el peñasco rudo :

Así en la fiebre do anhelando gira
 Esta alma delirante,
 Tus ojos son, Amira,
 Los que entre el puerto y el peñasco, errante,
 Sin elección, perdido el albedrío,
 La oscilación del huracán le imprimen,
 Y en ciego desvarío
 Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

¿ Y este vaivén continuo, esta perpetua
 Conmoción es la vida? — ¡ Cuántas horas
 Mudo, yerto, insensible,
 Como la piedra en que sentado estaba,
 En seguir las sonoras
 Ondas de la corriente que pasaba,
 Inerte consumía !
 ¡ Cuántas, la vista atenta,
 Iba siguiendo estúpido la lenta
 Sombra que en derredor del tronco huía !

Campo de soledad, yo te buscaba
 Porque el mundo decía
 Que la felicidad en ti habitaba,
 Y en aquel corazón que la invocaba
 Su misterioso bálsamo vertía.
 Mi corazón de fuego
 En ti no la encontró : floresta umbría,
 Silenciosa montaña, campo triste,
 Yo la paz de la vida te pedía,
 Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad, ¿ dó estás? Este vacío
 Que al dilatarse el corazón no llena,
 Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
 El guerrero clarín, y á la matanza

El hombre vuela contra el hombre, dime :
 ¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
 Y á la pugna volar? Cuando mi diestra
 Al son triunfal de los preñados bronce
 En sangre bañe la mortal palestra,
 Misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?

En el tropel del mundo
 Yo también te busqué. Torvo guerrero,
 Sobre carro veloz de lauro ornado
 Agitando el acero,
 En lágrimas y sangre salpicado,
 Rauda al cruzar la turba peregrina,
 « ¡Felicidad, felicidad! » clamaba,
 Y en tanto : « aquí domina »,
 Otro desde la tumba le gritaba.

¿En la vida? ¿En la muerte?
 ¿Dónde estás para mí? — ¡Silencio mudo!
 ¡Y las horas corrían!...
 ¡Y los años volaban!...
 Las hojas de los árboles caían,
 Las hojas en los árboles brotaban.

¡Una mujer! con su flotante velo
 Tocó al pasar mi frente :
 Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
 Mis entrañas temblaron de repente :
 Los brazos tiendo á la fantasma bella,
 Mas al asirla,alzada
 Ví una ara ante mis pies, y detrás de ella,
 Mi visión adorada :
 Y un misterioso acento que decía :
 « ¡Profanación... delito! »
 Y en su abatida frente se leía

Un juramento escrito.
 Mi planta no, mas de mi pecho ciego
 Llegó un lamento á penetrar su oído,
 ¡ Y en sus trémulos labios tocó el fuego
 ¡ De mi ardiente gemido !
 Abrió sus ojos por la vez primera
 Lanzándome una lánguida mirada,
 Cual si sus puertas el infierno abriera
 Á un alma condenada.

¡ Ah ! ¿ qué me importa ? Agitación sublime,
 ¡ Yo te adoro ! Tú eres
 Alma de mi existencia. — Oprime, oprime
 Un corazón á quien la calma espanta,
 Inunda, inunda mi mejilla en lloro ;
 Clamar me oirás entre congoja tanta :
 Agitación sublime, ¡ yo te adoro !

VENTURA DE LA VEGA.



NIEVE DE ESTIO.

Como la historia del amor me aparta
 De las sombras que empañan mi fortuna,
 Yo de esa historia recógi esta carta
 Que he leído á los rayos de la luna.

« Yo soy una mujer muy caprichosa,
 Y que me juzgue á tu conciencia dejo ;
 Para poder saber si estoy hermosa
 Recorro á la franqueza de mi espejo.

» Hoy, después que te ví por la mañana,
Al consultar mi espejo alegremente,
Como un hilo de plata ví una cana
Perdida entre los rizos de mi frente.

» Abrí para arrancarla mis cabellos
Sintiendo en mi alma dolorosas luchas,
¡ Y cuál fué mi sorpresa al ver en ellos
Esa cana crecer con otras muchas !

» ¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?

» No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro
Con fé sagrada, con el alma entera,
Pero sin esperanza sufro y lloro :
¿Tiene también el llanto primavera?

» Cada noche soñando un nuevo encanto
Vuelvo á la realidad desesperada ;
Soy joven, es verdad, mas sufro tanto
Que siento ya mi juventud cansada.

» Cuando pienso en lo mucho que te quiero
Y llego á imaginar que no me quieres,
Tiemblo de celos y de orgullo muero ;
Perdóname, así somos las mujeres.

» He cortado con mano cuidadosa
Esos cabellos blancos que te envío ;
Son las primeras nieves de una rosa
Que imaginabas llena de rocío.

» Tú me has dicho : « De todos tus hechizos,
» Lo que más me cautiva y enajena,

- » Es la negra cascada de tus rizos
- » Cayendo en torno de tu faz morena. »

« Y yo, que aprendo todo lo que dices,
Puesto que me haces tan feliz con ello,
He pasado mis horas más felices
Mirando cuán rizado es mi cabello.

» Más hoy no elevo dolorosa queja,
Porque de tí no temo desengaños;
Mis canas te dirán que ya está vieja
Una mujer que cuenta veintiún años.

» ¿Serán para tu amor mis canas nieve?
Ni á suponerlo en mis delirios llego.
¿Quién á negarme sin piedad se atreve
Que es una nieve que brotó del fuego?

» ¿Lo niegan los principios de la ciencia
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia,
Cabeza que se quema se emblanquece.

» Amar con fuego y existir sin calma;
Soñar sin esperanza de ventura;
Dar todo el corazón, dar toda el alma
En un amor que es germen de amargura;

» Buscar la dicha llena de tristeza,
Sin dejar que sea tuya el hado impío,
Llena de blancas hebras mi cabeza,
Y trae una vejez : la del hastío.

» Enemiga de necias presunciones,
Cada cana que brota me la arranco;
Y aunque empañe tus gratas ilusiones,
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

• ¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima,
 Y es volcán este amor á que me entrego;
 Tiene el volcán sus nieves en la cima,
 Pero circula en sus entrañas fuego. •

JUAN DE DIOS PEZA.

CANTO ELEGIACO

Á LA MUERTE DEL GENERAL D. MANUEL BELGRANO.

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
 Sus sempiternas losas de repente,
 Al pálido brillar de las antorchas
 Los justos y la tierra se conmueven?
 El luto se derrama por el suelo,
 Al ángel entregado de la muerte,
 Que á la virtud persigue: ella medrosa
 Al túmulo volóse para siempre.
 Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
 Fatal á los tiranos, ni la hueste
 Repite de la *Patria* el sacro nombre,
 Decreto de victoria tantas veces.

Hoy, enlutado su pendón, y al eco
 Del clarín angustiado, el paso tiende,
 Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible
 Que el llanto asoma so la faz del héroe!...
 Y el lamento responde pavoroso:
Murió Belgrano, ¡oh Dios! ¡asi sucede ..

La tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
La pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! ¡tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
La tierra fría cobra sus despojos
Que abarcará por siempre; mas no puede,
Campeón ilustre, atleta esclarecido,
La mano que te roba hollar las leyes
Que el corazón conoce; el jaspe eterno
Tu nombre mostrará á los descendientes
De la generación que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que la *amaga*
En anárquico horror: la ambición prende
En los ánimos grandes, y la copa
Da la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo: el inocente,
El inocente pueblo, ilustre un día,
Á la angustia entregado: el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando,
Escapa al atambor: el país se enciende
En guerra asoladora, que lo ayerma:
Asuma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feroz que la quebranta.
¿Y ora faltas Belgrano?... Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
¡Y diez años de afán!.. ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre, en fin, que todo lo comprend
Flores fueron un día, marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La legión que á la gloria condujiste:

Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La magia del honor, y con destreza
Amar le hicisteis el tesón perenne,
La hambre angustiadora, el frío agudo...
Suspende, ¡oh musa! y al dolor concede
Una misera tregua. Yo lo he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa, y luego...
¿Qué más hacer?... El desairar la suerte...:
Y ser grande por sí: esta no es gloria
Del común de los héroes, él la ofrece
En pro de los rendidos, que perdona.
Ora al genio se presta, y lo engrandece:
Corre la juventud, y á la natura
Espía en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El gérmen de las glorias. ¡Oh! ¿quién puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien? Sólo á ti es dado,
Historia de los hombres: á ti, que eres
La maestra de los tiempos: la arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe
En ti se deposita: recogedla
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos, sombras preciosas de Balcarce,
De Olivera, Colet, Martínez, Vélez,
Ved vuestro general, ya es con vosotros,
Abridle el templo, que os mostró valiente.
¡Tucumán! ¡Salta! ¡pueblos generosos!
Al héroe de Febrero y de Setiembre
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Virgenes tiernas, que otra vez sus sienes

Coronasteis de flores, id á la urna,
 Y deponed con ansia reverente
 El apenado lirio: émulo hacedlo
 De los mármoles, bronces y cipreses.

JUAN C. LAFINUR.

1820.

MELODÍA HEBRAICA.

Pastores que abreváis vuestro ganado
 Junto á la fuente de la verde loma,
 ¡Decid en qué desierto, en qué collado
 Ha posado su vuelo mi paloma!

Volverá la cercana primavera
 Y tú no volverás, sol de mi día;
 Te aguardo del Cedrón en la ribera:
 ¡Ven, sin temor, levántate, alma mía!

Porque, sin verte, á mi pesar yo muero,
 Porque ya siento sin calor la vida,
 Y el arpa del amor, porque te quiero,
 La tengo de los sauces suspendida.

Aquí te aguardo en tardes y mañanas
 Y cuento mi dolor á las estrellas,
 Viendo las tiendas de Sedar lejanas
 Al blando cabalgar de mis camellas.

Si yo la esencia de tu ser no aspiro
 Junto á las aguas del Jordán risueño,
 No hay olas que suspiren si suspiro,
 Ya no hay almas que sueñen cuando sueño.

Lirios de Edón y de Gessén palmeras,
Campos de Jericó llenos de rosas,
Viñedos de Engadí, verdes praderas,
Ricas en flor y mieles olorosas ;

Altos cedros, que el Libano levanta,
Palomas que allí vierten su querella,
Suspenden de arrullar cuando ella canta,
Inclinan su docel si pasa ella ;

Porque caminas como hermosa nube,
Y con tu acento el alma me recreas,
Y es más dulce que el arpa del querube
El canto de las vírgenes hebreas ;

Porque á tus ojos, luz de la alborada,
Para mirar tu corazón me asomo,
Y tu boca cual flor de la granada
Para mí guarda cipro y cicamomo.

No soy la pecadora Magdalena
Que vjerte el vaso del aceite santo
Á los pies de Jesús : una azucena
Le ofrezco sólo á tu celeste encanto.

Mas si pudiera verte yo á despecho
Del mundo entero, humilde volaría
Y ante tus pies el óleo de mi pecho
El vaso del amor lo rompería.

Como flor agostada del desierto.
Mis bellos días pasarán sin verte.
Y como el Hombre-Dios allá en el huerto,
Triste llevo mi alma hasta la muerte.

Nadie en el valle por mi mal me nombra ;
Mi cielo está cubierto de tinieblas,

Y tú misma talvez sólo eres sombra
De aire y de luz, de aromas y de nieblas.

¡ Un beso ! no... que en tus volubles giros
Tus blancas alas empañar pudieras :
Yo besaré en el viento tus suspiros,
Besaré tu recuerdo cuando mueras.

Si eres una ilusión que se evapora
Y oculta sólo en mis entrañas arde,
¡ Huye con la sonrisa de la aurora,
Vuelve con los suspiros de la tarde !

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

CANTO LÍRICO Á LA LIBERTAD DE LIMA,

(FRAGMENTOS.)

No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos
A doquier el terror, el llanto, el duelo,
La viudez y orfandad: en vano el trono
Ven con ardiente celo
Guardar á los ministros de su furia;
En vano fieros desde el alto asiento
De su injusto poder, miran los males
De pueblos oprimidos, y obedientes
Por largo espacio al ímpetu violento
De su cruel ambición: ya las señales
De su ruina y oprobio están presentes:
Llega por fin el día en que hasta el polvo

Su soberbia humillada
Será de las naciones execrada

.....

 Cuando allá de los altos Pirineos
Hasta el soberbio muro gaditano,
Los brillantes trofeos
Las águilas francesas anunciaban
Del César más altivo, heróicos gritos
Por todo el nuevo mundo resonaban
Contra la antigua España y sus decretos,
Que del colono con la sangre escritos,
A eterna esclavitud lo condenaban.
Diez años á los hijos de Colombia
Sobre los montes y tendidos llanos,
Vió el sol entre fatiga
Y muerte y destrucción, la horrenda liga
Combatir de los bárbaros tiranos,
Invocar de la patria el santo nombre,
Y constantes y fieles
Su vida consagrarle y sus laureles.

 Mas súbito, al estruendo formidable
Y confuso clamor, alto silencio
Se sigue, comparable
Al que vemos reinar en el Océano,
Cuando ya cesa el aquilón furioso
De agitarlo y bramar; cuando sus aguas
Blandamente del céfiro movidas,
Calma dan y reposo
A las almas de espanto confundidas;
Silencio majestuoso,
Que á la opulenta Lima ya cercano
San Martín interrumpe cuando clamá:
INDEPENDENCIA AL SUELO AMERICANO.

Oye el atroz tirano
 Este augusto decreto del Eterno
 Con profundo terror: el negro averno
 Abierto ve á sus pies, cual otras veces
 Al oír la voz del trueno retumbante
 Que le acusa de crímenes horrendos.

¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante
 Á la gran capital, donde reinaba
 El sangriento poder, la vil codicia,
 Que á ejemplo de Pizarro devoraba
 Al visir orgulloso;
 Aquí los fieros déspotas viviendo
 Tres siglos en deleite escandaloso,
 La miserable suerte
 Del colono un momento no aliviaron,
 Y á servidumbre y muerte,
 Gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la Patria
 Marcha la LIBERTAD, hermosa brilla,
 Y augusta la RAZÓN: ¡glorioso día!
 Ya disipan sus rayos luminosos
 La noche del error que antes cubría
 Con un velo fatal los espantosos
 Designios del tirano:
 Ya en toda Lima el himno soberano
 De LIBERTAD resuena;
 Ya rota la cadena
 De amarga esclavitud, canta las glorias
 Del grande capitán; ya los clamores
 De un pueblo agradecido, las victorias
 Publican de los libres:
 ¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! sublime acento
 Que lleva el eco desde el hondo valle

À los montes más altos y fragosos,
Y repiten los mares procelosos.

.....

Cese, pues, gran Colombia,
El compasivo llanto que derramas
Sobre las tumbas de tus caros hijos,
Que vibrando su espada,
Del Septentrión al Sur por ti murieron;
Tus ojos, largo tiempo encadenada,
Harto llanto vertieron:
Hoy, libre de opresión, en ellos brilla
La más dulce alegría;
Los himnos oye, con que te saludan
De un polo al otro polo tus guerreros
En tan dichoso día.
Ved cómo, vencedores del tirano,
Levantán á porfía
Altars á tu nombre soberano.
À ti, Patria querida, han consagrado
El Código sublime
De nuevas sabias leyes que han formado:
Ellas fruto sagrado
Son de virtud y sangre generosa,
Con que la faz de tu hemisferio hermosa
En lides mil y mil enrojecieron,
Quando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
Crecerà majestuoso
De libertad el árbol sacrosanto;
Sobre los montes alzará su frente,
Y sus ramas pomposas
Cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día ha llegado

En que el antiguo déspota humillado
En su rabia inhumana,
Los hombres todos de diversos climas
Den aumento á la gente americana.

Ya tus altos destinos
Se pronuncian, oh Patria, en los consejos
De tus sabios varones:
Tus fieles hijos todas las regiones
Pueden ya visitar, no, no está lejos
El día en que los libres de Occidente
Que habitan en tu imperio,
Lleven al Indo y Ganges caudalosos,
Sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
Sus naves llegarán al Golfo indiano,
No como el lusitano (1),
Cuando en el Tormentario navegaba,
Y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,
Tanta dicha éstorbar, que el cielo envía
A la angustiada tierra;
Ni la superstición, ni el fiero orgullo,
Que en vuestros pechos de crueldad se encierra,
Renovarán nuestros pasados males.
¡Feliz posteridad! De vuestros bienes
Hoy nos da la razón claras señales:
¡Mi mente, al contemplarlos cuál se agita
En un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,

(1) Vasco de Gama fué el primero que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las Tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

Y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura:
No, no es grata ilusión, vano deseo;
Que fiel me lo asegura
La sagrada *Opinión* que al Nuevo Mundo,
Al Orbe, á todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
Que toda esclavitud al hombre infama.
¡Época memorable! Ya los pueblos
Que tan altos acentos hoy escuchan,
Como las olas de la mar se agitan,
El carro de la guerra precipitan
Contra el cruel despotismo; y fieros luchan.

Y tú, España, que largo tiempo escláva
Del poder más fanático y sangriento,
Con sangre y fanatismo esclavizaste
Al Nuevo Mundo, empieza ya á ser justa.
Si es verdad que respiras hoy el aura
De libertad augusta,
De esta eterna deidad que el Orbe adora,
No quieras por más tiempo ser señora
De Colombia inocente;
Reconócela libre, independiente
Del trono de tus reyes.
Si hoy al fin olvidada
De tus sangrientas leyes,
Aceptares la paz, que te ofrecemos,
Con fervor sacro, y en un mismo idioma.
La libertad del mundo cantaremos.

¡Pero qué monumento, ó gran Colombia,
Consagrarte debemos,
Cuando á la faz de todas las naciones
Libre, joven y hermosa te presentas?

¿Dónde el sublime artífice hallaremos
Que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
De Egipto las pirámides enormes,
Los grandes obeliscos consagrados
Hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
No, que tus fuertes hijos inflamados
Del entusiasmo ardiente,
Te alzarán al Olimpo
De un modo más grandioso y permanente
Que el griego y el romano,
Cuando con mano experta y atrevida
Á mármoles y bronce dieron vida.
Tu prole venturosa
Subirá á la alta cima
De los nevados Andes; allí el genio
Inflamará su audacia hasta que imprima
Gigante humana forma y asombrosa
Al mayor de los montes; en la estatua
De la divina Libertad la tierra
Lo verá convertido;
Estatua que resista al gran torrente
De los siglos, y triunfe del olvido;
Estatua colosal, nuevo portento,
Que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes
Que osados dejen los paternos lares;
Así los fatigados caminantes,
Al ver de un horizonte más lejano
Tan alto monumento,
Saludarán con alma reverente
Á la deidad, al numen soberano,
Que por siempre será de gente en gente
Invocado en el mundo americano.

1821.

ESTEBAN DE LUCA.

A ORILLAS DEL MAGDALENA.

Viene la noche : el sol en occidente
Ya no destella su fulgente rayo,
Y en la arboleda, lánguido, se siente
De las temblantes hojas el desmayo.

Pasó el ardor canicular del cielo,
Y las plantas exhalan su ambrosia,
Y en dulces himnos de amoroso anhelo
Puebla el pájaro el viento de armonía.

Todo es tranquila soledad y encanto,
Todo hermosuras y primor salvaje,
Tanto del césped en el verde manto
Como del bosque en el gentil follaje.

Vuelve al redil la vaca lentamente,
La traviesa gallina á su enramada,
Y suelta el potro su relincho ardiente
Al sacudir la crin ensortijada.

Si en la playa del turbio Magdalena
Canta el alción en queja lastimosa,
Alegre salta en la tupida almena
Del higuieron, la mirla bulliciosa.

Con dulce arrullo en su caliente nido,
Llama al pichón la cándida paloma,
Mientras exhala su aliento condolido
La codorniz, en la vecina loma.

¡ Cuánta hermosura por do quier se admira
Grupos de extraña animación campestre :
Bajo la alondra que de amor suspira,
Se ve el racimo de la flor silvestre.

Acá el mástil audaz de la palmera
Destrenza sus flotantes pabellones,
Y al soplo de la brisa pasajera
Suelta sus cien parásitos festones.

Allá el sauce, de copa amarillenta,
Moja en las ondas del revuelto río
La rama do se mece, macilenta,
La pescadora garza del estío.

Y aquí y allí sobre la verde alfombra
Del prado natural, timidamente,
Al acercarse la nocturna sombra,
Vaga el insecto volador, luciente.

La luz termina y el silencio reina:
Todo yace en quietud, mientras á lo lejos
La onda turbia las arenas peina
De la luna á los pálidos reflejos.

Do quier la soledad muestra su imperio;
Y tras la pompa del ardiente día
Queda tan sólo el plácido misterio
Que hace el encanto de la noche umbría.

Es la hora feliz de los amores,
De la ideal contemplación divina,
En que el alma en delirios tentadores
Infinitos tesoros adivina.

Hora de paz, de mística bonanza,
En que la luz de la ilusión nos guía,

Y se vive de gloria y esperanza,
Y el corazón, soñando, se extasia.

Es entonces que viene la memoria
De cuanto, inquietos, en el mundo amamos,
Y del amor en la secreta historia
Todo un cielo de dichas encontramos.

Es por eso, mi bien, que hora por hora
Gozo en la noche y con tu sombra vivo,
Y en la tranquila soledad te adora
Más mi agitado corazón altivo.

Tú reinas siempre, Soledad amada (1),
De mi amor en el hondo santuario,
Y es tu imagen do quier acariciada,
El talismán de mi vivir precario.

Por ti voy de la vida el mar cruzando ;
Por ti á la gloria sin cesar aspiro ;
Si soy feliz tu inspiración amando,
Tuyo será mi postrimer suspiro.

JOSÉ MARÍA SAMPER.

EL OMBÚ.

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente :
El Brasil, su sol ardiente,
Minas de plata, el Perú ;
Montevideo, su cerro ; •

(1). La esposa del autor se llama Soledad.

Buenos aires — patria hermosa —
 Tiene su pampa grandiosa ;
 La pampa tiene el ombú.

Esá llanura extendida
 Inmenso piélagó verde,
 Donde la vista se pierde
 Sin tener donde posar,
 Es la pampa, misteriosa
 Todavía para el hombre,
 Que á una raza da su nombre
 Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
 Que fecunden sus entrañas ;
 Pero lagos y espadañas
 Inundan toda su faz,
 Que dan paja para el rancho,
 Para el vestido dan pieles,
 Agua dan á los corceles
 Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
 Esmaltan modestas flores
 De aromáticos olores
 Y de risueño matiz :
 El bibí, los macachines,
 El trébol, la margarita,
 Mezclan su aromá exquisita
 Sobre el lúcido tapiz.

No tiene bosques frondosos
 Ni las aves que hay en ellos,
 Pero sí pájaros bellos
 Hijos de la soledad,
 Que siendo únicos testigos

Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho;
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está contando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

¡El ombú! — Ninguno sabe.
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas, su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roida,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo

Al levantarse altanero :
 Ten cuidado del pampero,
 Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
 El ombú, como un amigo,
 Presta á todos el abrigo }
 De sus ramas con amor :
 Hace techo de sus hojas
 Que no filtra el aguacero,
 Y á su sombra el sol de Enero
 Templá el rayo abrasador.

Cúal museo de la Pampa, —
 Muchas razas él cobija ;
 La rastrera lagartija
 Hace cuevas á su pie.
 Todo pájaro hace nido
 Del gigante en la cabeza ;
 Y un enjambre en su corteza
 De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo.
 De rubí, topacio y oro
 De allí sube á Dios el coro
 Que le entona al despertar
 Esa Pampa, misteriosa
 Todavía para el hombre |
 Que á una raza da su nombre
 Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
 Que en las llanuras se oculta, →
 Hasta la porción más culta
 De la humana sociedad,
 Como un linde está la Pampa,

Sus dominios dividiendo,
Que va el bárbaro cedendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra, — donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú* Pampa
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano,
Va sembrando por el llano
Mudo horror, — es el ombú (1).

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido,
Á su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
¡Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!....

Á su sombra melancólica,
En una noche serena

(1) Los pampas y casi todas nuestras tribus indígenas, envuelven el cuerpo en una manta de lana desde la cintura hasta las pantorrillas, que llaman *chemal*, vestido que han adoptado nuestros gauchos bajo el conocido nombre de *chiripá*. También han adoptado éstos las *botas*, arma de caza y guerrera cuyo nombre indígena es *laques*.

Amorosa cantilena
Talvez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra,
De su ganado la hierra
Presencia alegre tal vez;
Ó tomando el *maticito*,
Bajo sus ramos frondosos
Pone paz á dos esposos,
Ó en las carreras es juez.

Á su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
Á correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

CASTIGO DE FARAÓN.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente,
Y adórnale el pecho radiante joyel ;
Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante
En ondas le baja cubriéndole el pie.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de león.
Su cota de acero bruñido relumbra ;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan, la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varón venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,
Preséntase, y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Creador.

« Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano ;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
Él quiere librarnos y es fuerza partir ;

Humillate débil al fuerte Adonai,
 Él hizo los montes, los campos y mares :
 Y allá en esos cielos él puso á millares
 Las altas estrellas que miras lucir. »

El rey entre tanto, cambiando colores,
 Se inunda su pecho de cólera amarga ;
 Ya coge la espada, ya coge la adarga,
 Ya baja del solio, ya vuelve á subir.
 Temblaban las guardias al ver el enojo
 Que agita al monarca, cual tigre en la reja,
 Revuelve los ojos, enarca la ceja,
 Y en tono tremendo comienza á decir :

« ¿Cómo es que un hebreo, cómo es que
 Armado tan sólo de mágica vara, (un esclavo
 Me pide insolente, y así cara á cara,
 Librar á sus tribus? así no será.
 Primero los mares abriendo su seno
 Á mí y á mis tropas y carros cubrieran,
 Que gentes tan viles de Egipto salieran ;
 Serán aquí siervos, aquí morirán. »

Oyendo el profeta palabras tan duras,
 « Mañana, le dijo, verás tempestades,
 Habrá granizadas, habrá mortandades,
 Verás maravillas que Egipto no vió. »
 Y dando la vuelta salió del palacio ;
 Y cuando cercano mostrábase el día,
 Al cielo terrible la mano tendía,
 Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
 Errantes las sombras cubrieron el cielo,
 Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
 Los truenos hacían la tierra temblar :

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos ;
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes,
Y bajan las aguas en turbios torrentes,
Y arrastran las olas ganado y pastor.
Mezclados andaban granizos y rayos,
La yerba del campo y el árbol hirieron ;
El toro robusto y el hombre murieron ;
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Menfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar ;
En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y sólo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra, ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente ;
Mas alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.
Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega ;
Tan sólo el hebreo contento se entrega
Á juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo ;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las cándidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos, los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica :
Mas ¡ay! sobre sedas el rey se abanica
É inquieto en su cama no puede dormir.
Repasa en la mente las plagas horribles,
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura ;
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel en tanto voló como un rayo,
De Siene hasta el Delta temblando de enojo ;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba al libio arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador ;
Así pasó el ángel airado matando
A cuantos varones nacieron primero ;
Murió desde el hijo del pobre leñero
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio ; llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente ;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
 Los vastos salones recorre aturdido,
 Sus lágrimas ruedan, y da un alarido,
 Que en todo el alcázar, en todo, se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcía,
 Con ayes dolientes á su hijo llamando,
 Y suelto el cabello, y el velo arrastrando,
 Toda ella temblaba de espanto y dolor.
 Gritaban las madres por calles y plazas,
 Alzando los ojos llorosos al cielo,
 Ó bien de rodillas besaban el suelo,
 Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
 Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
 Oprime sin tregua con bárbara mano,
 Y apenas le deja del sueño gozar.
 Empero esa noche, soñando en su viaje,
 Las tribus dormían en rústicos lechos ;
 Terror nó agitaba los cándidos pechos
 De aquellos mortales, amor de Jehová.

El ángel en tanto se para en la cumbre
 De la alta pirámide, y da una mirada
 Á todo el Egipto, y envaina la espada,
 Y quédase un rato pensando entre sí.
 De nuevo desplega sus rápidas alas,
 Y parte, y resuena su espada en el vuelo ;
 Divide las nubes y encúmbrese al cielo,
 Y dice postrado : « Señor, ya cumplí. »

Así en ese tiempo y en esas regiones,
 Quebranta Adonai la fuerte cadena
 Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
 Al bárbaro egipcio, y al gran Faraón.

Libró á los judíos con brazo robusto,
 Y á tantos prodigios tembló el filisteo,
 El fuerte moabita, y el fuerte idumeo,
 Y el rico fenicio temblaba en Sidón,

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
 De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
 Que vieron al ángel en densas neblinas
 Cual águila negra volando cruzar.
 Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
 Al dar á los turcos batalla tremenda,
 Es fama que dijo: « Aquí va la senda
 Que ha visto de un ángel la sombra pasar. »

MANUEL CARPIO.

EN LA VICTORIA DE MAIPO.

¡Oh! ; si hoy mi poderío
 La esfera de mis votos igualase
 Para cantar el belicoso brío
 De la legión maipuana
 Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría,
 De Píndaro, de Horacio y del Mantuano
 Aquel estro, grandeza y armonía
 Que á los siglos quebrantan,
 Y siempre al alma con su magia encantan.

De Eurídice al esposo
 La deliciosa voz demandaría,
 El mismo Apolo su eco victorioso

Me daría con gusto,
Que siempre ha sido con los héroes justo.

Después al rutilante
Carro del sol en majestad subiendo,
De la cordura y rectitud amante, —
Cual Faetón no fuera, —
Principiaría la inmortal carrera.

Por delante la Aurora,
Más graciosa, más candida, más bella
Que en el cielo jamás se vió hasta ahora,
Las puertas me abriría
Y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente,
Admirados quedando al presentarse
Fenómeno tan raro y esplendente,
Corriendo á las alturas,
Dejarían talleres y culturas.

Y entre tanto ocupando
Del grande Tauro el hiperbóreo alcázar,
Y el humilde horizonte atrás dejando,
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse,
De Maipo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

Al cenit más cercano,
Y ya á la vista general del orbe,
Entonara mi canto sobrehumano :

Melodiosos torrentes
Moverían las piedras y las gentes.

¡ Oh Patria ! tú serías
De mis lóores el sublime objeto :
Tu pasmosa constancia en tantos días
De apremio y de fatiga
Con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha,
Cual si no hubiera pueblos generosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha ;
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena,
Vertiendo sangre y en sudor bañada,
Con la mano de trueno y rayos llena,
Luchas con tus rivales,
Y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa,
Qué en sus pérdidas mismas recobrado,
El tirano otra vez la lid empieza,
Y te arrostra atrevido,
Como vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen :
¡ Tanta sangre preciosa has derramado !
¡ Ah ! tus conflictos á la par acrecen
Mil monstruos parricidas,
Que renuevan atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,

Se arroja á la palestra,
Y arma en tu auxilio la robusta diestra.

À la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte,
El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza levanta,
Y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maipo,
En donde fuiste, ó Patria, coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.

¡ Gloria á tantos varones
Que á los más grandes en la guerra igualan,
Y los vencen en muchas proporciones !
En igual circunstancia
No hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso
Con majestuoso acento cantaría,
Y asombrado al oirme el orbe inmenso,
Prorumpiera cantando
América, y sus bravos alabando.

Después celebraría
Tu rico suelo que llenó natura
De dónes abundosos á porfia :
Suelo privilegiado,
Para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
Tambien diría, que en crüenta lucha
Arrebatat á todo el orbe espera

Este terreno amigo,
Donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
De do quier hasta el cielo subirian,
Deseando gloria á los independientes,
Y paz pronta y durable
Que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
El mercado más fácil y abundante ;
Á cuya sombra la opulencia crezca,
Y nazcan relaciones
Que hagan felices todas las naciones.

Yo entre tanto gozoso
Bajaría el gran carro al horizonte,
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrian fin al día
Que te ofrecen mis votos, Patria mía.

1018.

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

(FRAGMENTOS.)

¡ Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima .
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes !
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas ; tú la uva

Das á la hirviente cuba ;
 No de purpúrea fruta, ó roja, ó gualda,
 Á tus florestas bellas
 Falta matiz alguno ; y bebe en ellas
 Aromas mil el viento ;
 Y greyes van sin cuento
 Paciendo tu verdura, desde el llano
 Que tiene por lindero el horizonte,
 Hasta el erguido monte,
 De inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa
 De do la miel se acendra,
 Por quien desdeña el mundo los panales ;
 Tú en urnas de coral cuajas la almendra
 Que en la espumante jícara rebosa ;
 Bulle carmin viviente en tus nopales,
 Que afrenta fuera al múrice de Tiro,
 Y de tu añil la tinta generosa
 Émula es de la lumbre dei zafiro.
 El vino es tuyo que la herida agave (1),
 Para los hijos vierte
 Del Anáhuac feliz ; y la hoja es tuya,
 Que, cuando de süave
 Humo en espiras vagarosas huya,
 Solazará el fastidio al ocio inerte.
 Tú vistes de jazmines
 El arbusto sabeo (2),
 Y el perfume le das que en los festines,
 La fiebre insana templará á Lico.
 Para tus hijos la procera palma

(1) Maguey ó pita (*Agave americana L.*) que da el pulque.

(2) El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

Su vario feudo cría,
 Y el ananás sazona su ambrosia ;
 Su blanco pan la yuca ;
 Sus rubias pomas la patata educa ;
 Y el algodón despliega al aura leve
 Las rosas de oro y el vellón de nieve.
 Tendida para ti la fresca parcha (1)
 En enramadas de verdor lozano,
 Cuelga de sus sarmientos trepadores
 Nectáreos globos y franjadas flores ;
 Y para ti el maiz, jefe altanero
 De la espigada tribu, hincha su grano ;
 Y para ti el bñano
 Desmaya al peso de su dulce carga ;
 El banano, primero
 De cuantos concedió bellos presentes
 Providencia á las gentes
 Del ecuador feliz con mano larga.
 No ya de humanas artes obligado
 El premio rinde opimo :
 No es á la podadera, no al arado
 Deudor de su racimo :
 Escasa industria bástale, cual puede
 Hurtar á sus fatigas mano esclava (2) :
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 Adulta prole en torno le sucede.

(1) Este nombre se da en Vénezuela á las *Pasifloras* ó *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

(2) El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas y de quo sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, á proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantio, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.

Mas ¡oh! si cual no cede
 El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
 Y como de natura esmero ha sido,
 ¡De tu indolente habitador lo fuera!
 ¡Oh! ¡ si al falaz rüido
 La dicha al fin supiese verdadera
 Anteponer, que del umbral le llama
 Del Labrador sencillo,
 Lejos del necio y vano
 Fausto, el mentido brillo,
 El ocio pestilente ciudadano!

¡ Oh! ¡ los que afortunados poseedores
 Habéis nacido de la tierra hermosa,
 En que reseña hacer de sus favores,
 Como para ganaros y atraeros,
 Quiso naturaleza bondadosa!
 Romped el duro encanto
 Que os tiene entre murallas prisioneros.
 El vulgo de las artes laborioso,
 El mercader que necesario al lujo
 Al lujo necesita,
 Los que anhelando van tras el señuelo
 Del alto cargo y del honor ruidoso, .
 La grey de aduladores parasita,
 Gustosos pueblen ese infecto caos :
 El campo es vuestra herencia : en él gozaos.
 ¿ Amáis la libertad? El campo habita,
 No allá donde el magnate
 Entre armados satélites se mueve,
 Y de la moda, universal señora,
 Va la razón al triunfal carro atada,
 Y á la fortuna la insensata plebe,
 Y el noble al aura popular adora.

¿ Ó la virtud amáis ? ¡ Ah, que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
À las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra !
¿ Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y á su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre ¡ ah ! siempre
Donde halaga la flor, punza la espina ?
Id á gozar la suerte campesina ;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran ;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro ;
Y el sabor de los fáciles manjares
Que dispendiosa gula no le aceda ;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que á la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
¿ Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato ?
¿ Ó menos aficiona la hermosura
Que de extranjero ornato
Y afeites impostores no se cura ?
¿ Ó el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa,
Y á la intención ajusta la promesa ?
No del espejo al importuno ensayo

La risa se compone, el paso, el gesto ;
Ni falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.

¡ Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad; y nuevos nombres
Añadiendo la fama
Á los que ahora aclama,
« Hijos son éstos, hijos
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima :
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo, y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España. »

ANDRÉS BELLO.

GOBIERNO GAUCHO.

Tomé en casa el otro día
 Tan soberano *peludo*,
 Que hasta hoy, caballeros, dudo
 Si ando *mamao* todavía.
 Carculen cómo sería
 La mamada que agarré,
 Que, sin más, me afiguré
 Que yo era el mismo Gobierno
 Y más leyes que un infierno
 Con la tranca decreté.

Gomitao y trompezando,
 Del fogón pasé á la sala,
 Con un garrote de tala
 Que era mi bastón de mando;
 Y medio tartamudiando,
 Á causa del aguardiente,
 Y con el pelo en la frente,
 Los ojos medios vidriosos,
 Y con los labios babosos,
 Hablé del tenor siguiente :

- « Paisanos :— dende esta fecha
 » El contingente concluyo;
 » Cuide cada uno lo suyo
 » Que es la cosa más derecha.
 » No abandone su cosecha
 » El gaucho que haiga sembrao :
 » Deje que el que es hacendao
 » Cuide las vacas que tiene,

- » Que á él es á quien le conviene
- » Asigurar su ganao.

- » Vaya largando terreno,
- » Sin mosquiar, el ricachón,
- » Capaz, de puro *mamón*,
- » De mamar hasta con freno;
- » Pues no me parece güeno,
- » Sino que por el contrario,
- » Es injusto y arbitrario,
- » Que tenga media campaña,
- » Sólo porque tuvo maña
- » Para hacerse *arrendatario*.

- » Si el pasto nace en el suelo
- » Es porque Dios lo ordenó,
- » Que para eso agua les dió
- » Á los ñublados del cielo.
- » Dejen, pues, que al *caramelo*
- » Le hinquemos todos el diente,
- » Y no andemos, tristemente,
- » Sin tener en donde armar
- » Un rancho, para sestiar,
- » Cuando pica el sol ardiente.

- » Mando que dende este instante
- » Lo casen á uno de balde;
- » Que envaine el *corvo* el alcalde
- » Y su *lista* el comendante;
- » Que no sea atropellante
- » El juez de paz del partido;
- » Que á aquel que lo hallen bebido,
- » Porque así le dió la gana,
- » No le meneen *catana*
- » Que al fin está *divertido*.

- » Mando, hoy que soy *Sueselencia*,
- » Que el que quiera ser pulpero,
- » Se ha de confesar primero
- » Para que tenga concencia.
- » Porque es cierto á la evidencia,
- » Que hoy naides tiene confianza
- » Ni en medida ni en balanza,
- » Pues todo venden mermao,
- » Y cuando no es vino aguao
- » Es yerba con mescolanza.

- » Naides tiene que pedir.
- » *Pase*, para otro partido;
- » Pues libre el hombre ha nacido
- » Y ande quiera puede dir.
- » Y si es razón permitir
- » Que el pueblero vaya y venga,
- » Justo es que el gaucho no tenga
- » Que dar cuenta á donde va,
- » Sino que con libertá
- » Vaya á donde le convenga. »

¿Á ver si hay una persona
 De las que me han escuchao
 Que diga que he gobernao
 Sin acierto con la *mona*?
 Sáquenmen una carona
 De mi mesmísimo cuero,
 Sino haría un verdadero
 Gobierno, *Anastasio el Pollo*,
 Que hasta *mamao* es un criollo
 Más servicial que un yesquero.

Si no me hubiese empinao
 Como me suelo empinar
 La limeta, hasta acabar,

Lindo la habría acertao ;
 Pues lo que hubiera quedao
 Lo mando como un favor
 Al mesmo Gobernador
 Que nos manda en el presente,
 A ver si con mi aguardiente
 Nos gobernaba mejor.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

PORVENIR DE AMÉRICA.

Inspiración sublime,
 Poderoso motor del pensamiento;
 Al inflamado impulso de tu aliento
 Mi espíritu redime
 De la dura corteza que le oprime :
 Ardiente profecía
 Pon en mi labio; y se alzaré mi canto,
 En plácido raudal de poesía,
 Como al nacer la aurora el himno santo
 Que las aves del cielo dan al día. .

Hela allí; la región encantadora
 Que alza la frente en medio de los mares :
 Al suave susurrar de sus palmares
 La acarician las brisas y la aurora;
 La Libertad proclama por señora.
 Hela allí; la gentil virgen del mundo,
 La Amazona por siglos escondida
 De su selva en el ámbito fecundo
 Como sueño de amor y de pureza;
 Y como presa luego apetecida

Que monarcas sin ley se disputaron :
 Por obtenerla, ansiosos marchitaron
 La virginal belleza,
 Y en su codicia lóca de riqueza
 Rastro sangriento por doquier dejaron.

Larga noche gimió : noche de duelo
 Siguió del vencedor á la victoria,
 Para rubor eterno de la Historia ;
 En hondo desconsuelo,
 De vil esclava uncida á la cadena,
 La cautiva deidad lloró su pena
 Y alzó doliente su plegaria al cielo.

¡Y el cielo la escuchó! Sonó la hora
 De ansiada libertad, y fué vencida
 La aventurera turba castellana ;
 Flotó al viento la enseña triunfadora
 Sobre el roto pendón de los leones ;
 Majestuosa la tierra americana
 Irguióse soberana,
 La noble frente de laurel ceñida,
 Y á su abrigo surgiendo cien naciones
 ¡Llenas vió de valor, de gloria y vida!

¡Salve á ti, la fecunda
 Tierra bendita que del sol recibes
 Eternales caricias, y én que funda
 Su gloria el porvenir! Tú circunscribes
 Á tu vasto recinto la belleza :
 Se engalana por ti naturaleza
 De regia pompa y de dorados frutos,
 Y rinden sus tributos
 Sobre tu fértil y variada zona,
 Flora, la diosa de risueñas galas,

La de globos nectáreos, fiel Pomona.
Con perfumes de selva te regalas,
Y con rumor de fuentes cristalinas;
Son tus baluartes cumbres diamantinas
De blanca y pura nieve,
Y la cima empinada,
Nido de las tormentas, donde mueve
Las alas el cóndor : del regio manto
Es fimbria, la riçada
Franja de espuma de tus anchos mares,
En cuyo seno cuajan seculares
Bancos de perlas y corales rojos;
Riquísimos despojos
Del inmenso tesoro que, escondido,
Se lanza á conquistar el atrevido
Afán de la codicia, sin que espante
Su intento no vencido,
Ni el cavernoso piélago de Atlante.

Cautiyan tus llanuras dilatadas
Que sólo ciñe el cielo al horizonte,
Donde pacen tus greyes no contadas;
Y el encumbrado monte
Que guarda silencioso
Bajo su verde y ondulante falda,
En profundo venero codicioso,
El diamante, y el oro, y la esmeralda.

Y el transparente cielo
De purísimo azul, en que los rastros
De rutilantes astros
Sigue la vista en luminoso vuelo;
Como detrás del velo
Sutil de gasa leve
Que en rostro virginal céfiro mueve,

Los refulgentes ojos de la hermosa,
La blanca tez de nieve,
Los labios rojos y el color de rosa.

Y tus rugientes, caudalosos ríos
Que enriquecen el mar con sus raudales;
Y los gratos, sonoros murmurios
De tus cañaverales,
Donde la miel dulcísima se guarda;
Y tus fuentes bullendo entre cereales,
Cuyo vigor no tarda
En brindarte sus ópimas cosechas
De dorado maíz y rubio trigo;
Y el theobroma; el café, por siempre estrechas
Tus amplias trojes para darle abrigo.

Y de tus generosos moradores
El valor y el ingenio, que si un día,
Lanzados de la guerra en los horrores,
Con sangre enrojecieron de anarquía
El seno virgen de la patria hermosa,
Hoy graban en la senda
Del porvenir la planta victoriosa
Sus jóvenes legiones;
Y el fuego animan que en el pecho encienda
El santo amor de paz en las naciones,
Para formar del nuevo continente
Henchido mundo de preclara gente.

Los dones que el Eterno en su amor quiso
Del uno al otro océano
Derramar sobre ti con larga mano,
Tornárónte del orbe en paraiso;
Al mirarte surgir al improviso,
Nueva Atlántida, en medio de los mares,

Y á la igualdad cristiana alzar altares,
Quemar incienso y consagrar tributos,
El alma Libertad sus atributos
Te dió cual santa enseña;
Como faro eterna! tu marcha alumbra,
De tus conquistas dueña,
Y de la gloria en el cenit te encumbra.

¡ Te admira el universo!
El viejo mundo en su destino adverso
Vuelve hacia ti sus ávidas miradas;
Y cuando ve burladas,
Al rápido rodar de la Fortuna
Sus santas esperanzas una á una,
Te sigue ansioso en la triunfal carrera
De libertad y gloria;
Que ufana tú celebras la victoria,
Y en él de nuevo el despotismo impera.

¡ Oh fortunado mundo, quién pudiera,
Salvando el tiempo en vuelo impetuoso,
Tu porvenir glorioso
Contemplar extasiado! ¡ Quién te viera
Del uno al otro mar que el sol colora
En los futuros siglos, cuya aurora
De resplandor bendito
Sueña feliz la deslumbrada mente,
Brillando del levante al occidente,
Dilatando tu luz al infinito!

¡ Grande serás, América! ¡ Tu suelo,
Sacrosanta mansión del pueblo libre!
Y cuando de la Fama
La augusta trompa vibre
Por los ámbitos cóncavos del cielo,
Escucharás que aclama

Tu poderoso nombre,
Llenando de los orbes el profundo
Silente espacio, y del antiguo mundo
Ansioso vendrá á ti buscando el hombre
La igualdad y la gloria y la riqueza;
Y el ibero, el teutón, el mauritano,
Bajo tu cielo unidos, la grandeza
Harán mayor del pueblo americano.

¡Serás grande! Fundidas en tu seno
Las razas todas, bajo el sol ardiente
Del encendido trópico, aspirando
Tu libre, puro y perfumado ambiente,
Irán la hermosa tierra fecundando
Con el sudor bendito de su frente;
Y surgirá la nueva
Generación altiva, emprendedora,
Que varonil se atreva
Con pertinaz porfía,
Hasta rasgar los velos de la aurora
Que ha de alumbrar el día
En que serás del porvenir señora.

Entonces las fronteras
Se borrarán del mundo americano;
El apache del muisca será hermano;
Y una haciendo de todas sus banderas,
Y una sola legión de sus legiones,
El caribe, el azteca, el araucano,
Las indicas regiones
Llenas verán de pueblos y naciones.

Desde el suelo feraz que riega el Plata
Hasta las playas en que ronco impera
Soberbio Maraón; del áureo lecho
Donde Orinoco hinchado se desata

Sobre la mar con rápida carrera,
 Al Anahuac que en las alturas mora,
 Y á la región que cruza en cauce estrecho
 El Misuri de plácida ribera,
 Febril atronadora,
 Cruzará la veloz locomotora
 Como visión fantástica y rugiente,
 Que en la entraña encendida
 Lleva calor de vida
 De ciudad en ciudad, de gente en gente,

Y de las tierras áridas del Fuego
 A las del Norte frío,
 Do labran con tenaz desasosiego
 Sus lechos el Ontario y el Ohio,
 Un solo pueblo, inmenso, irá clamando
 Himnos de amor á la igualdad bendita,
 Con cifra ardiente por el orbe escrita;
 Y de la gloria el sol su faz mostrando,
 Circuida de esplendores,
 Alumbrará de Cristo el santo culto,
 La Libertad reinando sin insulto,
 La América sin siervos ni señores.

DIEGO JUGO RAMÍREZ.

NUEVA ESPERANZA.

Por la mano de Dios me fuiste dada
 Como rico tesoro, en feliz día,
 Mi juventud llenaste de alegría,
 Dulce prenda de amor, nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
Del premio que tu vida merecía,
¿Te esquivarás acaso, esposa mía,
De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu excelso espíritu descende
Del alto empíreo con callado vuelo,
Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazón blando consuelo,
Cuando, pensando en ti, fácil entiende,
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

OSÉ JOAQUÍN PESADO.

NOCHE DE LUNA.

Cuando el destello de esa luz tranquila
Baña las sombras de la noche en calma,
Perdida en los espacios mi pupila,
Hermana de la mía busca otra alma.

Me remonto soñando á otro hemisferio
Á buscar otros seres que he perdido,
Y yo sé donde están, y es un misterio
El lazo que en el mundo nos ha unido.

¡Qué hermosa estás, oh luna transparente,
Vertiendo con tu luz melancolía!
Esos rayos que lanzas á mi frente
Hieren con un recuerdo el alma mía.

No hay más que un solo amor, eterno, santo,
Puro como esa luz, como ese cielo...

¡Madre! ¡yo te perdí! mas te amo tanto
Que sólo es tu recuerdo mi consuelo.

Quando veo esa luna como gira
Y su suave fulgor en mí destella,
Yo creo que es mi madre que me mira,
Y en éxtasis de amor hablo con ella.

• LUIS RODRÍGUEZ VELAZCO.

AL SOL.

¡ Salve, sublime esfera
Cuya inflamada atmósfera en el centro
De tan diversos astros reverbera!
Tú con poder inmensurable guías
Sus giros colosales,
En las solemnes vías
Por donde va la creación entera
En busca de sus límites fatales.

¡ Cuántos inmensos orbes
Son de tu augusta majestad cortejo!
En el abismo de tu luz absorbes
Aquellos más cercanos,
Y en tu esplendor se ocultan
De nuestra vista á los esfuerzos vanos.

Con el reflejo de tus luces arde
Sobre el vasto horizonte solitario:
El astro tutelar de los amores:
Lucero de la tarde,
Á cuyos rayos su corola inclinan
Soñolientas las flores.

¡ Tuyos son los fulgores que iluminan
 El bello manto de la noche quieta
 Desde el pálido disco de la luna,
 Que ama tanto el poeta !
 Tú las horas del día
 Nos mides una á una,
 Y en estaciones varias
 Tu llama esplendorosa
 Fecundidad inagotable envía
 Con que la tierra por do quier rebosa .

Del aura el soplo escaso
 Que en los jardines vuela ;
 La brisa de alas húmedas, que al paso
 Hinche la blanca vela
 Y el copo riza de argentada espuma ;
 Los vientos de las zonas tropicales
 Revestidos de bruma ;
 Y las varias corrientes vagarosas,
 Desde el soplo más leve
 Hasta el torvo huracán de negras alas,
 ¡ Todo al impulso de tu acción se mueve !

Tú de las elevadas cordilleras
 En la desierta cumbre
 Tocas el alvo hielo,
 Y envías en variada muchedumbre
 Á fecundar el suelo,
 Espumosos torrentes
 Y sosegados ríos,
 Claros arroyos y sonoras fuentes.
 Su pompa y su riqueza
 Te debe el bosque, su verdor el llano,
 Su fruto el huerto y el jardín sus flores.
 Jamás artista humano

Podrá igualar en inspirado instante
Del iris los colores
Que en la trémula gota del rocío
Pone tu luz brillante
Sobre las hojas de las gayas flores.

Tú el delicado velo transparente
De nácar y de rosa
Desplegas en la frente
Del alba vaporosa,
Cuyo fulgor süave
Va entre las hojas á buscar el nido
Y á despertar al ave.

Cada vapor que sube
De las frígidas cumbres y los mares,
Tornas en bella nube,
Que ya es un prisma vario,
Ya un esmaltado pabellón flotante,
Ya un copo blanco y leve,
Que, así como el incienso del santuario,
Con apacible majestad se mueve.

Y cuando en el ocaso
Llevas tu clara luz á otro hemisferio
De este planeta oscuro,
¡ Cuán sublime la huella de tu paso !
¡ Cuánta paz y misterio
Dejas al éter puro !
De amor y poesía
Parece hablarnos esa luz serena
Que todo lo embellece ;
Y al expirar el día,
De dulce encanto y armonías llena,
La creación suspira y se adormece.

El callado crepúsculo te espera
Sentado en el dintel del firmamento
Junto al límite vago de la sombra ;
De rosas tu carrera
Por el oriente alfombra
Y al ocultar tu frente
Bajo el manto de púrpura y de grana
Del ocaso esplendente,
Torna otra vez en misterioso vuelo
Para anunciar tu aparición mañana
Desde el umbral del cielo.

Tú que eres á la tierra
Fuente de luz y de calor y vida,
¡ Quién sabe cuánto encierra
De tus dones magníficos y bellos
Cada cual de los orbes que te siguen,
Y cuánto vive con tu vida en ellos !

Siempre siguen tu huella esos planetas
Numerosos y varios :
Los unos, solitarios
Como tristes poetas ;
Éste, de su satélite seguido,
Como pareja amante
Que el infortunio ha unido ;
Ceñido el otro con su doble anillo,
Cual diadema brillante
Que corona una frente majestuosa ;
Y otros más, hasta el límite lejano
Donde ostenta su brillo
En medio de satélites Urano,
Y el remoto Neptuno
Girando con los siglos de consuno :
Todos te siguen por la senda ignota .

Que recorre tu vuelo,
Para llegar á la región remota
De algún confin del cielo.

Que tú también ¡ oh sol! no eres acaso
Más que humilde satélite de alguna
De esas claras estrellas
Que brillan en la ausencia de la luna;
¡ Y sólo un punto de esplendor escaso
Será allí tu magnífica diadema,
La que es aquí tan poderoso centro
De un colosal sistema!
Y en órbita gigante
Del centro tuyo al rededor caminas,
Y éste en pos de otro, y éste de otro en pos,
Hasta el último instante
Cuando en mitad de la infinita esfera
Borre tu luz y pare tu carrera
La palabra de Dios.

JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ.

ET LUX ÆTERNA LUCEBIT.

« ¡ Cuán bella es la mansión que nos ha dado
El Dios omnipotente!
Contemplo el bosque, la sonora fuente,
Esa laguna azul, el verde prado;
Y de la brisa escucho y de las aves
El susurro y los trinos tan süaves,
Que en plácido concierto
Dan encanto mayor á nuestro huerto. »

Tal decía de Adán la compañera
Mirando el Paraíso,

En aquel primer día, cuando quiso
Brindarnos Dios ventura verdadera.
Mas de ese día los instantes bellos
Corrieron á su fin; y los destellos
Del globo refulgente
Extinguiéronse al cabo en occidente.

La noche envuelve con su manto al mundo.
Eva y Adán, en tanto,
Sobrecogidos de indecible espanto
Dudan que torne el luminar fecundo
Á cruzar por el éter; y que puebla
Su Edén tan bello la eternal tiniebla
Piensan, con pena amarga,
Hasta que el sueño su ansiedad embarga.

Mas de aquella pareja el embeleso
Renuévase ferviente,
Viendo al sol asomar en el oriente,
Tras las primeras lágrimas y el beso
Que el alba con sus púdicos amores
Daba en la tierra á las primeras flores,
Y al ver que discurría.
Por los espacios el fanal del día.

Así en honda ansiedad, de los mortales
Se abisma el pensamiento,
Cuando miran el negró pavimento
De la tumba, y sus sombras funerales.
Así la antorcha de la fe vacila;
Empero, el Alma, que dejó tranquila
Su humana pesadumbre,
Despierta al día de la eterna lumbre.

RICARDO J. BUSTAMANTE.

ANACREÓNTICA.

Mucho hay, niña, de falso,
Mucho la vista engaña:
Jamás en apariencias
Te aduermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
Mi cabellera cana,
No pienses que se ha helado
Como mi frente el alma.
Tal en los altos Andes
Se extiende un mar de plata,
Que el hielo de la cima
Prolonga hasta la falda;
Pero arde allá en el centro
Un mar de fuego y lava:
Retientbla el monte, se abre
Paso la ardiente entraña,
Y luz esplendorosa
Hasta los cielos lanza.
Yo así para cantarte
Tengo de fuego el alma.

HERMÓJENES YRISARRI.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.

Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecía,
Y del Creador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera,
Y levantando púdica su velo
Gentil la primavera,
Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordaba en flores;
El agua, alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares;
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas;
Vagarosos los tímidos cefiros

Al rumor de sus alas ensayaban
 Un concierto de besos y suspiros ;
 Y cuantas aves de canoro acento
 Se pierden en las diáfanas regiones,
 Desatando el raudal de sus canciones
 Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza
 De salir del caos aun deslumbrada,
 Ebria de juventud y de belleza
 Virginal y sagrada,
 Velándose en misterio y poesía,
 Sobre el tálamo en rosas de la tierra
 Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre! Allá en el fondo
 Más secreto del bosque, do la sombra
 Era más tibia del gentil palmero,
 Y más mullida la musgosa alfombra,
 Más tupidas las flores
 Y más rico y fragante el limonero ;
 Y llevaba la brisa más aromas,
 La frente más rumores
 Y cantaban mejor los risueños,
 Y lloraban más dulce las palomas ;
 Do más bello tendía
 Sus velos el crepúsculo indeciso, —
 Allí el Hombre dormía :
 Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
 Se mostraba al nacer grande y sereno ;
 Dios miró lo creado,
 Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
 De aquel instante en la sagrada calma,

Á la sombra dormido de una palma
 Estaba Adán. Su frente pensadora,
 Su noble faz augusta de belleza,
 En medio de su sueño se cubrían
 De una vaga tristeza.
 Oreaba sus cabellos el cefiro;
 Blandamente su pecho respiraba,
 Pero algo como el soplo de un suspiro
 Por su labio pasaba.
 ¿Padecía?... ¡Quizás!... En su retiro
 Sólo el Creador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio,
 De la existencia en el primer momento,
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.
 La inmersa vida palpataba en torno,
 Pero él estaba solo... El aislamiento
 Transformaba en proscrito al soberano...
 Entonces el Señor tendió su mano,
 Y el costado de Adán tocó un instante...

Suave, indecisa, sideral, flotante
 Cual ligero vapor de las espumas,
 Cual casto rayo de la luna errante
 En un jirón perdido de las brumas;
 Cual nacida del cáliz de las flores;
 Con sus pétalos hecha y sus colores,
 Viviente perla de la aurora hermosa,
 Lampo de luz del venidero día
 Condensado en la forma voluptuosa
 De un nuevo ser que vida recibía, —
 Una blanca figura luminosa
 Alzóse junto á Adán... Adán dormía.

La primera mujer... ¡Fúlgido cielo
 Que bañó con su lumbré
 La mañana primer de las mañanas!
 ¿Viste luego en la vasta muchedumbre
 De las hijas humanas,
 Alguna más gentil, más hechicera,
 Más ideal que la mujer primera ?

La misma mano, que extendió los cielos
 Y los alumbró con auroras bellas ;
 La que salpica los etéreos velos
 Con rocío de estrellas ;
 La que viste de azul los horizontes,
 Los campos de esmeralda,
 Y de nieve la cumbre de los montes,
 Y de verde oscurísimo su falda ;
 La que hace con el iris esplendente
 Diademas al magnífico torrente
 Que su raudal de plata
 Entre nube de espumas
 Desborda en tormentosa catarata ;
 La que toma del iris los colores,
 Para con ellos colorar las plumas,
 Para con ellos matizar las flores ;
 La mano que en la gran naturaleza
 Pródiga vierte perennal hechizo,
 La del eterno Dios de la belleza,
 ¡Oh, primera mujer... ésa te hizo!...

La dulce palidez de la azucena
 Que se abre con la aurora,
 Y el blanco rayo de la luna llena,
 Dejaron en su faz encantadora
 La pureza y la luz. Los frescos labios,
 Como la flor de la granada, rojos ;
 Esa luz, que es un sol para las almas,

En la limpia mirada de los ojos ;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso...
¡Eva era el alma en flor del Paraíso!

Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa ;
Naturaleza toda palpitante,
Ceñía sus contornos voluptuosa :
Las hojas le cantaban
La canción del susurro melodioso,
Al compás de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoro :
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas ;
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el céleste riego,
Temblando de cariño á su presencia,
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol ; amanecía,
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adán dormía.
Su frente majestuosa acariciaba

El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba,
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos.
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro él seno comprimido
Del corazón el férvido latido ;
Sintiendo que el aliento que salía
Del labio abierto del gentil dormido,
Abraándole el suyo, la atraía,
Inclinóse sobre él. . .

Y de improviso

Se oyó el ruido de un beso palpitante. . .
¡Se estremeció de amor el Paraíso! . . .
Y alzó su frente el sol en ese instante.

MANUEL M. FLORES.

À DIEZ Y OCHO AÑOS.

Cuando yo la conocí
Contaba ya dieciocho años.
¡Qué impresión la que sentí!
¡Qué de deseos extraños
Cuando yo la conocí!
Mil deleites, mil venturas,
Mil amorosas locuras
Lleno de ardor me fingí
Sin temer riesgos ni daños ;

Que cuando la conocí
Contaba ya dieciocho años.

El porvenir era inmenso,
Feliz, brillante, glorioso ;
De sus miradas suspenso
Hallaba el pecho amoroso
Que el porvenir era inmenso.
Cada vez que la veía
De placer palidecía
Y hoy aún, si en ella pienso,
Digo entre alegre y lloroso :
« El porvenir era inmenso,
Feliz, brillante, glorioso » .'

Yo era un niño soñador,
Ella un ángel de belleza :
Adoración fué mi amor,
Delirio fué mi terneza ;
Yo era un niño soñador.
Ella soñando también
Halló en mi amor un edén,
Edén do nunca el dolor
Penetró, ni la tristeza . . .
Yo era un niño soñador,
Ella un ángel de belleza.

Desde aquellos bellos días
Muchos días han pasado,
Y otras penas y alegrías
El corazón ha probado
Desde aquellos bellos días :
Mas conserva la memoria
Entera y fresca la historia
De esas puras fantasías.
¡ Tanto sobre ella ha llorado

Desde aquellos bellos días
En los días que han pasado!

Esa historia terminó
Cual otras muchas historias;
El cómo no diré yo.
¡Humo son dichas y glorias!
Y esa historia terminó.
Nunca ha borrado mi llanto
La imagen de tanto encanto;
Y aunque mi pecho abrigó
Esperanzas ilusorias,
Esa historia terminó
Cual otras muchas historias.

Aun suspira el corazón
Por su amor de dieciocho años
Tras tanta muerta ilusión,
Tras de tantos desengaños,
Aun suspira el corazón.
Desde aquel tiempo querido
Mucho he visto y he sufrido,
Y aunque más de una pasión
Me dió sus dulces engaños,
Aun suspira el corazón
Por su amor de dieciocho años.

GUILLERMO BLEST GANA.

EL CULTIVO DEL MAÍZ EN ANTIOQUIA.

(FRAGMENTOS.)

Buscando en donde comenzar la Roza,
De un bosque primitivo la espesura

Treinta peones y un patrón por jefe
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
Y de camisa de coleta cruda,
Aquél á la rodilla, ésta á los codos,
Dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña con el ala
Prendida de la copa con la aguja,
Deja mirar el bronceado rostro
Que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa
Que el pantalón sujeta á la cintura,
Con el recado de sacar candela,
Llevan repleto su carriel de nutria.

Envainado y pendiente del costado
Va su cuchillo de afilada punta,
Y en fin, al hombro, con marcial despejo,
El calabozo que en el sol relumbra.

—

Al fin eligen un tendón de tierra
Que dos quebradas serpeando cruzan,
En el declive de una cuesta amena
Poco cargada de maderas duras.

Y dan principio á socolar el monte
Los peones formados en columna ;
Á seis varas distante uno de otro
Marchan de frente con presteza suma.

Voleando el calabozo á un lado y otro,
Que relámpagos forma en la espesura,

Los débiles arbustos, los helechos,
Y los bejucos por doquiera truncan.

Las matumbas, los chusques, los carrizos,
Que formaban un toldo de verdura,
Todo deshecho y arrollado cede
Del calabozo á la encorvada punta,

Con el rostro encendido, jadeantes,
Los unos á los otros se estimulan,
Ir adelante alegres quieren todos,
Romper la fila cada cual procura,

Cantando á todo pecho la guavina,
Canción sabrosa, dejativa y ruda,
Ruda cual las montañas antioqueñas,
Donde tiene su imperio y fué su cuna,

No miran en su ardor á la culebra,
Que entre las hojas se desliza en fuga,
Y presurosa en su sesgada marcha,
Cinta de azogue, brillantada ondula;

Ni de monos observan las manadas
Que por las ramas juquetonas cruzan;
Ni se paran á ver de aves alegres,
Las mil bandadas, de pintadas plumas;

Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
Ni las nubes de insectos que pululan,
Ni los verdes lagartos que huyen listos,
Ni él enjambre de abejas que susurra.

—
Concluye la socola. De malezas
Queda la tierra vegetal desnuda.

Los árboles elevan sus cañones
Hasta perderse en prodigiosa altura,

Semejantes de un templo á los pilares
Que sostienen su toldo de verdura :
Varales largos de ese palio inmenso,
De esa verde bóveda altas columnas.

El viento, en su follaje entretejido,
Con voz ahogada y fúnebre susurra,
Como un eco lejano de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia,
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende
Una constante embalsamada lluvia
De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa pura,
En la fiesta de Corpus, lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.

El guayacán con su amarilla copa
Luce á lo lejos en la selva oscura,
Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua (1) oculta.

El azuceno, el floro-azul, el caunce
Y el yarumo, en el monte se dibujan

(1) Arenilla ferruginosa que queda en el fondo de la batea en que se lava el oro.

Como piedras preciosas que recaman,
El manto azul que con la brisa ondula.

Y sobre ellos gallarda se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura,
Recta y flexible la altanera palma,
Que aire mejor entre las nubes busca.

—
Ved otra vez á los robustos peones
Que el mismo bosque secular circundan ;
Divididos están en dos partidas,
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,
No se oyen ya, ni su canción se escucha ;
De una grave atención cuidado serio
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero colabozo
La hacha afilada con su mano empuñan ;
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y á dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,
Y redoblando golpes sobre golpes.
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan ;
Á cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...

Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte, y en graciosa curva

Empieza á descender, y rechinando,
Sus ramas enlazadas se apañuscan.

Y silbando al caer, cortando el viento,
Despedazado por los aires zumba . . .
Sobre el tronco el peón apoya el hacha,
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

Un mes se pasa. El sol desde la altura
Manda á la Roza, vertical su rayo;
Ya los troncos, las ramas y las hojas
Han tostado los vientos del verano,

Las hojas en las ramas se encartuchan,
Sobre los troncos se blanquean los ramos,
Y las secas cortezas se desprenden,
De trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde
Tímida muestra sus primeros tallos,
La guadua ostenta su primer retoño
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;
La Candelaria ya se va acercando;
Es un domingo á medio día. El viento
Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones
Vagan alrededor del derribado,
Con los hachones de cortezas secas
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,
Y brotando la llama al ventearlo,

Varios fogones en contorno encienden,
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba á los tendidos palos ;
Prende en las hojas y chamizas secas,
Y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo
Que tenue brota caprichoso y blanco,
O lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera
Y se retuerce en los nudosos brazos,
Y silba, y desigual chisporrotea
Lenguas de fuego por do quier lanzando.

Y el fuego envuelto en remolinos de humo,
Por los vientos contrarios azotado,
Se alza á los cielos, ó á lo lejos prende
Nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido
De las guaduas y troncos reventando,
Del huracán el mugidor empuje,
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan
Y se elevan, el cielo encapotando
De un humo negro que arrebatara chispas;
Pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen;
Pero encuentran el fuego á todos lados,
El fuego, que se avanza lentamente
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo alrededor volando,
Á con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fué tan caro.

Aqui y allá se vuelve la serpiente
Buscando una salida, y en su espanto
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo
Hasta que llena el anchuroso espacio;
Rosados se perciben los objetos;
Redondo y rojo el sol, se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno,
Tiende la noche su callado manto,
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aun vivos del ardiente estrago,
Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

LA SALIDA DEL SOL.

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas

De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
Ó en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores,
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,
Y las caléndulas rojas
Vierten al pie sus olores.
Las amarjillas retamas
Visten las colinas, donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores.
Purpúrea el agua del río
Lame de esmeralda el borde,
Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Mientras que allá en la montaña,
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del iris con los colores.
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre,
Cantan las aves, y zumban
Mil insectos bullidores,

Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno... Entonces
Sus fatigosas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe,
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los seres
Su tierno holocausto pone;
Y Dios, que todos los días
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del sol que nace
Con los puros resplandores.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

AL TEQUÉNDAMA.

Oír ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme
À orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza por tu frente,
Que, cual el polvo de la lid ardiente,

En confundidos torbellinos sube.
 Quise también mezclar mi acento débil
 Al grande acento de tus muchas aguas,
 Y, respirando el aire de tu gloria,
 Ensalzarla también con voz ferviente,
 Mi lira haciendo digna de memoria,
 Y arrojarla después á tu corriente.

Heme aquí contemplándote anhelante,
 Suspenso de tu abismo :
 Mi alma atónita, absorta, confundida
 Con tan grande impresión, te sigue ansiosa
 En tu glorioso vuelo,
 Y al querer comprenderte desfallece
 De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
 De asombro y de terror á las naciones ;
 Cual rimbomba el cañón de la pelea,
 Y anuncia así de lejos al viajero
 La hórrida majestad que te rodea.
 Los ecos ensordecen y se cansan
 De repetir la horrisona armonía
 Que de ti suena en torno
 Cual si fueran los ecos de un triunfo
 Lleno de pompa y bélica armonía.
 El águila asustada alza sus vuelos
 Por el éter brillante á las montañas
 Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo y sosegado corre
 Lleno de majestad ; y de repente
 Cual dragón infernal alza la frente,
 Sacude enfurecido
 Las vedijudas greñas,
 Se asoma al borde del abismo, y brama,

Y se lanza iracundo
 De un abismo á otro abismo más profundo
 En sábanas lumbrosas de alba espuma,
 Á ser despedazado entre las peñas.
 La roca al golpe gime;
 Hierve la onda atormentada y gira,
 Se rompe, se revuelve, se comprime
 Con clamoroso y desigual estruendo,
 Ó como quien se queja y quien suspira,
 Y como el humo de una gran hoguera
 Á torbellinos al Olimpo sube
 De clara niebla en argentada nube;
 Y el poderoso acento
 De soledad en soledad, de un monte
 Á un monte más lejano, lleva el viento.

El ángel guardador de tus raudales
 Aquí, de tarde, á contemplarte viene,
 Y en ese altar de piedra que se avanza
 Lleno de algas, de espuma zarpeado,
 Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
 Su cabeza, de juncos ven ceñida
 Y de silvestres ovas,
 Y su capa de púrpura teñida,
 Los montañeses, y oyen el concierto
 De su laúd divino, al brillo incierto
 De la pálida luna
 Cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta
 Á tu gloria! Pictórico horizonte
 Delante se abre; antiguos como el mundo
 Los árboles se elevan en tu monte;
 Solemnes armonías
 Resuenan en tu seno ancho y profundo :

Flores, aromas, luz y movimiento;
 Aire esencial de vida en cada aliento;
 Un cielo claro encima,
 Como el alma de un niño ven los ojos;
 Y por diadema para ornar tu frente
 Iris de oro, de púrpura y diamantes
 Se cruzan sobre ti reverberantes.

Mas, ¿ dónde están, ¡ oh rio! aquellos pueblos
 De esta región antiguos moradores?
 ¿ Qué se hicieron los Zipas triunfadores
 Que se sentaban sobre el trono de oro,
 Y que padres más bien que augustos reyes,
 Con amor sonriendo y frente leda,
 De dulce paz dictando iguales leyes,
 Cual se gobierna una familia, al pueblo
 Con el cayado patriarcal guiaban
 Cual con riendas de seda?

¿ En dónde el templo en láminas de oro
 Resplandeciente al sol? ¿ Á qué comarca
 Trasladaron las aras en que ardía
 El aroma suavísimo, entre el coro
 De virginales voces noche y día?
 ¿ Dónde Aquimin? ¿ el Bogotá? ¿ el Tundama?
 ¿ Á dónde el santo Sugamuxi, á dónde?
 Tu trueno asordador, como un lamento,
 Es la voz sola que á mi voz responde.

¡ Pobres indios, abyectos, decaídos
 Del vigor varonil, desheredados
 De este tan bello y tan fecundo suelo,
 Vosotros no poseéis de vuestra patria
 Sino el dulce aire y el brillante cielo,
 Ó una heredad cortísima! El arado
 Rompe la tierra y de las tumbas saca

LITERATURA AMERICANA.

Los ídolos pequeños, confundidos
Con el polvo sagrado
De un sacerdote, un Zipa, un rey de Iraca.

Como se avanzan á este abismo oscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desaparece :
Parte cayó bajo el acero duro
De los conquistadores ; en los hierros,
En prisiones infectas y sombrías
Se marchitó su juventud lozana ;
Otra se pierde en el extraño abrazo
Con sangre de verdugos confundida...
¡ Nación ayer, no existirá mañana !

¡ Y este río caudal sigue corriendo
Como corrió desde la edad antigua !
¡ Y el trueno aterrador que estoy oyendo
Sonaba entonces como suena ahora,
Duro, rabioso, asordador, tremendo,
Como una eternidad devoradora,
Y sonará cuando al sepulcro caiga
Este hombre oscuro, débil, ignorado,
Que oyéndolo á su borde está sentado !

¡ Oh ! ¡ qué objetos ! ¡ el hombre y Tequendama !
¡ El hombre sin poder, pincel, ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento,
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se apagará la llama !
¡ Y esta tremenda catarata, eterna,
Con esa voz cual la de mil tambores,
Cual ruido estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores
En el afán de una total derrota ;

Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
 Y esa su roca, firme, estable, inmota,
 Que alcanzará á los años de los años
 Y del mundo á la edad la más remota !

¡ Calma un momento el torbellino raudó
 En que ruedas, oh río, al ciego abismó,
 Y ese fragor y la explosión del trueno !
 ¡ Disipa el pabellón de negra nube
 Que cada instante de tu lecho sube
 Para velar tu majestad ! Mi alma,
 Mis deslumbrados ojos, mis oídos
 Sordos ya con el ruido de tus aguas,
 Anhelan contemplarte un solo instante
 Y dejarte después agradecidos !
 Porque tu vista bella
 Asombro, pasmo, horror sublime inspira,
 Y de verdad severa lección grande
 Deja en la mente con profunda huella.
 Aire de gloria y de virtud respira
 El hombre en ti : capaz de más se siente :
 De legar á los siglos su memoria,
 De ser un héroe, un santo ó un poeta ;
 Y sacar de su lira
 Un son tan armonioso y tan sublime
 Como el iris que brilla por tu frente,
 Como el eco de triunfo que en ti gime.

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

EL MBURUCUYÁ.

(FLOR DE LA PASIÓN.)

Embalsamando la erguida
 Frente de mi patria hermosa,

Hay una flor primorosa
 Del trono de Dios caída :
 Como virgen pudorosa
 Velada en su manto aerio,
 Ella sujeta á su imperio
 Alma y corazón : — El hombre
 La llamó al ponerle nombre,
 « De las flores el misterio. »

Sobre el trono purpurino
 De sus hojas de esmeralda,
 En enlace peregrino,
 Levántase una guirnalda
 De espinas, y alabastrino
 Pedestal, en cuya punta
 Tres clavos se ven que el aura
 Separa amorosa y junta,
 Cuando su brillo restaura
 El nuevo sol que despunta (1).

Y se ven al par en ella
 Con rojo polvo imitadas,
 Cinco llagas, como huella
 De las heridas sagradas,
 Que en su santa misión bella
 El hijo de Dios un día,
 Por la humanidad impía
 Enclavado en el madero,
 Recibió del pueblo fiero
 Que le ultrajó en su agonía.

Y acaso cuando él herido,
 Ya sin fuerzas, tristemente,
 Al pecho inclinó la frente

(1) Esta flor se marchita y se cierra al ponerse el sol, y no se abre ni recobra su brillo hasta que el astro reaparece.

Sin exhalar un gemido,
De aquella sangre inocente
Una gota cayó al suelo,
Y la tierra sin consuelo
Brotó una flor de esperanza,
Como prenda de alianza
Entre los hombres y el cielo.

El soplo de la tormenta
Arrebató sus semillas.
Y las trajo á las orillas
Que el Atlántico sustenta ;
Aquí, do las maravillas
De la creación entera,
Como estrellas en la esfera
Derramó la santa mano
Del único Soberano
Que en todas partes impera.

Y cuando llegó el instante
En que la grey castellana,
En sus playas clavó ufana
Su enseña y la cruz triunfante ;
Halló en esa flor, radiante,
Sobre su cáliz posado
Como en un germen fecundo,
El trasunto idealizado
De ese misterio sagrado,
Vida y luz del nuevo mundo.

De esa religión sublime
Que igual no tiene en la tierra,
Que toda virtud encierra,
Que alivia á todo el que gime ;
Que si injusto nos oprime
Encarnizado el destino,

Levanta una mano al cielo,
 Y con la otra, en el suelo
 De la virtud el camino
 Nos muestra con santo anhelo.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Á UNA NIÑA.

¿Por qué, por qué llorar? Cada centella
 Que desde el firmamento el sol destella,
 Dora un sueño, un amor.
 Cada sopro que el aura nos envía
 Trae un eco, una angélica armonía,
 Y fecunda una flor.

¿Por qué, por qué llorar? Celeste llama,
 La juventud purísima derrama
 En el mundo su luz.
 Las sombrías visiones arrebola,
 Y cuelga como ofrenda una aureola
 Hasta en mortuoria cruz.

¿No oyes, di, cuando posas descuidada
 Tu cabeza en las plumas de la almohada,
 Como un canto vagar
 Que se esparce en la niebla misteriosa,
 Como la voz lejana y vaporosa
 De un concierto en el mar?

¿Y no ves con los ojos de la idea,
 En la sombra que flota y se clarea,
 Mecerse, ir y venir,
 Como un rayo de luz, y labio ardiente

Besar tus labios, alumbrar tu frente,
Y en tu seno morir?

Niña, taza de aroma, flor agreste,
Angel, esa armonía es la celeste
Voz de tu corazón ;
Que en la noche callada se evapora,
Y de suaves cadencias que aun ignora
Imita la expresión.

Son los sueños que guardan tu belleza,
Los cantares que eleva tu pureza,
Prestigio del Señor.
Y ese rayo de luz que te acaricia,
Es la vida, el encanto, la delicia...
¡ Niña, ése es el amor !

Si el porvenir es bello, si te augura
Esperanza, ilusión, gloria, ventura,
¿ Por qué, por qué llorar ?
Ahoga en dulces risas tu tristeza
Y descubre sin duelos tu belleza...
¡ Ser hermosa es reinar !

GUILLERMO MATTA.

VUELTA Á LA PATRIA.

(FRAGMENTO.)

¡ Tierra grita en la proa el nayegante,
Y confusa y distante,
Una línea indecisa
Entre brumas y ondas se divisa.

Poco á poco, del seno
Destacándose va del horizonte,
Sobre el éter sereno,
La cumbre azul de un monte;

Y así como el bajel se va acercando,
Va extendiéndose el cerro
Y unas formas extrañas va tomando,
Formas que he visto cuando
Soñaba con la dicha en mi destierro.

Ya la vista columbra
Las riberas bordadas de palmares,
Y una brisa cargada con la esencia
De violetas silvestres y azahares,
En mi memoria alumbra
El recuerdo feliz de mi inocencia,
Cuando pobre de años y pesares
Y rico de ilusiones y alegría,
Bajo las palmas retozar solía,
Oyendo el arrullar de las palomas,
Bebiendo luz y respirando aromas.

Hay algo en esos rayos brilladores
Que juegan por la atmósfera azulada,
Que me habla de ternuras y de amores
De una dicha pasada,
Y el viento, al suspirar entre las cuerdas,
Parece que me dice : « ¿no te acuerdas ? »

Ese cielo, ese mar, esos cocales,
Ese monte que dora
El sol de las regiones tropicales...
¡Luz! — ¡luz al fin! — los reconozco ahora,
Son ellos, son los mismos de mi infancia,
Y esas playas que al sol del mediodía

Brillan á la distancia,
 ¡ Oh inefable alegría !
 ¡ Son las riberas de la patria mía !

Ya muerde el fondo de la mar hirviente
 Del ancla el férreo diente ;
 Ya se acercan los botes desplegando
 Al aire puro y blando
 ¡ La enseña tricolor del pueblo mío !
 ¡ Á tierra ! ¡ á tierra ! ó la emoción me ahoga,
 ¡ Ó se adueña de mi alma el desvarío !

Llevado en alas de mi ardiente anhelo,
 Me lanzo presuroso al barquichuelo
 Que á las riberas del hogar me invita.
 Todo es grata armonía ; los suspiros
 De la onda de zafir que el remo agita ;
 De las marinas aves
 Los caprichosos giros ;
 Y las notas süaves,
 Y el timbre lisonjero,
 Y la magia que toma
 Hasta en labios del tosco marinero
 El dulce son de mi nativo idioma.

¡ Volad, volad veloces,
 Ondas, aves y voces !
 Id á la tierra en donde el alma tengo,
 Y decidle que vengo
 Á reposar, cansado caminante,
 Del hogar á la sombra un solo instante.

Decidle que en mi anhelo, en mi delirio
 Por llegar á la orilla, el pecho siente
 Dulcísimo martirio ;
 Decidle, en fin, que mientras estuve ausente,

Ni un día, ni un instante hela olvidado,
 Y llevadle este beso que os confío,
 Tributo adelantado
 Que desde el fondo de mi ser la envío.

¡ Boga, boga, remero! — así — ¡ llegamos!
 ¡ Oh emoción hasta ahora no sentida!
 ¡ Ya piso el santo suelo en que probamos
 El almibar primero de la vida!

Tras ese monte azul, cuya alta cumbre
 Lanza reto de orgullo
 Al zafir de los cielos,
 Está el pueblo gentil donde, al arrullo
 Del maternal amor, rasgué los velos
 Que me ocultaban la primera lumbre.

¡ En marcha, en marcha, postillón! — ¡ agita
 El látigo inclemente!
 Y á más andar, el carro diligente
 Por la orilla del mar se precipita.

No hay peña ni ensenada que en mi mente
 No venga á despertar una memoria,
 Ni hay ola que en la arena humedecida
 No escriba con espuma alguna historia
 De los alegres tiempos de mi vida.
 Todo me habla de sueños y cantares,
 De paz, de amor y de tranquilos bienes,
 Y el aura fugitiva de los mares
 Que viene, leda, á acariciar mis sienes,
 Me susurra al oído
 Con misterioso acento : « Bienvenido. »

Allá van los humildes pescadores
 Las redes á tender sobre la arena;

Dichosos, que no sienten los dolores
Ni la punzante pena
De los que lejos de la patria lloran ;
Infelices, que ignoran
La insondable alegría
De los que tristes del hogar se fueron,
¡ Y luego, ansiosos, al hogar volvieron !

Son los mismos que un día,
Siendo niño, admiraba yo en la playa,
Pensando, en mi inocencia,
Que era la humana ciencia
La ciencia de pescar con la atarraya.

Bien os recuerdo, humildes pescadores,
Aunque no á mi vosotros, que en la ausencia
Los años me han cambiado y los dolores.

Ya ocultándose va tras un recodo
Que hace el camino, el mar, hasta que todo
Al fin desaparece.
Ya no hay más que montañas y horizontes,
Y el pecho se estremece
Al respirar, cargado de recuerdos,
El aire puro de los patrios montes.

De los frescos y limpidos raudales
El murmurio apacible ;
De mil canoras aves tropicales
El melodioso trino que resbala
Por las ondas del éter invisible ;
Los perfumados hálitos que exhala
El cáliz áureo y blanco
De las humildes flores del barranco ;
Todo á soñar convida,
Y con süave empeño,

Se apodera del alma enternecida
La indefinible vaguedad de un sueño.

Y rueda el coche, y detrás de él las horas
Deslizanse ligeras,
Sin yo sentir que el pensamiento mío
Viaja por el país de las quimeras,
Y sólo hallan mis ojos sin mirada
Los incoloros senos del vacío...

De pronto, al descender de una hondonada,
« ¡Caracas! ¡ allí está ! » dice el auriga,
Y súbito el espíritu despierta
Ante la dicha cierta
De ver la tierra amiga.
¡ Caracas allí está ! sus techos rojos,
Su blanca torre, sus azules lomas,
Y sus bandas de tímidas palomas,
¡ Hacen nublarse de lágrimas mis ojos !

Caracas allí está, vedla tendida
Á las faldas del Ávila empinado,
Odalisca rendida
Á los pies del sultán enamorado.

Hay fiesta en el espacio y la campaña,
Fiesta de paz y amores ;
Acarician los vientos la montaña ;
Del bosque los alados trovadores
Su dulce canturía
Dejan oír en la alameda umbria ;
Los menudos insectos en las flores
Á los dorados pistilos se abrazan ;
Besa el aura amorosa al manso Guaire,
Y con los rayos de la luz se enlazan
Los impalpables átomos del aire.

¡ Apura, apura, postillón ! ¡ agita
 El látigo inclemente !
 ¡ Al hogar ! ¡ al hogar ! que ya palpita
 Por él mi corazón... mas no, — ¡ detente !...
 ¡ Oh ! infinita aflicción ! ¡ oh desgraciado
 De mí, que en mi soñar hube olvidado.
 Que ya no tengo hogar !... Para, cochero ;
 Tomemos cada cual nuestro camino,
 Tú, al techo lisoñero
 Do te aguarda la madre, el ser divino
 Que es de la vida centro y alegría ;
 Y yo... yo al cementerio,
 Donde tengo la mía .

Ya no hay fiesta en los aires ; ya no alegra
 La luz que el campo dora ;
 Ya no hay sino la negra
 Pena crüel que el pecho me devora.
 ¡ Valor, firmeza, corazón ! no brotes
 Todo tu llanto ahora ; no lo agotes,
 Que mucho, mucho que sufrir aun falta ;
 Ya no lejos resalta
 De la llanura sobre el verde manto
 La ciudad de las tumbas y del llanto ;
 Ya me acerco, ya piso
 Los callados umbrales de la muerte ;
 Ya la modesta lápida diviso
 Del angélico ser que el alma llora ;
 Ven, corazón, y vierte
 Tus lágrimas ahora.

JUAN A. PÉREZ BONALDE.

LA CIEGA.

¡ Todo es noche, noche oscura !
Ya no veo la hermosura
De la luna refulgente ;
Del astro resplandeciente
Tan sólo siento el calor.
No hay nube que el cielo dora,
Ya no hay alba, no hay aurora
De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento,
Ya no tienen lucimiento
Las estrellas en el cielo :
Todo cubre un negro velo ;
Ni el día tiene esplendor ;
No hay matices, no hay colores,
Ya no hay plantas, ya no hay flores,
Ni el campo tiene verdor.

Ya no gozo la belleza
Que ofrece naturaleza,
Lo que el mundo adorna y viste ;
¡ Todo es noche, noche triste
De confusión y pavor !
¡ Do quier miro, do quier piso,
Nada encuentro, y no diviso
Sinó lobreguez y horror !

Pobre ciega, desgraciada,
Flor en su abril marchitada,
¿ Que soy yo sobre la tierra ?

Arca do tristeza encierra
Su más tremendo amargor;
Y mi corazón enjuto,
Cubierto de negro luto,
Es el trono del dolor.

En mitad de su carrera,
Y cuando más luciente era
De mi vida el astro hermoso,
En eclipse tenebroso
Por siempre se oscureció.
De mi juventud lozana,
La primavera temprana
En invierno se trocó.

Mil placeres halagüenos,
Bellos días y risueños
El porvenir me pintaba,
Y seductor me mostraba
Por un prisma encantador.
Las ilusiones volaron,
Y en mi alma sólo quedaron
La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
Que se mira condenado
En su juventud florida
A pasar toda su vida
En una horrenda prisión,
Tal me veo, de igual suerte :
Sólo espero que la muerte
De mí tendrá compasión.

Agotada mi esperanza,
Ya ningún remedio alcanza ;
Ni una sombra de delicia

Á mi existencia acaricia;
 Mis goces son el sufrir :
 Y en medio á tanta desdicha,
 Sólo me queda una dicha,
 Y es la dicha de morir.

MARÍA JOSEFA MUJÍA.

EL SALTO DE BARRIO-NUEVO.

I.

Al pie de dos montañas colosales,
 Un río transparente
 Remueve sus cristales,
 Y entre riscos y juncos y zarzales
 Con estrépito lanza su corriente.

Cercado de perpetua primavera
 Regala su frescura
 Bañando la pradera,
 Retratando á su paso por doquiera
 Palmas y cielos en su linfa pura.

Crece la flor en su escarpada orilla
 Luciendo sus colores,
 En tanto que sencilla
 Canta feliz la tímida avecilla
 Querellando sus rústicos amores.

Allí el pastor respira los aromas
 De lirios y alelías;
 Y al par de las palomas,
 Bajan de tarde las cercanas lomas
 Á mitigar su sed los jabalías.

Interrumpe su curso de repente,
Cortada en dura peña,
Hondísima pendiente,
Y convertido desde allí en torrente
Sobre un lecho de roca se despeña.

Un iris forma de belleza suma
Cuando su mole agita
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de sonante espuma
En multitud confusa precipita.

Y hierve el agua en el revuelto seno
Del hondo abismo frío,
Zumbando como el trueno,
Y las ondas avanzan, y sereno
Sigue su marcha majestuoso el río.

II.

Un instante contemplé
Tu belleza singular,
Y breve y amargo fué,
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.

En tu curso misterioso
Por sendas desconocidas,
Corres tranquilo y medroso,
Ya en un cauce pedregoso,
Ya sobre alfombras mullidas.

Encuentras á cada instante
Un escollo en tu camino,
Y andas y andas anhelanté,
¡ Siempre adelante, adelante !
Sin conocer tu destino.

Humilde como las fuentes
Lamiendo vas tus orillas,
Al murmurar tus corrientes
Los amores inocentes
De las tórtolas sencillas.

Ó acaso tu lecho ahondando
Rugiente y negro te lanzas,
Y van tus aguas pasando
Como en la tierra llorando
Los hombres sus esperanzas.

Y sin que sepas jamás
Adonde tus ondas ruedan
Cuando caminando vas,
Caminas; ay! sin que puedan
Volverse un instante atrás:

Como nunca retornaron
Las ilusiones que fueron,
Ni los seres que se amaron,
Ni las horas que pasaron,
Ni las flores que murieron.

Sobre el espejo en que nacen,
Tus blancas espumas miro
Pasar en rápido giro;
Y cuán pronto las deshacen
Las brisas con un suspiro.

Así su dicha también,
Los que sollozan sin calma
Por el mundanal Edén,
Volar presurosas ven
En un suspiro del alma.

Tú en la gaya primavera,
Al pasar por la ribera
Llevas las flores que tocas;
Las amas, y en tu carrera
Se van quedando en las rocas.

Así el hombre en sus errores
Con indecible cariño
Guarda avaro sus amores,
Y va, desde que es muy niño,
Perdiendo en el mundo flores.

Y al fin, después de luchar
En esta mundana guerra,
Tendremos que descansar,
Los hombres bajo la tierra
Y tú en el fondo del mar.

JOSÉ PEÓN CONTRERA.

LA LUNA.

Ya del Oriente en el confín profundo
La luna aparta el nebuloso velo,
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,

Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto

¡ Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
Por el turquí del firmamento subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe,
Y de la Noche el iris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre
Y, en argentinas gasas se despliega,
De la nevada sierra por la cumbre,
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
Á largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

Ó al pie del cerro do la rosa humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de platá el valle recorriendo,
Vense, á la luz, las fuentes y los ríos,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡ oh Luna!
Vuelo al través de solitarias breñas,
Á los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del desierto reverbera,
Adormecido, nitido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y éstas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones,
En que tu rayo con las sombras lucha ;

Porque las sombras odian tu mirada ;
Hijas del caos, por el mundo errantes,
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El impetu salvaje del torrente ;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
Ó con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,
Y alumbra al pié de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto agita :
No hay en los seres voz ni movimiento ;
El corazón del mundo no palpita. . .

Se acerca el centinela de la Muerte :
¡ He aquí el silencio ! Sólo en su presencia

Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario,
Del infinito á la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende,
Por el callado abismo de la Nada...

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,
Á sumergirme torno entre mí mismo,
¡Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la aurora.

¡ Oh Luna, adiós ! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera ;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Ésta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo ;

Porque, esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLON.

EN UN ÁLBUM.

Cuando en la tierra extranjera
Donde á morar te dispones,
Con voz fatal la campana
Anuncie al suelo las doce,

Y las virtudes y el vicio
En las calladas mansiones,
Gocen del blando descanso
Que trae consigo la noche ;

Suelta tus rubias madejas
Que por el cuello, sin orden,
Al resbatar blandamente
El seno cándido toquen :

Entre las palmas ebúrneas
La mustia frente repose,
Y pensamientos de virgen
Por ella crucen veloces.

Abre este álbum, mujer bella,
Ábrele rápida entonces,
Que de misterios y amor
Llenas palabras esconde.

Y á la luz trémula y roja
De alguna lámpara inmoble,
Busca en sus hojas, perdido,
Como en el mundo, mi nombre.

Búscalo, si ; y al hallarle
Lágrimas tiernas lo mojen,
Que arrancarán á tus ojos
Recuerdos ¡ ay ! matadores.

Recuerdos, no del poeta,
Cuya existencia corroe
Algún oculto veneno
Que Dios en su seno pone,

Sino de tu patria bella,
Ciudad de las negras torres,

Que con cintura de espumas
La sien adorna de flores.

De ese su cielo apacible,
De sus festivas canciones,
Y de ese monte atalaya
Que lamen ondas veloces.

¡Cuántos amargos ensueños,
Cuántas ingratas visiones,
Sobre tu frente sus alas
Plegarán raudas entonces!

Latirá el seno agitado,
Se apagarán los colores
De tus mejillas, los labios
No darán paso á las voces.

Y como fuente que hinchada
Salva los marcados bordes,
Y arranca al paso la flor
Que Octubre en los campos pone,

Por los pesares preñados,
Talvez tus ojos arrojen
Así de llanto torrentes,
Que borren fieros mi nombre.

: Mas no : do quiera que mire
Nacer la hermosa sus soles,
Un ángel vela á su lado
Para calmar sus dolores ;

Y la esperanza le vuelve
Cuando se aduerme en la noche,
Besando el nítido seno
Á que piadoso se acoge.

Virgen de rubias madejas,
Guarde el Señor tus amores,
Y haga que en tierras extrañas
Tu vida en dichas rebose.

ADOLFO BERRO.

EL ZENTZONTLE.

¡ Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor ! ¡ Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos !

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío
Y alegres himnos amoroso exhalas
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura

Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa;
Y la nocturna diosa
Vierte do quier su plácido bebeño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonce en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares

Impregnados de amor y sentimiento,
 Y el ambiente respiran de sus mares,
 Y orgullosos se mecen en el viento
 Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
 La reina de Occidente,
 Ornada en jaspes de vistosas plumas
 Alzaba al cielo la serena frente,
 Y Axayacatl valiente
 Humillando á sus pies á las naciones
 Sus gloriosas conquistas extendía,
 Y do quier la victoria sonreía
 Á la sombra feliz de sus pendones,
 En la risueña margen de los lagos,
 Los *sinsontes*, con notas celestiales,
 Del guerrero imitaban la querella,
 El discorde vibrar de los timbales,
 La enamorada voz de la doncella,
 Y el clamor de los himnos nacionales.

Otras veces, volando en la espesura,
 De la fuente imitaban los rumores,
 El lamento del mirlo entre las flores,
 La querelosa voz de la paloma
 De hondos suspiros llena,
 Del tardo buey el trémulo bramido,
 Y el horrible silbido
 Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
 La majestad divina
 Que un sol de fuego espléndido ilumina,
 Mustia y triste la Europa nos parece,
 Y su antigua hermosura palidece;
 Así cuando el *sinsonte* enamorado

Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltós giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una armonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.

Tienes siempre al mecerte por el viento
Para todos los goces un acento ;
À todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡ Cuál conmueve tu voz el alma mía !
Bendita la armonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Troyador de sus lagos rumorosos !

Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prisión nunca suspires
Triste canción de duelo ;
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
À nuestra patria mires
Bendita por la historia,

Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares.

JOSÉ ROSAS.

EN LA ORILLA DE LA MAR.

À la sombra de un uvero,
Entre espeso matorral,
Una choza se divisa
En la orilla de la mar.

Otra alguna no hubo nunca
En aquella soledad ;
De unos pobres pescadores
Era el único solar.

Nadie es dueño de ese valle ;
Y la costa en él es tal,
Que no quieren las piraguas
En las playas atracar.

Vivió allí por tiempo largo,
Pobrememente, pero en paz,
Un anciano con los suyos,
Sin pedir al cielo más.

Vió llegar después un año
Tan aciago, tan fatal,
Que quedó casi desierto
Su olvidado y pobre hogar.

¡Qué de afectos inmolados
Por la muerte sin piedad!
¡Qué de golpes para un pecho
Tan cansado y débil ya!

El anciano hoy sólo tiene,
Prendas de ese amor y afán,
Una nieta y unas tumbas
En la orillá de la mar.

—

No era el año bien finado,
Cuando, colmo á tanto mal,
Revolvió la mar y el cielo
Una horrible tempestad.

Era noche, — ¡Qué tinieblas!
Cuál zumbaba el huracán!
¡Qué rugidos los del trueno!
¡Qué bramidos los del mar!

Si en las rocas se estrellaba
Un esquife en hora tal,
Distinguir era imposible
Sus clamores de ansiedad;

Que no hay ruido que no sepa.
La tormenta remedar;
Ayes, gritos, silbos daba
En estrépito infernal.

Ni su propia voz oían
Las dos almas, cuando á par
Y de hinojos imploraban
La clemencia celestial.

Mas al alba, cuando el viejo
Su barquilla fué á botar,
De despojos alfombrado
Halló todo el arenal :

Tablas, yerbas submarinas,
Aquí un cabo, un remo allá;
Y vió un hombre medio hundido
En la orilla de la mar.

—
Aquel náufrago fué un hijo
Que le dió la tempestad :
Compartió con él sus ropas,
Dividió con él su pan.

Juzgó el viejo aquel encuentro
Protección providencial,
Pues su cuerpo ya rendían
Las faenas de la mar.

Y aunque el año era siniestro,
Bondadoso y liberal
Le dió al náufrago las llaves
De su pecho y de su hogar.

La muchacha era garbosa,
Como América las da,
De canela y rosa el cutis
Y de tórtola el mirar.

En su casa desde niña
La llamaban *la Torcaz*,
Porque al cuello se colgaba
Conchas blancas de la mar.

Él contaba veinte abriles,
Ella entraba en quince ya;

No fué mucho si él temprano
Se prendó de la Torcaz.

El amor, de ambos el alma
Tocó á una con su imán ;
Y ya flores sólo vieron
En la orilla de la mar.

—

Avisóse el buen abuelo
De su dulce intimidad,
Á su afecto no fué yalla
El dominio paternal.

No hubo celos ni combate ;
No era Haidea la Torcaz,
El abuelo no era Lambro,
Ni era el náufrago don Juan.

Antes fué que, despejando
La rugosa y triste faz,
Sonrió lleno de gozo
Y benedijolos al par.

Mar y cielos recibieron
Las protestas del galán :
Los altares del marino
Son los ciclos y la mar.

Vió el anciano huir la sombra •
Que su sien nublaba más ;
Ya podrá morir tranquilo,
Sin temer por la Torcaz.

La Torcaz puso en su amante
Alma, vida y voluntad ;

Y en un año, para ella
 Todo fué ventura y paz.

Y fué madre ; y por tal dicha,
 Tras de tanto luto y mal,
 Oró al cielo arrodillada
 En la orilla de la mar.

—

Cae la tarde. En tosco banco
 Á la puerta del hogar,
 Hombro á hombro están sentados
 El abuelo y la Torcaz.

Mudo, inmóvil, fija en tierra
 Su ya trémulo mirar ;
 En su diestra está la caña
 Que á su cuerpo apoyo da.

Ella tiene en el regazo
 El tesoro maternal ;
 De sus ojos, que en él clava,
 Cae de lágrimas un mar.

El anciano también llora...
 ¡ Oh traición ! ¡ Oh crueldad !
 ¡ Y las olas no se abren
 Y sepultan al faláz !

Un bajel tocó en las playas
 É hizo aguada en el raudal ;
 Por el agua que le dieron
 Dejó llanto y orfandad.

Fuése oculto allí el perjuro...
 ¡ Año aciago, año fatal !

Voz ninguna las entrañas
Del traidor pudo ablandar.

Allá va, boga que boga...
Allá el pérfido, allá va...
La Torcaz llora y se muere
En la orilla de la mar.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

MI AMOR.

Era mi vida el lóbrego vacío;
Era mi corazón la estéril nada;
¡Pero me viste tú, dulce amor mío,
Y créome un universo tu mirada!

A ese golpe mis ojos encontraron
Bella la tierra, el ánima divina:
Mundos de sentimiento en mí brotaron
Y fué tu sombra el sol que me ilumina.

Si esto es amor ¡oh joven! yo te amo,
Y si esto es gratitud, yo te bendigo;
Yo, mi adorado, mi señor te llamo:
Que otras te den el título de amigo.

Te amo. ¡Qué gloria! Que al oírme el mundo
Me excre y burle, déspota y perverso:
Te amara aunque me odieras iracundo:
Fuera de ti ¿qué importa el universo?

Y no imploro tu amor, que siendo tuyo
Tu desprecio y desdén bendiciría;

Amarte, obedecerte — ese es mi orgullo :
Y amando tu desdén yo moriría.

Yo te idolatro, indigna de tu afecto,
¡Si! porque no hay mujer digna de ti,
¡Pura imagen de Dios! ¡hombre perfecto!
¡Proscrito arcángel que cruzó ante mi!

Yo he traslucido incógnito suplicio
En tu faz regia, en tu imponente voz:
La energía hay allí de un sacrificio,
Hay allí la tristeza de un adiós.

Siempre encanté con tu visión mis sueños,
¡Ah! ¡son tan dulces! ¡Siempre estás allí!
¡Astro de sabrosísimos ensueños
En que forjo mil cielos para ti!

¡Y allí te vi feliz! allí no pisas
El mundo indigno en que sufriendo estás,
Y son dulces, no amargas, tus sonrisas,
Y nada enturbia el brillo de tu faz.

¡Oh! si el amor de una mujer valiera
Por el santo dolor de un serafín!
Por verte alegre hasta tu amor yo dicra...
Mi porvenir, mi amor, mi ser, en fin.

¿Qué no hiciera por ti, soñado mío,
Cuando es mi luz la huella de tu pie?
Tu capricho esclavice mi albedrío,
Palma de mártir brindeme tu fe.

Profeta que á mi espíritu anunciaste
La religión feliz del corazón,
Y el amor al Dios grande me enseñaste
Viendo su sombra en ti, su bendición.

¡Gracias, gracias! mancebo poderoso
De iluminada frente y pecho audaz,
En todo bello, en todo generoso,
De ningún mal, de todo bien capaz.

Así cuando en instante incomparable
Tu irresistible atmósfera senti,
Ciega, fatal, cual astro desquiciado,
Me lancé á ti para abismarme en ti;

Para vivir en tu recuerdo estática
Y embellecer con él mi soledad;
Para gozar con mi pasión fanática
Ante la cual gritó la sociedad;

Para reír mirando tu sonrisa,
Para llorar mirándote llorar,
Para ser tu entusiasta poetisa
Y contigo incésante delirar;

Para querer cuanto amas ó te ama,
Y lo que odias ó te odia aborrecer:
Eterna mariposa de tu llama,
Fiel tutelar y sombra de tu ser.

Alma que siempre tu alma reproduzca,
Corazón que lo tuyo sienta en mí,
Ojo que siempre por do quier te busca,
Labios que ruegan sin cesar por ti.

Cuando me ves, mi ser se diviniza,
Cuando te oigo, soy toda inspiración:
Y si te dignas darme una sonrisa,
La dicha me sofoca el corazón.

Cuando respiro el fuego de tu aliento
Mi seno necesito comprimir:

Mi alma quiere volar á su elemento
Y en una aspiración á tu alma ir.

¡ Cuando roza tu brazo mi vestido,
Cuando siento tu mano!... yo no sé...
Lívida salto atrás, cual león herido,
Y tambalea trémulo mi pie.

Y si tú no eres tú... si das un paso,
Desplomada á tus pies viérasme allí...
¡ La emoción infinita de un abrazo
Éra mucho... era un rayo para mí!

Dios, tu entero esplendor me abrasaría,
Hombre, ante ti es más débil la mujer,
Y nada, bien sacrilega y bien fría,
La furia más intensa del placer.

Mas dicha ó infortunio... cualquier cosa
Que me venga de ti ¡ maldita sea!
Tu esclava, tú creación, besa orgullosa
La mano que la inmola ó la endiosca.

Arrastrada hacia ti ciega me siento
Cual á su abismo el Tequendama va:
Húndame en él ó salte al firmamento,
Siempre el golpe mi voz bendecirá.

Si te debo mis lágrimas mañana,
Hoy por ti soy feliz — ¡ amante soy!
¡ Piedad para tu pobre bogotana!
No sé lo que te dije... ¡ loca estoy!

RAFAEL POMBO.

EL JUNCO.

Pálida flor, cuya marchita frente
Al soplo de las auras se doblega
Mientras te arrulla el juguetón ambiente
Y entre tus hojas bullicioso juega.

Pálida flor que vives descuidada
Sin alzar tu cabeza entre las flores,
Siempre fija en la tierra tu mirada
Con la expresión que imprimen los dolores.

Dime, ¿ qué tienes ? Cuando el alba tiñe
Los cielos en su paso majestuoso,
Cuando el manto de nieblas se desciñe,
¿ Por qué no te alzas á gozar hermoso ?

Dime, ¿ qué sufres ? Cuando el sol dorado
Posa en los cielos su divina planta,
Cuando da luz al suelo fatigado,
¿ Por qué tu hermosa faz no se levanta ?

Ó cuando el sol perdido en occidente
Va á hundir su luz en medio de los mares,
¿ Por qué no elevas tu abatida frente
Y dejas á tus plantas los pesares ?

Talvez doblega misterioso peso
Tu frente juvenil, pero marchita,
Y en tu faz donde el aura imprime un beso
Alguna maldición tienes escrita.

Talvez en esa fuente pasajera
Que á tus plantas espléndida murmura,

Mientras lame tu pie leve y ligera,
Te gozas en tu pálida figura.

Y puede ser que ufano con tu traje
No elevés nunca la figura bella
Por no hallar otra flor que te aventaje,
Sin que pudieras competir con ella.

Ó acaso te imaginas que doblando
Con mustia faz la amarillenta frente,
Te ves más bello, y en murmullo blando
Viene el aura á mecerte muellemente.

Talvez... mas no; tu pálido capullo
Se abre y se dobla lánguido hacia el suelo,
No porque encierres, bella flor, orgullo,
Sino que es ley que te impusiera el cielo.

Que esa tu frente que nació doblada
Amor audaz con su poder sujeta,
Porque á tu pie se eleva enamorada,
Reclinada en tu tallo, la violeta.

Con ella vives, un común aliento
Te enlaza á tu bellissima pareja,
Y acaso escuchas su amoroso acento
Cuando le mandas tu sentida queja.

Talvez en el lenguaje de las flores
Habláis los dos en plática amorosa,
Y envueltos en placeres y rumores
Miráis volarse la existencia hermosa.

¡Quién sabe si en la noche fugitiva
Le sirves de dosel del aire frío,
Y cuando el alba se levanta altiva
Le derramas purísimo rocío!

¡Quién sabe si las flores tus vecinas
Que se alzan en el prado candorosas,
Tus pláticas escuchan peregrinas.
Y después te contemplan envidiosas!

Mientras que tú, con lánguida terneza,
Buscas la flor que alegre te convida,
Y ansioso doblas tu gentil cabeza
Para dejar un beso en tu querida...

Mas ¡ah!... no puedes, que tu faz no alcanza
Á unirse con el cáliz de tu bella...
Y entonces ves perdida tu esperanza
Y viertes una lágrima sobre ella.

Y ella también ansiosa se levanta
Por elevarte sus moradas flores;
Mas ¡ay! por siempre quedará á tu planta
Para darte sus lágrimas de amores.

¿De qué te sirve, junco, contemplarla,
Y en su cáliz mirar un amor tierno,
Si cuando luchas por un beso darla
Encuentras el martirio de un infierno?

¿De qué te sirve la pasión inquieta
Que bulle entre sus pétalos prendida,
Si apartado te ves de la violeta
Que miras á tus pies desfallecida?

Por eso tan tristísimo levantas
Tu verde tallo entre las bellas flores,
Y por eso se inclina hacia tus plantas
Tu frente donde pesan los dolores.

Por eso creces tan desnudo y triste,
Y en tu seno tan pálido y sombrío,

Cuando su traje la mañana viste,
Derrama apenas su fugaz rocío;

Y á la par de tu lánguida violeta
Lloras, ¡oh flor! tan angustiada suerte,
Y en la desgracia que te agita inquieta
Una esperanza brota... y es la muerte.

¡ Morir ! más vale la muerte
Con su pisada altanera,
Que vivir de esa manera...
Que amar y morir de amor :
Más vale, flor maldecida,
Verte del tallo arrancada,
Que así caerás desgajada
Sobre tu querida flor.

Y no importa si al mirarte
Sin vida, la suya exhala ;
Que si la muerte os iguala
Y vais juntos á rodar,
Allá entre el polvo que eleva
Revoltoso torbellino,
Enlazados, el camino
Podréis felices cruzar .

Y talvez habrá otro mundo
Donde renazcan las flores,
Con más hermosos colores,
Con eterna brillantez ;
Y allí los dos, más amantes
Renaceréis dulcemente,
Alzando entonces la frente
Sin marchita languidez.

Allí crecerá preciosa
Tu amada y para violeta,

Mientras tu tallo sujeta
 Su débil tallo gentil;
 Y allí viviréis felices,
 Los senos entrelazados,
 Y os mecerá enamorados
 Volando el aura sutil.

Allí servirá tu tallo
 A tu violeta de escala,
 Que desplegando su gala
 Iráte leve á besar;
 Y entonces tú entre tus hojas
 Lleno de amor la encadenas,
 Y para siempre sin penas
 Verás la vida volar.

Sufre mientras tanto... sufre
 Esa amorosa agonía,
 Que al fin lucirá otro día
 Y otro porvenir con él;
 Y entonces gozando, junco,
 Al lado de tu querida,
 Verás volarse la vida
 Del amor bajo el dosel.

Yo también en la tierra de amargura
 Doblo mi frente al peso del amor,
 Y un débil rayo de fugaz ventura
 Reluce apenas con dudoso albor.

También yo aliento la cansada vida
 Envuelto entre la duda y el pesar,
 Y apenas la esperanza bendecida
 Viene sobre mis huellas á cruzar.

Tú vives, junco, al lado de tu bella
 Mandándola siquiera un sonreír.

Desgraciado de mí, que lejos de *ella*
Sufro sin ver sus ojos de zafir.

Tú sabes que te adora tu querida,
Yo dudo, delirando, de su amor:
Para vosotros es común la vida,
Yo sólo tengo mi tenaz dolor.

Tú si doblegas tu amarilla frente,
Al seno de tu flor descenderás,
Mientras que yo diviso tristemente
Mi tumba á un paso y mi dolor detrás.

Tú, en fin, como tu cándida hechicera,
Eres igual, pues que naciste flor;
Mi bella es ángel de la azul esfera,
Y yo tan sólo un infeliz cantor...

Reclina, junco, tu marchita frente,
La mía yo también reclinaré;
Talvez con otro día y otro ambiente
Sus placeres amor al fin nos dé.

EUSEBIO LILLO.

EL TIEMPO.

Témate ¡oh tiempo! viajador amigo,
Quien no tiene memorias, quien no espera.
Apresura tu rápida carrera:
Aunque tú haces morir, yo te bendigo.

Te llevas en cada hora una tristeza,
Traes en cada minuto una esperanza,

A cada nuevo sol, en lontananza
Una ilusión del porvenir empieza.

Si destroza tu mano bienhechora,
Su destrucción consagra, y en la puerta
De una mansión por el amor desierta,
El serafín de los recuerdos llora.

Tuya es la religión del sentimiento,
Que para siempre al corazón conserva
Una huella de un pie sobre la yerba,
El timbre de una voz hiriendo el viento.

Tuyo es el musgo que á la ruina viste,
La flor nacida en la muralla rota,
La yedra fiel que junto al tronco brota,
El llanto dulce y la sonrisa triste.

La poesía, de tu mano asida,
Va por la tierra consolando el duelo,
Hada gentil, que en su misión del cielo,
Rasga el cendal para vendar la herida.

¡Tiempo, amigo del bien! al alma llena
De un paraíso, en sus melancolías
Tú le presentas los soñados días
Del horizonte en la región serena.

¡Padre de la esperanza! con sus galas
Deja un momento que al dolor encante;
El Edén de la vida está delante:
Llévame al porvenir sobre tus alas,

JUAN CARLOS GÓMEZ.

LA VICTORIA DE JUNÍN.

(FRAGMENTOS.)

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre
Que más feroz que nunca amenazaba
Á sangre y fuego eterna servidumbre :
Y el canto de victoria
Que en ecos mil recorre ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á BOLÍVAR en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar á los siglos y naciones ;
Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa á sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones ;
Y bajo los escombros confundidos
Entre la sombra del eterno olvido,
¡ Oh de ambición y de miseria ejemplo !
El sacerdote yace, el dios y el templo.
Mas los sublimes montes, cuya frente

A la región etérea se levanta,
 Que ven las tempestades á su planta
 Brillar, rugir, romperse, disiparse;
 Los Andes... las enormes, estupendas
 Moles sentadas sobre bases de oro,
 La tierra con su peso equilibrando
 Jamás se moverán. Ellos, burlando
 De ajena envidia y del protervo tiempo
 La furia y el poder, serán eternos
 De LIBERTAD y de VICTORIA heraldos,
 Que con eco profundo
 Á la postrema edad dirán del mundo :
 « Nosotros vimos de JUNIN el campo :
 » Vimos que al desplegarse
 » Del PERÚ y de COLOMBIA las banderas,
 » Se turban las legiones altaneras,
 » Huye el fiero español despavorido,
 » Ó pide paz rendido,
 » Venció Bolívar, el PERÚ fué libre;
 » Y en triunfal pompa LIBERTAD sagrada
 » En el templo del SOL fué colocada. »

¿ Quién me dará templar el voraz fuego
 En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
 Torpe la mano va sobre la lira
 Dando discorde son. ¿ Quién me liberta
 Del Dios que me fatiga?...
 Siento unas veces la rebelde musa
 Cual Bacante en furor; vagar incierta
 Por medio de las plazas bulliciosas,
 O sola por las selvas silenciosas,
 Ó las risueñas playas
 Que manso lame el caudaloso GUAYAS :
 Otras el vuelo arrebatada tiende
 Sobre los montes : y de allí descende

Al campo de Junín : y ardiendo en ira,
 Los numerosos escuadrones mira
 Que el odiado pendón de España arbolan :
 Y en crinado morrión y peto armada,
 Cual amazona fiera,
 Se mezcla entre las filas la primera
 De todos los guerreros,
 Y á combatir con ellos se adelanta,
 Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

¿ Quién es aquél que el paso lento mueve
 Sobre el collado que á Junín domina ?
 ¿ Que el campo desde allí mide, y el sitio
 Del combatir y del vencer desina ?
 ¿ Que la hueste contraria observa, cuenta,
 Y en su mente la rompe y desordena,
 Y á los más bravos á morir condena,
 Cual águila caudal que se complace
 Del alto cielo en divisar su presa
 Que entre el rebaño mal segura paze ?
 ¿ Quién el que ya descende
 Pronto y apercebido á la pelea ?
 Preñada en tempestades le rodea
 Nube tremenda : el brillo de su espada
 Es el vivo reflejo de la gloria :
 Su voz un trueno : su mirada un rayo.
 ¿ Quién aquél que al trabarse la batalla,
 Ufano como nuncio de victoria
 Un corcel impetuoso fatigando
 Discurre sin cesar por toda parte ?... :
 ¿ Quién sino el hijo de Colombia y Marte ?

Sonó su voz : « Peruanos,
 » Mirad allí los duros opresores

- » De vuestra patria. Bravos colombianos,
- » En cien crudas batallas vencedores,
- » Mirad allí los enemigos fieros
- » Que buscando venís desde Orinoco :
- » Suya es la fuerza y el valor es vuestro ;
- » Vuestra será la gloria ;
- » Pues lidiar con valor y por la patria
- » Es el mejor presagio de victoria .
- » Acometed, que siempre
- » De quien se atreve más el triunfo ha sido :
- » Quién no espera vencer, ya está vencido. »

Ya el formidable estruendo
 Del atambor en uno y otro bando,
 Y el son de las trompetas clamoroso,
 Y el relinchar del alazán fogoso
 Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo
 En bélico furor, salta impaciente
 Do más se encrúelece la pelea ;
 Y el silbo de las balas que rasgando
 El aire, llevan por doquier la muerte ;
 Y el choque asaz horrendo
 De selvas densas de ferradas picas ;
 Y el brillo y estridor de los aceros
 Que al sol reflectan sanguíneos visos ;
 Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
 O en torrentes de sangre arrebatados ;
 Y el violento tropel de los guerreros
 Que más feroces mientras más heridos,
 Dando y volviendo el golpe redoblado,
 Mueren, mas no se rinden... Todo anuncia
 Que el momento ha llegado,
 En el gran libro del destino escrito,
 De la venganza al PUEBLO AMERICANO,

De mengua y de baldón al castellano.

Ya no hay más combatir. El enemigo
 El campo todo y la victoria cede.
 Huye cual ciervo herido, y á donde huye
 Allí encuentra la muerte. Los caballos
 Que fueron su esperanza en la pelea,
 Heridos, espantados, por el campo
 Ó entre las filas vagan, salpicando
 El suelo en sangre que su crin gotea ;
 Derriban al jinete, lo atropellan,
 Y las catervas van despavoridas,
 Ó unas en otras con furor se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto :
 Y al impulso del aire, que vibrando
 Sube en clamores y alaridos lleno,
 Tremen las cumbres que respeta el trueno.
 Y discurriendo el vencedor en tanto
 Por cimas de cadáveres y heridos,
 Postra al que huye, perdona á los rendidos.

Padre del Universo, Sol radioso,
 Dios del Perú, modera omnipotente
 El ardor de tu carro impetuoso,
 Y no escondas tu luz indeficiente...
 Una hora más de luz... Pero esta hora
 No fué la del destino. El dios oía
 El voto de su pueblo ; y de la frente
 El cerco de diamantes desceñía.
 En fugaz rayo el horizonte dora,
 En mayor disco menos luz ofrece,
 Y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche :
 Y las reliquias del perdido bando,

Con sus tristes y atónitos caudillos,
 Corren sin saber dónde espavoridas,
 Y de su sombra misma se estremecen,
 Y al fin en las tinieblas ocultando
 Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡ Victoria por la patria ! ¡ oh Dios, Victoria !
 Triunfo á COLOMBIA : y á BOLÍVAR gloria.

« Marchad, marchad, guerreros,
 Y apresurad el día de la gloria :
 Que en la fragosa margen de Apurímac
 Con palmas os espera la VICTORIA. »

Dijo el INCA. Y las bóvedas etéreas
 De par en par se abrieron,
 En viva luz y resplandor brillaron
 Y en celestiales cantos resonaron.

Era el coro de candidas vestales ;
 Las vírgenes del SOL, que rodeando
 Al INCA como á sumo sacerdote,
 Con gozo santo y ecos virginales
 En torno van cantando
 Del SOL las alabanzas inmortales. •

« Alma eterna del mundo,
 Dios santo del PERÚ, padre del INCA,
 En tu giro fecundo
 Gózate sin cesar, luz bienhechora,
 Viendo ya libre al pueblo que te adora.

» La tiniebla de sangre y servidumbre
 Que ofuscaba la lumbre
 De tu radiante faz pura y serena,
 Se disipó, y en cantos se convierte

La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

» Aquí la LIBERTAD buscó un asilo,
Amable peregrina,
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo.
Y aquí poner la Diosa
Quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
Se viene á consolar de la rüina
De los altares que le alzó la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalén y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

» ¡ Oh padre ! ¡ oh claro SOL ! no desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce : por ti viven,
Y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,
Y á las aves canoras
En tus primeras horas :
Y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pie de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma :
Y tuyos son sus cánticos marciales.

» Fecunda, ¡ oh SOL ! tu tierra
Y los males repara de la guerra.

» Da á nuestros campos frutos abundosos
Aunque niegues el brillo á los metales :
Da naves á los puertos ;

Pueblos á los desiertos ;
 Á las armas, victoria ;
 Alas al genio, y á las Musas gloria.

» Dios del PERÚ, sostén, salva, conforta
 El brazo que te yenga :
 No para nuevas lides sanguinosas,
 Que miran con horror madres y esposas ;
 Sino para poner á olas civiles
 Límites ciertos, y que en paz florezcan
 De la alma Paz los dones soberanos :
 Y arredre á sediciosos y tiranos.

» Brilla con nueva luz, Rey de los cielos,
 Brilla con nueva luz en aquel día
 Del triunfo que magnífica prepara
 Á SU LIBERTADOR la patria mía.
 ¡Pompa digna del INCA y del imperio
 Que hoy de su ruina á nuevo ser revive!

» Abre tus puertas, opulenta LIMA,
 Abate tus murallas y recibe
 Al noble triunfador que rodeado
 De pueblos numerosos, y aclamado
 ÁNGEL de la esperanza,
 Y GENIO de la paz y de la gloria,
 En inefable majestad avanza.

» Las musas y las artes revolando
 En torno van del carro esplendoroso ;
 Y los pendones patrios vencedores
 Al aire vago ondean, ostentando
 Del SOL la imagen, de Iris los colores.
 Y en ágil planta y en gentiles formas,
 Dando al viento el cabello desparcido
 De flores matizado,
 Cual las horas del Sol raudas y bellas, ..

Saltan en derredor lindas doncellas
 En giro no estudiado;
 Las glorias de su patria
 En sus patrios cantares celebrando;
 Y en sus pulidas manos levantandø,
 Albos y tersos como el seno de ellas,
 Cien primorosos vasos de alabastro
 Que expiran fragantísimos aromas,
 Y de su centro se derrama y sube
 Por los cerúleos ámbitos del cielo
 De ondoso incienso transparente nube

» El SOL, suspenso en la mitad del cielo,
 Aplaudirá esta pompa. — Oh SOL, oh Padre,
 Tu luz rompa y disipe
 Las sombras del antiguo cautiverio;
 Tu luz nos dé el imperio;
 Tu luz la libertad nos restituya;
 Tuya es la tierra, y la victoria es tuya. »

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
 Y en plácido fulgor resplandecieron.
 Todos quedan atónitos. Y en tanto,
 Tras la dorada nube el INCA santo
 Y las santas vestales se escondieron.

Mas ¿cuál áudacia te elevó á los cielos,
 Humilde musa mía? ¡ Oh! No reveles
 Á los seres mortales
 En débil canto arcanos celestiales:
 Y ciñan otros la apolínea rama
 Y siéntense á la mesa de los dioses
 Y los arrulle la parlera fama
 Que es la gloria y tormento de la vida.

Yo volveré á mi flauta conocida,
 Libre vagando por el bosque umbrío
 De naranjos y opacos tamarindos,
 Ó entre el rosal pintado y oloroso
 Que matiza la margen de mi río,
 Ó entre risueños campos do en pomposo.
 Trono piramidal y alta corona
 La piña ostenta el cetro de Pomona.
 Y me diré feliz si mereciere,
 Al colgar esta lira en qué he cantado
 En tono menos dino
 La gloria y el destino
 Del venturoso PUEBLO AMERICANO :
 Yo me diré feliz si mereciere
 Por premio á mi osadía,
 Una mirada tierna de las Gracias,
 Y el aprecio y amor de mis hermanos :
 Una sonrisa de la PATRIA mía,
 Y el odio y el furor de los tiranos.

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.

ENTONCES.

¡Oh! ¡qué grato sería
 Libre y feliz, sin pesadumbre alguna,
 Con la adorada mía
 Por la floresta umbría
 Vagar al rayo de esta blanca luna!

¡Y orillas de la fuente
 Ver la niña soltar sus trenzas blondas
 Al aromado ambiente,

Y el agua transparente
 Con su imagen jugar sobre las ondas !.

Y no con tanto anhelo,
 Harto el herido corazón de quejas
 Y amargo desconsuelo,
 Un pedazo de cielo
 Ponerme á mendigar desde estas rejas.

¡ Oh ! ¡ cuántas, dueño amado,
 Noches tan llenas de esplendor, tan bellas,
 En tiempo afortunado
 Los dos hemos pasado
 Al trémulo brillar de las estrellas !

Del espacio señora
 Con sus dardos de plata perseguía,
 Eterna viajadora,
 La Diana cazadora
 Nube tras nube en la región vacía.

Contaba sus dolores
 El ruiseñor á los favonios leves,
 Nos daban sus olores
 Las tempraneras flores
 Y un fresco soplo las postreras nieves.

¡ Y la suerte entre tanto
 Tramaba convertir en un lamento
 El amoroso canto,
 Trocar la risa en llanto
 Y gozo puro en sin igual tormento !

¡ Quién entonces creyera
 Que tan pronto, mi bien, gimiendo á solas,
 De ti, fiel compañera,

Separado me viera
Por dura cárcel y profundas olas!

¡Y quién pensar podría
Que la ilusión del porvenir risueño,
En no lejano día
Volando pasaría
Como una sombra en fugitivo sueño?

¡Y éstas son las hermosas
Albas del porvenir? — ¡Delirio insano!
¡Ay mis lirios y rosas!
¡Oh dichas engañosas!
¡Oh breves gozos del amor humano!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

À MÉJICO.

(En la distribución de premios de la Exposición.)

Has triunfado por fin, ¡oh patria mía!
El destino sonríe á tu alma fuerte
Y te corona de esplendor el día,
¡Sublime desposada de la suerte!
Has triunfado : del luctuoso lecho
Reina te alzaste y á tu trono subes
Irguiendo la cabeza soberana
En un cielo sin sombras y sin nubes.

Ese rumor eterno que se une
Al rugido del mar en tu ribera,
Es el grito de la hélice batiendo
Las olas por doquiera,

De la hélice que empuja los bajeles
 A las costas del suelo mejicano,
 Ceñido en torno de turgentes velas
 Que en la clámide azul del Océano
 Tienden la blanca red de sus estelas.

Si el soplo frío del invierno baja
 De las urnas de hielo de los montes,
 Y se extiende la fúnebre mortaja
 Á los ayer calientes horizontes ;
 Vendrá la primavera, y cuando tiemble
 De amor la madre tierra en sus entrañas,
 Las mieses bordarán de flores de oro
 Los pliegues de tu manto en las montañas.

Tú que en aras magníficas enciendes
 Puro incienso á la industria, á la ciencia,
 Y en el regio festín de tu opulencia
 Tu inmensa copa á las naciones tiendes ;
 Tú, la gran redimida del trabajo,
 Mereces tal destino : de tus venas,
 Tu sangre, tu oro en ríos brotó al mundo,
 Que desde entonces se lanzó sediento
 Á tu pecho fecundo.

Como un arco triunfal fuiste elevada
 En mitad de la tierra, y tu camino
 Llegó á ser ¡oh mi patria ! la jornada
 De todo peregrino.

Fuiste la patria universal : la ingente
 Locomotiva que escaló tus montes,
 De un mar al otro mar cruzó la tierra ;
 Sus guirnaldas de humo los gigantes
 Árboles de tu selva coronaron ;
 Las rocas á su voz se separaron,

Y en sus grietas profundas, palpitantes
Del Génesis los ecos despertaron.

Ser feliz mereciste
Tú que sólo dejaste el hacha, altiva,
Cuando ya grande y libre
Amar la libertad pudiste en calma,
Y empapada mostrar la santa oliva
Con tu sangre y las lágrimas de tu alma.

Por eso hoy, bajo tu techo augusto,
Convocas á los nobles lidiadores
Del trabajo, y en prueba de victoria,
Les muestras ese sol, el fulgurante
Broche de luz de tu laurel de gloria.

Sé bendita entre todas las naciones,
Porque supiste consagrar tu vida
Á tan heróico empeño.

.....
¡Oh pobre patria mártir! ¿será nunca
Realidad este sueño?

¡Prefieres, patria mía, á este futuro,
Á merced de otro pueblo comprenderte;
Prefieres ir por tu sendero oscuro,
Pálida desposada de la muerte!
¿Por qué fuera de aquí tus hijos cambian
Su alegría en amargo desconsuelo?
¿Será ésta acaso la postrer sonrisa
Que te reserva el cielo?

Quizá. Porque coronan
En lugar del vapor, tus altos montes,
Nubes impuras que presagian duelo;
El trabajo y la paz huyen tu suelo,
Se enlutan tus calientes horizontes.

Vas á gastar la savia de tu vida
 En pos de una quimera
 ¡Pobre nación suicida!
 ¿Qué no es la libertad un sueño impío
 Que pone miedo en el honrado pecho,
 Cuando sólo se pide al poderío
 De la fuerza brutal sobre el derecho?

Yo ante ti me arrodillo, patria mía,
 En esta hora de recuerdos, santa,
 No quiero oír tu grito de agonía;
 Á estos tus hijos hasta ti levanta.
 El trabajo y la paz son su bandera.
 En pueblos que trabajan con fe austera,
 Ni esclavos hay ni nunca habrá tiranos.
 Haz que salude el mundo reverente
 La corona de espigas en tu frente
 Y el timón del arado entre tus manos.

Oye mi voz; no es sólo el triste canto
 Del poeta que siempre te bendijo;
 ¡En el fondo del himno se halla el llanto
 Que vierte ¡oh patria! el corazón del hijo!

JUSTO SIERRA.

AL MAR.

Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento,
 Por un instante acalla el hórrido bramar:
 Y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
 Ó en tu húmeda llanura, tranquilo reposar.

Del infinito imagen, terrífica y sublime,
 Concíbete la mente, temblando el corazón ;
 Tu inmensidad severa con su poder me oprime,
 Y comprenderte no osa mi tímida razón.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza ;
 Se pierde recorriendo tu vasta soledad ;
 Absorta si contemplo tu indómita pujanza,
 Atónita si admiro tu augusta majestad.

¡ Espiritu invisible que reinas en su seno
 Y oscilación perpetua le imprimes sin cesar !
 ¿ Qué dices cuando bramas terrible como el trueno ?
 ¿ Qué dices cuando imitas doliente suspirar ?

¿ Al mundo acaso cuentas el poderoso arcano
 Que en el abismo inmenso, sepulta tu poder ?
 ¿ Ó luchas blasfemando con la potente mano
 Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer ?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
 Para escalar el cielo montañas levantar,
 Y al trueno de la altura, tu trueno respondía
 Cual si el furor divino quisieses insultar.

Mas luego quebrantado tu poderoso orgullo
 Atleta ya vencido, mirábate rendir,
 Y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
 Rodabas por la arena tus olas de zafir.

Entonces tu ribera buscaba complacida,
 Gozando de tu calma mi ardiente corazón ;
 Y acaso los pesares de mi agitada vida,
 Adormeció un momento dulcísima ilusión.

Talvez cuando en la playa, tus olas me seguían,
 Mirándolas y oyendo su plácido rumor,

— « Palacios te guardamos (pensé que me decían),
 » En antros solitarios, ignotos al dolor:

» ¡ Ven pues á nuestros brazos! apaga en nuestros senos
 » El fuego que devora tu estéril juventud,
 » Ven, pues, alma doliente, y gozarás al menos.
 » En húmedos abismos pacífica quietud.

» Si á veces nos alzamos, terribles, violentas
 » Vorágines abriendo con hórrido fragor,
 » En tu alma se levantan más férvidas tormentas;
 » Y nunca nuestra calma sucede á su furor.

» Ven, pues; á nuestro impulso tranquila te abandona
 » Que nuestros brazos fríos, descanso y paz te den;
 » De perlas y corales ciñéndote coronas
 » Que apaguen los latidos de tu abrasada sien, »

¡ Oh mar! y cuántas veces en su fatal delirio.
 Tradujo así tu arrullo mi herido corazón;
 Y cuántas ¡ ay! calmastes mi bárbaro martirio
 Mirando de tus olas la eterna sucesión.

Así talvez, pensaba, sucedense los días,
 Tras sí llevando raudos, las penas y el placer,
 Y pasan con los duelos las fiestas y alegrías,
 Y nada, por ventura, durable puede ser.

Que pasan las naciones y pasan los imperios
 Y un siglo al otro siglo sucede sin cesar...
 ¡ El porvenir tan sólo, conserva sus misterios!
 ¡ El mar allá que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron, mar, pasaron las ansias y tormentos
 Que entonces me agobiaban con bárbaro tesón,
 Y acaso sucedieron delicias y contentos
 Que para siempre ¡ oh triste! pasados también son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro
 Ni agótase en el alma la mina del dolor,
 Mas huyen, y no tornan los dulces sueños de oro,
 Del alba de la vida dulcísimo pavor.

¡Prosigue, mar, prosigue tu eterno movimiento,
 Cual sigue de mi vida la triste actividad!
 En ti con entusiasmo se fija el pensamiento,
 Y si te busca en calma, te admira en tempestad.

Prosigue, mar, prosigue, que pasan con tus olas,
 Recuerdos de amargura, recuerdos de placer,
 Y en lontananza velan inmóviles y solas,
 Las rocas que resisten tu indómito poder.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma,
 Venciendo tempestades, conserva su vigor :
 ¡Prosigue, mar, prosigue, y en tempestad ó calma
 Proclama la grandeza de tu inmortal autor !.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

AL PIE DEL ELLIMANI.

L

Era una tarde de julio
 En que el sol se desplomaba,
 Todo su ardor derramando
 Sobre una vega templada ;
 En que la naturaleza
 Por los hielos agostada,
 Con el moribundo invierno
 Ya victoriosa luchaba.

Por todas partes mis ojos
Con dulce placer miraban
Praderas enriquecidas
De vegetación lozana,
Que fertiliza fecundo
El Chuquiapu con sus aguas.
Verjel que forma un contraste
Con la tierra calcinada
De cenicientas colinas,
Por todas partes cortadas
En pendientes precipicios
De mil picos erizadas ;
Parece que un cataclismo
Con sus encendidas lavas
Hubiera vuelto cenizas
Esas peladas montañas,
De verde vegetación
Otro tiempo coronadas.
Lánguida mi fantasía
Y de esta idea embargada,
Un objeto más grandioso
Con toda ansiedad buscaba ;
Un objeto que pudiese
Aplacar la sed del alma,
Y calmar ese deseo
Que el corazón abrumaba.
Ya me gozaba en las flores
Que embalsaman la quebrada
Dando vida al que respira
Tan tibia y tan vital aura :
Ya con placer el murmullo
De las aguas escuchaba,
Que entre las piedras del valle
Quebrándose se quejaban,
Regando con sus cristales .

Una alfombra de esmeraldas.
En tan risueños objetos
Y escenas tan variadas,
Vagaba la mente mía
Sin quedar nunca fijada :
Cuando al volver una peña
Por un torrente cortada,
Se presentó ante mis ojos
Esa gigante montaña,
Dominadora del mundo,
De los Andes soberana.

Como al salir de un letargo
Si el sol la pupila hierre,
Palpita, vacila y muere
Velada en negro capuz,
Y los ojos deslumbrados
Y en las tinieblas sumidos,
Quedan de pronto perdidos
En un torrente de luz :

Así al verla tan inmensa
Tocando su frente al cielo,
Cubrió mis ojos un velo,
Y lleno de admiración,
Contemplaba con asombro
Aquel cuerpo prodigioso,
Monumento portentoso
De toda la creación.

Mustio quedé, sin aliento,
Viendo el inmenso coloso,
Y un respeto religioso
Absorbió mi pensamiento.

Y extasiado yo miraba
Sin movimiento y sin voz,
Aquel gigante en que Dios
Todo su poder mostraba.

Cubierto de eterno hielo
Á todo el orbe domina :
Su cabeza diamantina
Es el pedestal del cielo.

En su nieve virginal
Jamás ha sido posada,
Del hombre la planta osada,
Ni del águila real

Esa cabeza eminente
Perdida en el firmamento.
Es tocada solamente
Del rayo del sol fulgente
Y del huracán violento.

De sus nieves plateadas
Cien transparentes cascadas
Espumantes se desatan,
Y en mil hilos destrenzadas
Por su falda se dilatan.

Y fecundas resbalando
Por aquel ameno suelo,
Bellas flores van regando,
Y árboles mil que ostentando
Están sus copas al cielo.

Allí el granado encendido
Y de corales cubierto,
Se alza á los aires florido,

Y su tronco eleva erguido
El palmero del desierto.

Forman juntos bosque vivo,
El añoso cocotero
Que crece junto al olivo;
Y el cedro que abriga altivo
Al preciado limonero.

Esta risueña pradera
Es sitio de bendición;
En ella fijó hechicera
Una eterna primavera
Su encantadora mansión.

II.

En un bosque de naranjos,
Respirando aronas mil
Con que el ambiente embalsaman
El azahar, el alelí,
El nardo, la rosa pura
Y el oloroso jazmín,
Una deliciosa tarde
En dulce placer viví.
El alma toda ocupada
De inspiración juvenil,
Adormida se mecía
Cual la flor en su pensil;
Y el corazón embargado
De dulce quietud feliz,
Calmaba aquellos latidos:
En que oscilando ¡ay de mí!
Entre el dolor y el fastidio,
Y en agitación febril,
Sólo á mi mente delirios

Inspiraba, y frenesi.
Allí toda mi amargura
En un instante la vi
Disipada, y en placeres
Convertido mi sufrir :
Y toda la mente mía
Ocupaba ya el matiz
De las esmaltadas flores,
Ó ya el armonioso fin
Con que las sentidas notas
De su gorjeo sutil
Hace escuchar melodioso
El pintado colorín.

En un instante volaron
Estas apacibles horas ;
Empero otras seductoras
Mis momentos ocuparon.

Apénas el rey del día
Escondió sus luces puras,
Un mar de nieblas oscuras
Los hondos valles cubría.

Y presuroso subiendo
A las altas serranías,
Entre sus ondas sombrías
Las iba todas hundiendo.

De pronto cubierto el mundo
Por este diluvio inmenso,
Quedó sepultado en denso
Y oscuro vapor profundo.

Sólo la frente elevada
Del encumbrado gigante

Por la viva luz brillante
Del sol era iluminada.

Y esa frente colosal
En el espacio encendida,
Parecía desprendida
De su eterno pedestal.

Radiante en la oscuridad,
Asombro causaba verla :
Como una infinita perla
Colgaba en la inmensidad.

—

Este faro luminoso
Al fin también se apagó,
Y todo se halló cubierto
De la oscura inundación ;
Y en un solemne silencio
De aletargado sopor,
Muda la naturaleza
Como los hombres quedó.
Entonces al sentimiento
De triste meditación,
En la soledad tranquila
Toda mi alma se entregó ;
Y en la misteriosa noche
Sintiendo la emanación
Deliciosa que exhalaban
Los limoneros en flor,
Gozaba en silencio mudo
De la asombrosa impresión
Que me causó ese coloso
¡ Obra gigante de Dios !

EL CREPÚSCULO EN LA PRESA.

Silencio, soledad, melancolía
 Reinan do quier : tan sólo la campana,
 La oración dando en la ciudad lejana,
 Anuncia de la tarde la agonía.

Se extienden en redor fajas de montes
 Que se van elevando allá á lo lejos,
 Y del día expirante á los reflejos
 Limitan los distantes horizontes.

Rústicas chozas en su faldá humean,
 Y sube el humo en blancas espirales,
 Y á través de sus ondas desiguales
 Los fuegos de la luz entreclarean.

Abajo el ancha Presa está tendida
 Y el azul de los cielos reproduce,
 Inmensa concha que se ostenta y luce.
 En su marco de peñas embutida.

Con nubes que le cercan sonrosadas.
 Parte su última luz el sol poniente,
 Cual padre que al morir, lánguidamente
 Entre sus hijas parte sus miradas.

La luna, en tanto, tras la opuesta loma
 Melancólica y dulce va saliendo,
 Como cuando el placer se va escondiendo,
 Por lado opuesto la esperanza asoma.

Y de la Presa en el espejo blando,
 Sus rayos luna y sol al par retratan,

Y en el agua se mezclan y dilatan,
Su reflejo en cada ola transformando.

De mil luceros el zenit se puebla,
Chispas de plata sobre azul alfombra :
Ya el sol se ve de ocaso entre la sombra,
De polvo de oro como leve niebla.

Vencedora la luna al contemplarse,
Tendiendo en el paisaje su mirada,
Hermosa, negligente y descuidada,
Del lago en el cristal viene á mirarse.

Las luciérnagas pasan á millares,
Como estrellas errantes y viajeras,
Y se esparcen en notas pasajeras
De la noche los ruidos familiares.

El céfiro nocturno, suspirando,
Forma en el agua músicos acordes,
Y las pequeñas olas en los bordes
Se vienen á estrellar de cuando en cuando.

¡Que muelle laxitud! ¡que dulce calma!
Á fuerza de quedar muda y tranquila,
Lánguida la existencia se aniquila
En una sensación toda del alma.

¡Qué placido es estar pensando á solas,
De noche, en este sitio retirado,
Y, viviendo en recuerdos del pasado,
Llorar y suspirar con estas olas!

¡Qué triste y bella está naturaleza
Con esa agua, esa luna, ese vacío!...
La tristeza que reina en torno mío
Se armoniza muy bien con mi tristeza.

¡ Albergue melancólico, tú existes
De los amantes para edén dichoso !
Que siempre, por instinto misterioso,
Va buscando el amor los sitios tristes.

Para grabar en ti nombres y fechas,
Tienes peñascos, árboles y losas,
Y románticas grutas silenciosas,
Para el amor por los amores hechas.

Tienes flores de senos reservados,
Para dejar entre sus hojas presos
Hondos suspiros y secretos besos
Por el amor tan sólo adivinados.

Mas fiera á mí me condenó la suerte
Á vagar sin amor y sin ventura,
Y el ósculo primero de ternura
Me lo darán los labios de la muerte.

Y si la fecha de mis días bellos
En tus troncos dejar quiero grabada,
Suspira y gime el alma contristada,
¡ Ay ! yo no tengo que grabar en ellos.

Y por eso tan sólo yo querría
Morir aquí por única fortuna,
Y que la luz querida de esa luna
Fuera la aurora de mi eterno día.

JUAN VALLE.

PUBENZA .

Era muerto Pubén, sostén y gloria
• Del cacicazgo; el hijo generoso

Entre suplicio bárbaro, espantoso,
 Rindió la vida á su Creador también ;
 Y no quedaba de la clara estirpe
 Para baldón de un héroe y su vergüenza,
 Sino la hermosa, angelical Pubenza,
 Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
 Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
 Y á la vista del can, yace en acecho,
 Con sus ojos de púdico temor ;
 Pura como la cándida paloma
 Que de la fuente límpida al murmullo,
 Oye, al beber, el inocente arrullo,
 Primer anuncio de ignorado amor ;

Bella como la rosa, que temprana,
 Al despuntar benigna primavera,
 Modesta ostenta, virginal, primera,
 Su belleza en el campo, sin rival ;
 Tierna como la tórtola amorosa,
 Que arrulla viuda, y de su bien perdido
 La dura ausencia en solitario nido
 Llorá, y lamenta su incurable mal ;

Brillante como el sol, cuando refleja
 Sus rayos el cristal de la montaña,
 Si ni la lluvia, ni la nube empaña
 Su naciente, purísimo esplendor ;
 Majestuosa cual palma que se eleva,
 Y ostenta en la vastísima llanura
 Su corona imperial y su hermosura,
 Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
 El dolor y la negra pesadumbre,

Y de sus ojos: la apacible lumbre
 Empañaba una lágrima fugaz;
 Y la vida arrastraba silenciosa,
 Devorando su misero tormento,
 Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento
 Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza: en ella el alma, todo
 Respira amor, pureza y hermosura;
 El hechizo en sus ojos, la dulzura
 Vaga sobre sus labios de clavel;
 Juega el blando placer modestamente
 Con las esbeltas formas de la india;
 India en amor, en resistir cristiana,
 Era su pecho á la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡malhadada
 Aun la heróica virtud de la princesa!
 Nada han valido, que sobre ella pesa
 El yugo de despótico señor.
 Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;
 Hermano tuvo, mas también ha muerto;
 Y el mundo para ella es un desierto,
 Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
 Paz y felicidad le prometieron;
 Pero esos tiempos rápidos huyeron;
 Huyeron, sí, no volverán jamás.
 Huyeron, cual la nube del desierto
 Al ígneo soplo de huracán airado;
 Y quedóle el recuerdo del pasado,
 ¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo, y nada más!

Entre las huestes que la madre España
 Desbordó sobre un mundo de repente,

Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
 De amor y gloria espléndido adalid.
 Clara es su raza en bélicas hazañas,
 Que en esos tiempos la virtud guerrera
 Temprana herencia de los hijos era :
 Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina que el polluelo,
 Desnudo aún de la flotante pluma,
 Precipita de lo alto hasta la espuma,
 Que hiere abajo en el bramante mar ;
 Ó cual león que por la selva ruga
 Con el cachorro al lado, y se embelesa
 Viéndole abalanzar sobre la presa
 Y refrescar con sangre el paladar.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
 Cual leve sombra, el labio delicado,
 Y en el rostro infantil ya era el soldado,
 El consejero, el héroe, el capitán ;
 Ídolo de las huestes vencedoras,
 Ampara al infeliz americano,
 Éste la vida débele á su mano,
 Á esas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
 Sus páginas la historia de la tierra,
 Máquinas de esterminio, que la guerra
 Brota y el mundo adora en la abyección,
 Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
 La frente alzaba cándida y serena,
 De deber y de honor el alma llena,
 De piedad y de amor el corazón...

¡ Flor solitaria en espantoso yermo
 Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
 Por dar alivio á los cansados ojos
 Heridos del calor del arenal!
 ¡ Única fuente en árido desierto
 Que refresca al sediente peregrino!
 ¡ Sola enseña de bien en el camino
 Por donde siembra la conquista el mal!

Gonzalo vió á Pubenza, y en sus ojos
 Buscó amor, halló amor: el rey anciano
 Bendijo al par, y el héroe castellano
 Cifró su dicha en la alma bendición:
 Y bajo un techo el par feliz vivía,
 Amándole ella candorosa y pura,
 Él bebiendo la vida en su hermosura;
 Los dos un ser, una alma, un corazón.

¿ Quién al doncel heróico predijera
 De su inocente amor la desventura,
 Al contemplar vencida á la hermosura
 Sobre su pecho reclinar la sien?
 ¿ Quién á la virgen casta que se entrega
 Al honor del doncel enamorado,
 Hubiera dicho entonces: « Desgraciado
 Será Gonzalo, y lo serás también? »

¡ Nadie! ¡ nadie! ¡ En su púdico semblante
 Juegan las ilusiones adoradas!
 Flor virginal, sus hojas delicadas
 No abrasa el sol, ni turba el huracán!
 Y cual agita el céfiro süave
 El tierno cáliz de inocente rosa,
 Su mejilla, con púrpura gozosa,
 Amor colora en su inocente afán.

Y el dichoso doncel goza á su lado;
 Y el doncel es mayor; pero él no mira
 Por sí, ni alienta solo, ni suspira;
 Ella suspira, alienta y ve por él;
 Él no tiene más vida ni ventura
 Que ella, principio y fin de sus acciones,
 Y ella, en todas sus tiernas emociones,
 Por su principio y fin tiene al doncel.

¡ Los une la virtud! Brillan las horas
 De grata luz, de paz y venturanza,
 Que acompaña el placer de la esperanza,
 Que anima el sol radiante del amor...
 ¡ Par infeliz! contempla delirando
 En la dicha futura, en la presente,
 ¡ Y descuidado en su virtud, no siente
 La tempestad que ruge en su redor!

JULIO ARBOLEDA.

(Del poema *Gonzalo de Oyón*.)

TRES PRELUDIOS.

I.

En las últimas horas de la tarde,
 Cuando cesan las aves de volar,
 Y el sol muriente en los espacios arde...
 ¡ Ay! ¡ qué dulce es amar!

Quando el cielo se puebla de visiones,
 Y el ocaso se tiñe de arrebol;
 Suspiran los amantes corazones,
 ¡ Y lloran por el sol!

El alma triste, al declinar el día,
Siente inefable, seductor placer :
¿En esa hora de encanto y poesía,
Quién no ama una mujer ?

¿ Quién no lanza su grito sollozante,
De una esperanza moribunda en pos :
Quién, al caer el sol reverberante,
No siente en su alma á Dios ?...

II.

Á la sombra de un sauce solitario,
Me enamoró tu púdica beldad ;
¡ Á la triste penumbra del crepúsculo
Del sol primaveral !

¿ Recuerdas las fantásticas visiones
Que en delirio, frenético, invoqué,
Los íntimos suspiros que morían
Á tu lado, mujer ?

La brisa de la tarde refrescaba
El ardor de tu frente juvenil :
Y la amarilla lumbre del ocaso
Se reflejaba en mí.

Un arroyo copiaba en sus cristales,
Al árbol coloreado por la luz ;
Y en la orilla, los lirios desplegaban
Su ramillete azul.

¡ Luminosos destellos de occidente,
Bañaban con su trémulo fulgor,
Al teñir de carmín la linfa pura,
La sombra de los dos !

¡ Y al refulgir la bóveda del cielo,
 Con estrellas prendidas en su tul,
 Alcé mi frente pensativa y triste,
 Y suspiraste tú!...

III.

¡ El sueño huyó de mí! La fresca brisa
 Agita los cristales del balcón;
 ¡ La aurorá con su manto de zafiro
 Del oriente salió!

Y allí... con la mirada centellante,
 Y con la mano en mi convulsa sien,
 ¡ Y en éxtasis supremo, deliraba
 Por ti, casta mujer!

¡ Por ti, visión de mis ardientes sueños,
 Triste sirena de encantada voz,
 Musa de mis preludios juveniles,
 De mis mañanas, sol!

¡ Ay! en mis noches de vigilia etenna,
 En alas de mi espíritu febril,
 Abandono la cárcel de mi cuerpo,
 Por irme donde ti!...

TEOBALDO E. CORPÁNCHO.

LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS.

(CUADRO DE MR. GLUYSENAAR.)

Ciegos huyen en rápida carrera;
 Y de terror en hondo paroxismo,..

En confuso escuadrón y espesa hilera,
Derechos corren al profundo abismo :

Por largas horas, en combate crudo,
Á invencible falange resistieron ;
Mas, arrojando al fin lanza y escudo,
La rauda grupa del corcel volvieron :

Pálidos, polvorosos, jadeantes,
Tendidos con espanto en los arzones,
Cual lívidos fantasmas, anhelantes,
Aguijan sin descanso sus bridones ;

Toscos soldados, fieros capitanes,
Revueltos huyen como indócil horda,
Y de sus voladores alazanes
El sonante tropel la tierra asorda ;

Por la llanura y la infécunda arena,
Por fragosas pendientes y peñascos,
Cual sordo trueno á la distancia suena
El rudo golpe de los férreos cascos ;

El horizonte y soledad agreste
Devora ardiente su mirada ansiosa,
Y cerca ya la vencedora hueste
Les parece sentir, que les acosa ;

Y sentirles parece ya el rüido
Del contrario bridón que les alcanza.
¡Y en su espalda su ardiente resoplido,
Y entre sus carnes la punzante.lanza!...

¡ Por entre el polvo, á la menguante lumbre,
La expresión de los hórridos afanes
Se ve de la apiñada muchedumbre,
¡ Y sus desesperados ademanes !

El uno, allá en el fondo, al firmamento
Dirige inenarrable una mirada,
¡Y alza en su mano trémula, sangriento,
El trozo inútil de su rota espada!

Crujiendo el otro de furor los dientes,
De su fuga en los ímpetus veloces,
Ambos brazos abiertos é impotentes
Al cielo eleva, con airadas voces.

Y ayés, imprecaciones y gemidos
Por el rigor lanzando de los Hados,
Todos por fuerza incógnita impelidos,
Todos en confusión atropellados,

¡Allá van! cual ondeante se arrebatá,
Furibunda corriente estruendorosa,
¡Y, cual rauda, viviente catarata,
Van á hundirse en la sima pavorosa!

¡Horror! ¡horror!... de todos el primero,
Cuando aun el brío del corcel irrita,
Desde el borde del gran despeñadero
Ya al abismo sin fin se precipita;

Quiere el bruto cejar; mas, acosado
Por el recio talón ó aguda espuela,
Ciego ya de dolor, desatentado,
Sobre el vacío despeñado vuela;

En lo alto, las pupilas dilatadas,
De hórrido espanto las narices hincha,
Y convulso, y las orines erizadas,
Con alarido fúnebre relincha...

Y el jinete el escuálido semblante
Entre sus brazos con horror oculta,

¡Y de angustia infinita palpitante,
En el profundo abismo se sepulta!...

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra
Que en el lienzo fijó tu osada mano,
¡La fantasía sin cesar me muestra
La triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
Todo el vigor de sus robustos años;
Mas cede al fin ante la hueste ignota
De dolores y adustos desengaños;

Y, estremecido de su gran miseria,
El ser, sobreponiéndose al espanto
Del bruto vil de la soez materia,
Y á su propio terror y su quebranto,

Por el furor injusto ó la venganza
Acosado, sin tregua, de la suerte,
Dando un adiós eterno á la esperanza...
¡Se arroja en el abismo de la muerte!

NUMA POMBILIO LLONA.

EL LLANERO.

Despierto el ojo, la nariz hinchada,
La frente erguida, trémula la crin,
Tascando el freno, el suelo golpeando,
La oreja atenta al eco del clarín;

Tal el noble caballo; y el llanero,
Mal vestido, tostado por el sol,

Sacudiendo la lanza y con la vista
Clavada en el ejército español.

Al frente un cuadro ve, la señal oye,
Hace sentir la espuela á su corcel,
Encórvase en la silla, centellean.
Sus dos ojos de rabia y de placer.

¡ Un instante no más ! sangre chorrea
La roja banderola; en sangre está
Tinto el nervudo brazo, y el caballo
Sangre hace con sus cascos salpicar.

MARIO VALENZUELA.

LA LEYENDA PATRIA.

(FRAGMENTOS)

Es la voz de la patria... Pide gloria...
Yo obedezco esa voz. Á su llamado,
Siento en el alma abiertos .
Los sepulcros que pueblan mi memoria,
Y en el sudario envueltos de la historia
Levantarse sus muertos.
Uno de ellos, recuerdo pavoroso
De un lustro triste, se levanta impuro,
Como visión que en un insomnio brota
Del fondo nebuloso
Á la voz de un conjuro, y su flotante
Negra veste talar mi frente azota.
¡ Lustro de maldición, lustro sombrío!
Noche de esclavitud de amargas horas,

Sin perfumes, sin cantos, sin auroras,
Vaga en la margen del paterno río...

De los llorosos sauces
Que el Uruguay retrata en su corriente,
Cuelgan las arpas mudas,
¡Ay! las arpas de ayer, que en himno ardiente
Himno de libertad, salmo infinito,
Vibraron, al rodar sobre sus cuerdas
Las auras de las PIEDRAS y el CERRITO.
Hoy la mano del cierzo deja en ellas
El flébil son de tímidas querellas.

Apenas si un recuerdo luminoso
De un tiempo no distante,
De un tiempo asaz glorioso,
Tímido nací entre la sombra errante
Para entre ella morir; como esas llamas
Que alumbrando la faz de los sepulcros,
Lívidas un instante fosforecen;
Como esos lirios entre el musgo abiertos,
Desmayados suspiros de los muertos,
Que entre las grietas de las tumbas crecen.

La fuerte ciudadela,
Baluarte del que fué MONTEVIDEO,
Desnuda ya del generoso arreo,
Entre las sombras vela
El verde airón de su imperial señora,
Que, en sus almenas al batir el aire,
Encarna maçilenta
La sombra vil de la paterna afrenta.

Todo mudo en redor... campos, ciudades...
Todo apenas se agita
Y, del pecho en las negras soledades,
El patrio corazón ya no palpita.

¡Y un pueblo alienta allí!! Y entre esa noche,
 Vive en esclavitud un pueblo... ¡y vive!
 ¿Y ése es el pueblo rudo,
 Amamantado ayer por la victoria,
 Que batalló frenético y sañudo,
 Y, al fin, cayó sobre el sangriento escudo,
 Envuelto en los jirones de su gloria?

Mirad : del URUGUAY en las espumas,
 Del URUGUAY querido,
 Brota un rayo de luz desconocido
 Que, desgarrando el seno de las brumas,
 Atraviesa la noche del olvido.
 Semeja el fleco ardiente que colora
 Á la lejana estrella vespertina
 Que el sueño de las tardes ilumina.

Es primero un albor... luego una aurora...
 Luego un nimbo de luz de la colina...
 Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
 Y, encendiendo el secreto de la niebla,
 En fragoroso incendio se desata
 Que, en el cercano monte,
 Destrenza su abrasada cabellera,
 Y salpica de luz el horizonte,
 Y en el ciclo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros... ya es la hora;
 Y al chocar de los remos en el río,
 Alzan la barcarola de la aurora,
 De ritmo audaz y cadencioso brío,
 La eterna barcarola redentora.
 Caen de los sauces las dormidas arpas
 Por impalpable mano arrebatadas;
 La selva entona de la patria historia

Los no aprendidos salmos inmortales;
 Al beso de la luz se alza la guerra,
 Y brotan de la tierra
 Palpitantes recuerdos á raudales.
 En luminosa ebullición sonora
 Los átomos alados
 Nadan en luz en torno de la aurora,
 Y despiertan los cantos olvidados
 Que en el juncal dormían,
 Los que en el bosque errantes se escondían,
 Los que en las nieblas mudos se arropaban,
 Ó sin eco en el aire discurrían
 É, impulsos sin objeto, desmayaban.

.

Y entre la luz, los cantos, los latidos,
 Roja, intensa mirada
 Que por el campo de la patria hermoso
 Paseó la libertad, pisan la frente
 Del húmedo arenal, *Trenta y tres hombres;*
Trenta y tres hombres que mi mente adora,
 Encarnación, viviente melodía,
 Diana triunfal, leyenda redentora
 Del alma heroica de la patria mía.

.

¡Ellos son, ellos son! Patria querida :
 No eras tú, no, la que en servil letargo
 Te adormeciste ayer : virgen tu alma
 Al ostracismo amargo
 Huyó vencida, pero no humillada,
 Á salvar pura nuestra patria idea;
 Y hoy ya torna encarnada
 En la enseña divina que flamea
 En la cerviz del opresor clavada.

No eras tú, no, la que su aliento enfermo
 Daba á los lirios que en las tumbas brotan
 Al calor del suspiro de la muerte ;
 Yo te descubro allí, radiosa y fuerte,
 Al verter en el lienzo de la noche
 Las tintas del color de la alborada,
 Y en el foco febril de tu mirada
 Volvernos, con el sol de nuestra historia,
 Ese calor de libertad preciada,
 Que el broche rompe de la flor sagrada
 Fecundizando el germen de la gloria:

El destrozado imperio,
 De SARANDÍ en el llano
 Sintió el golpe mortal ; pero ocultando,
 Como la pieza herida,
 La flecha envenenada, huyó, buscando
 El matorral oculto, y la escondida
 Selva breñosa en que caer sin vida.
 Mas ya no pudo ser ; tras el reguero
 De negra sangre que sus pasos marca,
 Tras el golpe postrero,
 Va la heroica legión : su vista abarca
 Un ensanche de luz del horizonte
 Do la mano invisible de la Patria,
 De ITUZAINGÓ los velos descorriendo,
 Reproduce en el cielo vigorosas
 Las cifras del ardiente vaticinio
 Que en el festín de Baltasar, mostraron
 De un trono ya caduco el exterminio.

¡ ITUZAINGÓ ! Señor de las batallas,
 ¡ Oh Dios de Sabahot armipotente !
 Tú otorgaste y ceñiste en aquel día :

Palmas al mártir, y al guerrero lauros ;
 Yo pronuncio tu nombre
 Junto al que adoro de la patria mía.
 Habla, Señor, al hijo
 La divina leyenda de sus padres ;
 Que la lira del bardo desfallece,
 Y al peso abrumador de los recuerdos
 Muda y arrebatada se estremece.

¡ Todo acabó !... Ya el mundo
 Firme al novel batallador escucha
 Dictar sus leyes y escribir su historia,
 Y al solio de los pueblos lo levanta
 Que, aun cubierto del polvo de la lucha,
 Trepa el guerrero con serena planta.

Ya la leyenda patria consumada
 Exige el culto de sus hijos fieles,
 En el altar del alma conservada.
 Tú, á la sombra feliz de tus laureles,
 Patria, patria adorada,
 En tu tranquila tarde del presente,
 De tus santos recuerdos al arrullo,
 Duerme ese sueño de los pueblos grandes,
 De paz y noble orgullo.

Rompa tu arado de la madre tierra .
 El seno en que rebosa
 La mies temprana en la dorada espiga,
 Y la siega abundosa
 Corone del labriego la fatiga.
 Cante el yunque los salmos del trabajo ;
 Muerda el cincel el alma de la roca,
 Del arte inoculándole el aliento,
 Y en el riel de la idea electrizado

Mueva el espacio y vibre el pensamiento.
 En las viriles arpas de tus bardos
 Palpitan las paternas tradiciones,
 Y despierten las tumbas á sus muertos
 Á escuchar el honor de las canciones.
 Y siempre piensa en que tu heroico suelo
 No mide un palmo que valor no emane ;
 Pisas tumbas de héroes...
 ¡ Ay del que las profane !
 Protege, ¡ oh Dios ! la tumba de los libres ;
 Protege á nuestra patria independiente,
 Que inclina á Ti tan sólo,
 Sólo ante Ti, la coronada frente.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

LA VUELTA DEL RECLUTA.

La tarde se apaga, y abajo la aldea
 Blanquear entre sauces y pinos se ve ;
 Rebaños que bajan al valle, vadean
 El río que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
 Que da el campanario llamando á oración ;
 Y aquel caminante descúbrese y ora,
 La frente en la mano que empuña el bordón.

¿ Quién es ? De su blusa los rojos jirones
 Á un digno soldado disfrazan quizás :
 Es Pablo el recluta : partió bello y joven,
 Los soles le han vuelto morena la faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
 Mojaron, los campos natales al ver...
 Su amor y una madre dejó á la partida;
 ¡Ni madre ni amada le esperan talvez!

Risueño y gozoso saluda encontrando
 Al joven amigo que nunca olvidó.
 ¡Ay! ¡cómo los soles del sur le cambiaron!
 Tan sólo responden: « ¡Bendígate Dios! »...

Teresa, la niña que tanto le amaba,
 Que en lágrimas tibias bañóle al partir,
 Hilando á la puerta de alegre cabaña
 Jugar á sus hijos contempla feliz.

Detiene el viajero la marcha, y ahogan
 Profundos sollozos su trémula voz;
 Teresa, temblando, cree ver una sombra...
 Su tez ha perdido de rosa el color.

Fué sólo un recuerdo... Los niños la abrazan
 Mirando al mendigo con miedo infantil;
 Dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
 Volviendo en silencio la marcha á seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
 Descubren. Es noche. Responde á su voz
 El viento que cruza la estancia desierta:
 La muerte ha dos años su hogar apagó.

La luna al ponerse le vió solitario
 Subir la montaña, camino del sur...
 En torno del fuego medrosos aldeanos
 Que vieron su sombra refieren aún.

EL HOGAR CAMPESTRE.

À la falda de aquel cerro,
Que el sol temprano matiza,
Un arroyo se desliza
Entre violas y azahar :
Allí tengo mis amigos,
Allí tengo mis amores,
Allí mis dulces dolores
Y mis placeres están.

Allí al lado se levantan
De peñascos cenicientos,
Los bucares corpulentos
De dimensión colosal ;
Y allí el ánima se olvida,
En su embeleso profundo,
Del laberinto del mundo,
Del ruido de la ciudad.

No hay allí suntuosos templos,
Cuya gótica techumbre
Con su mole y pesadumbre
Piensa la tierra oprimir,
Donde en los rostros se nota
Del concurso cortesano,
Que un pensamiento mundano
Lo va persiguiendo allí ;

Pero hay sencilla una iglesia
Con su campanario y torre,
Adonde el creyente corre

LITERATURA AMERICANA

De la campana el clamor ;
Allí sus cantos entona,
Postrado, humilde, en el suelo,
Y su oración sube al cielo
Hasta el trono del Señor.

No hay un órgano en el coro,
Que despide noche y día
Á torrentes la armonía
De los tubos de metal,
Y en el aire se derrama,
Bajo del cóncavo techo,
Y baja á oprimir el pecho
Con su encanto celestial ;

Pero se oye del ministro
La voz trémula y doliente,
Que del cristiano la frente
A la tierra hace inclinar,
En tanto que del incienso
La pura, la blanca nube,
Á besar la planta sube
De Dios, que está en el altar.

Allí no hay bellos palacios,
Ni dorados artesones,
Ni estatuas en los salones
Sobré rico pedestal,
Ni músicas exquisitas,
Ni bulliciosos placeres,
Ni artificio en las mujeres,
Ni en los hombres vanidad ;

Pero hay árboles copados,
Que se mecen blandamente,
Y un arroyo transparente

Con sus ondas de cristal ;
Y una tórtola amorosa
Oculta en la selva umbría,
Que exhala, al nacer el día,
Su arrullo sentimental.

No alumbra la alegre fiesta.
Clara, elegante bujía
Que se pueda con el día
Comparar en esplendor,
Ni exquisitos los pebetes,
Aromáticos olores
Difunden en corredores
Y del baile en el salón ;

Mas hay lánguida una luna
Que sirve de antorcha al cielo,
Y que refleja en el suelo
Su melancólica faz ;
Y hay claveles entreabiertos
En las colinas cercanas,
Donde sus alas livianas
Va la brisa á perfumar.

Ni de la doncella hermosa
Cubre el cuello delicado
El magnífico tocado
De fino encaje ó tisú ;
Ni lleva sobre los hombros
O revuelto sobre el pelo,
De seda el flotante velo
O de transparente tul ;

Pero sin esos primores,
Es la honesta campesina
Por sí sola peregrina

Y por sí sola gentil;
 Y, en vez de rica diadema
 O de artificioso adorno,
 Se ve de su frente en torno
 Brillar cándido jazmín.

¡Oh valle ameno y frondoso,
 Que el sol temprano matiza,
 Cuyo arroyo se desliza
 Entre violas y azahar!
 Contigo están mis amigos,
 Contigo están mis amores,
 En ti mis dulces dolores
 Y mis placeres están.

—

Ameno el campo ostenta su opulencia
 En su espléndido manto de verdura,
 Y regala el olfato con su esencia
 La flor, que crece oculta en la espesura.

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
 Ir por el valle susurrando amores,
 Y salpicar las hojas purpurinas,
 Con sus blancas espumas, de las flores!

Y ver cómo, sin tregua y sin descanso,
 Con giros mil la retozona brisa,
 En ondulantes pliegues, del remanso
 La transparente faz arruga y riza;

Y cuando tardo el sol y esplendoroso
 Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
 Y con su rayo ardiente y caluroso
 Deslumbra y quema el fatigado suelo;

¡ Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la ceiba ramosa y extendida,
Y entre la yerba ver, que el suelo alfombra,
Correr la fuente, que á beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,
Que el sol tiende en la bóveda azulada
Al ocultar su lumbre soberana;

Y cuando al aclarar, en Occidente
Su luz sepulta al fin la última estrella,
¡ Cuán grato es ver en el opuesto Oriente
La aurora despuntar, cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar, en la espesura,
De la paloma la sentida queja,
Que más que la expresión de su ternura,
Un lamento tristísimo semeja;

Y al jilguero cantor, que se estremece
Al desatarse en dulce melodía,
Y que desde la rama en que se mece
Con sus himnos de amor saluda al día.

¡ Oh descuidado y bello pajarillo,
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡ Ah! ¡ cuánto envidio tu vivir sencillez,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

Del trino encantador y apasionado,
Con que su amor tu compañera llora,

El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores,
Sin que te paren importunas leyes,
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes ;

Ni palacios, ni templos, ni mezquita,
Ni Senado, ni Bey, ni Capitolio,
Ni mandatario altivo que dormita
En alta silla ó encumbrado solio ;

Ni hay banderas vistosas y lucidas,
Que flotan á merced del aire vago ;
Ni conoces las lanzas homicidas,
Ni de la guerra el destructor amago.

Ni al dintel del alcázar opulento
Vas á llevar tu palidez sombría,
Para mezclar con tu apagado acento
Las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para ti su gala ostenta
Y el grano encierra la ondulante espiga,
Y el sabroso manjar que te sustenta
En cada flor encuentras sin fatiga.

Que para ti desde ese monte cano
Se despeñan las aguas destrenzadas,
Ó mansamente corren por el llano
En bella confusión desparramadas ;

Y su cándida faz esplendorosa
La aurora asoma en el nevado Oriente,

LITERATURA AMERICANA.

Para teñir de púrpura y de rosa
Tu plumaje riquísimo y luciente.

Que para darte abrigo regalado,
La enredadera y el jazmín silvestre
En el aire suspenden, festonado,
Su misterioso pabellón campestre.

¡Oh descuidado y bello pajarillo,
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! ¡ cuánto envidia tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus prados y tus flores!

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura,
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

EL HACHA DEL PROSCRITO.

¡ Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
Voy contigo á sepultarme,
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres,
¡ Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!

¡Vamos, pues, que ya estoy listo!...
 ¡Oh! salgamos de estas calles
 Do el dolor del desterrado
 Nadie entiende ni comparte :
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡Ven, sígueme en los días
 De mi vejez !

Yo, durante nuestra fuga,
 Tengo al hombro de llevarte,
 Y un bordón en ti y apoyo
 Hallaré cuando me canse.
 De través sobre el torrente
 Que mi planta en vano ataje,
 Tú echarás del borde el árbol
 Por el cual descalzo pase.
 Si del norte al viento frío
 Mis quijadas tiritaren,
 Tú derribarás los ramos
 Y herirás los pedernales.
 Tú prepararás mi lumbre,
 Tú prepararás mi carne,
 La caverna á que me acoja,
 ¡Y hasta el lecho en que descanse !
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡Ayúdame en los días
 De mi vejez !

Á mi alcance y á mi diestra,
 Muda, inmóvil, formidable,
 Me harás guardia, cuando el sueño
 En mis párpados pesare.
 Si del tigre el sordo paso,

Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren ;
En mi mano apercebida
Te alzarás para el combate ;
¡ Y del triunfo ó la derrota
Siempre llevarás tu parte !
¡ Ay ! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares :
¡ Débil yo, cansado y triste,
Roja tú con fresca sangre !
 ¡ Ay ! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡ Defiéndeme en los días
 De mi vejez !

De camino veré á veces
Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
¡ Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
Cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellante !
O del mar á la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré al sol y al viento
De la Patria los romances ;
Y á la roca tú dé lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes.
 ¡ Ay ! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡ Consuélame en los días
 De mi vejez !

¡Si, consuelo del proscrito!
 ¡Oh! ¡jamás aquí le faltés!
 ¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
 Si es posible, veces hazle!
 Patria, amigos, madre, hermanos,
 Hijos, ¡ay! mi dulce amante;
 Cuanto amé, cuanto me amaba
 ¡Vas tú sola á recordarme!
 Nunca, nunca, pues, me dejes,
 ¡Sígueme á las soledades!
 No abandones al proscrito
 ¡Sin que al fin su tumba excaves!
 Por el mango hundida en tierra,
 ¡Tu hoja se alzaré en los aires,
 De los picos de los buitres
 Defendiendo mi cadáver!
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡Sepúltame en los días
 De mi vejez!

JOSÉ EUSEBIO CARO.

LA CUESTA DEL MUERTO.

(FRAGMENTOS.)

Casi un siglo hace ya que en los lugares
 Do hallarás melancólicas ruínas
 Con que á la diestra un poco te separes
 Si de Jalapa á Coatepec caminas;
 Cerca de espesos bosques seculares
 De olientes liquidámbaros y encinas

Y al fin del ancha y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda.

Fué de labor: las amarillas suertes
De la sabrosa caña al pie del monte,
Cual mar que ondea con los vientos fuertes,
Formaban por lo extensas horizonte.
Negras líneas cortándolas adviertes
De veredas y caños, y el desmonte
Deja, á un lado de aquéllas, sitio abierto
A la espaciosa fábrica y al huerto.

Verdinegros los bosques, rubio el llano,
Limpio y azul el cielo peregrino,
El huerto floreciente en el verano,
Blanca la habitación, pardo el molino;
Cual asa de cristal, chorro lejano
Del agua que lo mueve de contino;
Sobre la tosca torre allí erigida
El gallo en pie que á madrugar convida;

Ésto el ojo descubre en el paisaje,
Y en grato son regalan el oído
Los pájaros cantando en el bosque
Y el arroyo entre sauces escondido;
Y de la flor que adorna el rico traje
Primaveral que el campo se ha vestido,
Mientras la abeja el néctar la consume,
Te llega á deleitar blando el perfume.

El dueño allí, talvez, entusiasmado
Al dulce aspecto de las altas pilas
De la segada mies, ó en el terrado
Puestas eternamente las pupilas
En los panes de azúcar que el dorado
Rayo de sol blanquea en largas filas,

No vió jamás de su fecundo valle
La riqueza y beldad sino en detalle.

Talvez sobre los cantos de las aves
En el bosque y á un lado de la senda,
Dió preferencia á los mugidos graves
Que salen del trapiche en la molienda;
Y al son de brisas frescas y süaves
Tal vez prefiere ¡obcecación horrenda!
El metálico son que en sus arcones
Producen al entrar sendos doblones.

En el siglo anterior así iba el mundo,
Como va, como irá, y antes y ahora
Es el metal de aspecto rubicundo
Lo que más gusta al rico y le enamora.
Queda á pobres y artistas el profundo
Estudio del paisaje, la sonora
Voz de la fuente, el sol, el campo, el río,
El cano invierno y el ardiente estío.

.....

Mayo expiraba ya, tras sí dejando
Rico matiz de flores en la tierra,
Cielo de oscuro azul, céfiro blando,
Verde y sin nieve alguna el alta sierra.
Si pardo nubarrón se va formando
Y si retumba el trueno en son de guerra,
Es que se anuncia á campos y ciudades
El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo
El pájaro cantor, murmura el río,
Reverberando al sol, cruzan el cielo
En bandadas las aves del estío,
Y se destacan del quebrado suelo

Pardas las torres, blanco el caserío;
Y la ciudad á celebrar se apresta
De Corpus hoy la religiosa fiesta.

Del fresno y liquidámbar enlazados
Forman los tallos enramada umbrosa
Por las alegres calles, y á los lados
La multitud se agolpa silenciosa.
Hay altares riquísimos alzados
Acá y allá, do el Sacramento posa,
Y el soplo hace ondular del aura amiga.
La llama del blandón, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro
De las campanas su clamor da al viento
De atambores y pífanos el coro
Suenan, si calla musical conciento.
Lleva el pastor en relicario de oro
La augusta Majestad del Sacramento,
Y al pasar de soldados entre hileras
Humillanle sus armas y banderas.

Abre la procesión y se adelanta,
El estandarte de la cruz llevando
Con brazo fuerte y con segura planta,
Noble anciano que ejerce civil mando;
Turba de niños que la vista encanta
Ángeles ó sibilas figurando,
Sigue después, y portapebeteros,
Haces de trigos, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso
Que arde en braseros de bruñida plata,
Se oculta el Dios que con poder inmenso
Enfrena el mar y el aquilón desata.
Mirale el sol desde el cenit suspenso,

Y su alabanza en armonía grata
 Ensayan aves, céfiros y fuentes,
 É inclínanse ante Dios todas las gentes.

¡Tiempos de dulce paz y fe sincera
 En que la vida resbaló tranquila
 Cual arroyo que cruza la pradera
 Hasta llegar al mar do se aniquila!
 Llama apacible que con mano artera
 No paga la impiedad, ni al viento oscila
 De la funesta duda, la Fe santa
 La vida alegre y el sepulcro encanta.

¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado
 Teneros en lugar de los presentes!
 Contra sí, contra el cielo se han alzado .
 En su impiedad las orgullosas gentes:
 De Dios y de su ley han blasfemado,
 Profanan los sepulcros, y dementes
 Cierran contra los templos seculares
 ¡Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto
 Á nuestra mesa el Hambre; arde y aterra,
 Y sangre hace verter y amargo llanto,
 De acero armada, asoladora Guerra.
 Negras las torpes alas, negro el manto,
 Sobre la faz de la afligida tierra
 La Peste vuela, y en su oscuro seno
 Halla sólo refugio y paz el bueno.

¡Si los hallase yo, bajo la sombrá
 De aquellos resonantes platanares,
 Dcnde de flores hay perenne alfombra
 Y embalsaman la atmósfera azahares;
 Donde el cariño paternal me nombra;

Donde el rincón de mis antiguos lares
 Muestra limpios blasones de nobleza,
 Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡Engañosa ilusión! ¡Inútil voto!
 En este mar de que salir anhelas,
 Pobre alma mía, y que enfurece el noto,
 Boga mi nave audaz rota y sin velas.
 ¡Siendo inexperto y débil el piloto,
 En el fondo, cual timidas gacelas,
 Atados van, para que más te aflijas,
 Mi amante esposa y mis pequeñas hijas!

JOSÉ MARÍA ROA BÀRCENA.

AMOR DE ESPOSA.

En la senda peregrina
 De este misterioso mundo,
 En este valle profundo
 Donde la flor más divina
 Oculta punzante espina
 Que nos hierva con rigor,
 Donde en todo está el dolor,
 No hay suerte más lastimera
 Que tener por compañera
 Una esposa sin amor.

Que viva en continuo tedio
 Porque nada la entusiasma,
 Y como eterno fantasma
 Se alce su marido en medio;
 A tanto mal no hay remedio:

Siempre camina entre abrojos,
No tiene amantes antojos,
Carga muy pesada cruz,
Y no hay siquiera una luz
Que resplandezca en sus ojos.

Triste, desgraciada es,
Y vivirá indiferente,
Aquella que torpemente
Se casa por interés :
Un mes verá y otro mes
Pasar sin ningún contento,
Y buscará en su tormento
El reír y el suspirar
De aquella que jura amar
Llevada del sentimiento.

Ella á sí misma se daña,
Sueña un provenir de rosa,
Y al dar la mano de esposa
Piensa engañar y se engaña :
Con su misma mano empaña
De su cielo los colores,
Marchita sus frescas flores,
Y así es fuerza que sucumba,
Si abre ella misma la tumba
De sus primeros amores.

Á aquél que adoraste un día
Le fuiste quizás infiel,
Y no quisiste con él
Vivir en la medianía ;
Quizá alguna vez sombría
Te pongan los desengaños,
Y pienses, al ver los daños
Que sin cesar van contigo,

En aquel hermoso amigo
De tus más floridos años.

Puede darte el rico esposo,
Para vivir, un palacio,
Y con piedras de topacio
Ceñir tu cuello precioso ;
Serás un ángel hermoso,
Causarás admiracion,
Mas sobre tí, en su ambición,
No tendrá, con tanto lujo,
Ese simpático influjo
Que brota del corazón.

Talvez su pecho se goza
Al verte cual serafín
Sentada sobre el cojín
De su espléndida carroza :
Y embriagado se alboroz
De tu dulce acento al son,
Mas no tendrá en su ambición,
Sobre ti, con tanto lujo,
Ese simpático influjo
Que brota del corazón.

Puede en retrete oriental
Brindarte, rico y amante,
Ramos de perla y brillante
Entre piedras de coral,
Y entre jaulas de cristal
De las aves la canción ;
Mas no tendrá en su ambición,
Sobre ti, con tanto lujo,
Ese simpático influjo
Que brota del corazón.

Podrá en las tardes rosadas,
Cuando el sol las nubes pinta,
Llevarte á su hermosa quinta
Entre flores y cascadas,
De las verdes enramadas
Bajo el silvestre dosel...
¿Mas qué importa ese verjel,
Esa mansión pura y bella,
Cuando si él la adora á ella,
Ella no le adora á él?

Alzaran los ruiseñores
Sus cántigas melodiosas,
Y se abrieran más hermosas
Sobre sus tallos las flores :
Los arroyos saltadores
Corrieran en la maleza,
Celebrando tal belleza,
Si se amaran con ardor ;
¡Que ante la luz del amor
Se anima naturaleza !

No comprenden la fortuna
De dos que á cual más se adoran,
Y no saben por qué lloran
Á los rayos de la luna ;
Ni se disputan á una
El placer de contemplarse,
Y les da tedio mirarse,
Y en medio de tantos duelos,
No se dan mutuos consuelos .
Porque no saben amarse.

Los dos esposos sin fe,
De sus pesares testigos,
Nunca como dos amigos

Juntos á los dos se ve;
Ni al resplandor del quinqué
Leyendo una historia bella,
Jamás conmueven á ella,
Ni agitan jamás á él,
El llanto de Rafael,
Los suspiros de Graziella.

Però la casta beldad
Que arde en afecto amoroso,
Lleva á casa del esposo
Salud y felicidad :
Es rosa de castidad
Que mana ricos olores,
Inspira castos amores,
La envidian las niñas todas,
Y allí el ángel de las bodas
Entra derramando flores.

Tú, querubín celestial,
Bates tus alas preciosas,
Y prendes ramos de rosas
Sobre el tálamo nupcial :-
De la esposa virginal
Bendices las puras galas,
Y entonces alegre exhalas
Tus suspiros amorosos,
Y quedan los dos esposos
Dormidos bajo tus alas.

Aun el amor nos conquista
Y con su luz nos inflama,
Por más que ahogue su llama
Un siglo positivista :
Imposible es que no exista
Ese afecto celestial ;

En la senda terrenal
Obtendrá siempre la palma,
Que es un arranque del alma
Espontáneo y natural.

Esa que en amor se abrasa
Es la esposa pura y bella,
Y sólo con estar ella
Estará alegre la casa.
Jamás por su frente pasa
Un pensamiento sombrío,
Jamás su pecho vacío
Sintió al ver su compañero,
Porque un amor verdadero
No sabe lo que es hastío.

La que es buena y santa esposa,
Cuando á su esposo divisa,
Siempre tiene una sonrisa
Y una frase cariñosa :
Jamás altiva y quejosa,
Á sus voces de alegría
Le responde ingrata y fría,
Siempre con amor lo ve,
Como miraba á José
La purísima María.

Si con arrugado ceño
Llega el esposo, al instante
Debe alegrar su semblante
Con dulce y amante empeño :
Debe con rostro risueño
Toda pena disipar,
Porque ella debe aspirar
Á ser con su dulce lumbre
Lámpara eterna que alumbre
En el doméstico hogar.

LITERATURA AMERICANA.

Eres tú de nuestra historia
El más brillante episodio,
Eres el ángel custodio
Que nos llevas á la gloria ;
Eres del mundo en la escoria
Fresca y escogida flor
De puro y eterno olor :
¡ Joven de virtudes llena,
Después de una madre buena
Eres la amiga mejor !

Mujer que arrugas las cejas
Y la lectura interrumpes,
Porque con ira prorrumpes
En murmuradoras quejas,
Que sorprendido me dejas
Y haciéndome mofa estás,
Y tan descontenta vas
De mi trova melodiosa,
Tú debes ser mala esposa
Y mala madre serás.

Cuando pinto el sentimiento
Lleno de fervor profundo,
Nada me importa que el mundo
Haga escarnio de mi acento :
Basta para mi contento
Con que sonriendo dichosa,
Pura, celeste, amorosa,
Llena de divino encanto,
Recite mi pobre canto
Toda joven buena esposa.

JOSÉ FORNARIS.

Á CRISTÓBAL COLÓN

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza llevando de Castilla
La veneranda enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía
Y á Dios y á la ventura el leño fía?

Y el piélagos elevado
¿No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
Á la ardua empresa, y cuál su furia crece,
Y el sol cómo entre nublos se oscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama
De aligeras centellas lluvia ardiente;

¡Ay! que el abismo brama ;
 Y el trueno zumba, y el bajel tremente
 Cruje y restalla y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
 Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
 En la cercana roca ;
 Mira el encono y el adusto ceño
 De la chusma sin fe contra tu empeño ;

¡ Y cuál su vocería
 Al cielo suena ; y cómo, en miedo y saña
 Creciendo y agonía,
 Con tumulto y terror la tierra extraña
 Pide que dejes por volver á España !

¡Ay triste! que arrastrado
 De pérfida esperanza al indo suelo,
 Remoto y olvidado,
 Quieres llevar flamífero tu vuelo,
 ¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
 Y el oro del Japón buscas en vano ;
 En vano á Mangi ardiente ;
 Ni de las hondas aguas de Océano
 Jamás verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora
 Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
 ¡Donde del nauta llora,
 Juzgándole quizá cadáver yertó,
 La inconsolable madre el hado incierto !

Engañosa sirena
 Vanamente el error cante en su lira :
 ¡Colón! clava la antena :

Corre vuela ; no atrás, avante mira ;
Al remo no des paz ; no temas ira !

Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, dance el hombre y brame el viento
Con furia desatado,
¡ Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento !

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¡ Oh noble, oh claro día
De inclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria !

En la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo ;

De Cristo el alto nombre -
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente ;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
 Humillada á tus pies, en plauso ahora
 Al cielo el grito mueve ;
 Y el que del sol en las regiones mora
 Ángel te llama y como Dios te adora.

¡ Qué humana fantasía
 Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
 De orgullo y alegría !
 Trocada en dulce paz ve aquí la guerra ;
 Cual divina visión allí la tierra.

No el que buscas ansioso
 Mundo perdido en tártaras regiones ;
 Mundo nuevo, coloso
 De los mundos, sin par en perfecciones,
 De innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino
 Entre cien mares que á sus pies quebranta
 El Ande peregrino,
 Cuando hasta el cielo con soberbia planta
 Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,
 Rey de los otros ríos, se arrebatata
 Marañón caudaloso
 Con crespas ondas de luciente plata,
 Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
 En la gallarda copa dulce expira.
 Perenne primavera ;
 Y el cóndor gigantesco fijo mira
 Al almo sol y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes ;
 Émulo al ancho mar lago sonoro ;

Tormentas, huracanes ;
 Son árboles y piedras un tesoro,
 Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas ? ¡ Lleva á Europa
 De tamaño portento alta preseaa !
 Hiera céfiro en popa,
 O rudo vendaval, que pronto sea,
 ¡ Y absorto el orbe tu victoria vea !

El piélagos sonante
 Abrirá sus abismos ; sorda al ruego
 La nube fulminante
 Su terrífica voz lanzará luego
 Y tinieblas y horror y lluvia y fuego.

Y del mar al bramido
 Unirá contra ti la envidia artera
 Su ronco horrible aullido.
 ¡ Piloto sin ventura ! ¿ á qué ribera
 Llegará tu bajel en su carrera ?

¿ Qué será de tu gloria ?
 Tu nombre, entre las gentes difamado,
 ¿ Morirá sin memoria ?
 Ó talvez de las ondas libertado,
 ¿ Por tu empresa un rival será premiado ?

Todo será : el delirio
 De férvido anhelar que vence y llora ;
 Gozo, gloria, martirio ;
 Cadena vil y palma triunfadora ;
 Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas, ¿ qué á tu fe del viento,
 Del rayo y la traición crudos azares ?
 Levanta el pensamiento,

¡ Elegido de Dios ! ¡ hiende los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares !

No Argos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con impetu inaudito :
¡ Colón ! exclama, y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empireo asciende.

Del incógnito clima
¡ Oh rey de Lusitania ! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos y avarientos.

De ti y de tus iguales,
El Anglio poderoso, el Galo fuerte,
A las plantas reales
¡ Un mundo no ofreció y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte ?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,
 Del aurifero Tajo hasta Barcino,
 Ofrenda merecida
 De incienso y flores, cual á ser divino,
 Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano
 Tus joyas, Isabel, trocó en imperios ;
 Por él ya el orbe ufano
 Saluda tu estandarte, y son hesperios
 Del uno al otro mar los hemisferios.

¡ Fernando ! ¿ qué corona
 Al huésped de la Rábida guardada
 Sus hechos galardona?
 ¿ Bastará tu corona, que empeñada
 Con todo su poder se vió en Granada ?

Dilo tú que en el templo
 Vagas inulta en medio á los despojos
 ¡ Oh sombra de alto ejemplo !
 ¡ En cuya mano y sien miran los ojos
 Grillos por cetro y por corona abrojos !

Mas no á la gran Castilla
 El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo ;
 No es suya la mancilla ;
 Que á ti fué abrigo cuando más desnudo ;
 Al indio madre ; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
 Á tu gloria la tierra agradecida
 Con perpetua memoria,
 Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
 Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
 Cual de todos compuesto, no formara

Sin designio profundo ;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía ;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡ Ay de ellas, las comarcas,
Viejas en el delito y la mentira,
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoga el rayo y se desate en ira !

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando y altares ;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y anigó.

¡ Colón ! el mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo á polo
Resuena el canto, extiende tu renombre
Por los cielos Apolo,

Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre,

RAFAEL M. BARALT.

MATERNIDAD.

Ya en medio del mar riela
La tibia luz de la luna ;
Tú duermes ; y aquí en tu cuna
Mi amor dulcemente vela.
Y aunque ahora no me sonría
Tu labio justo y sincero,
Dormida besarte quiero ;
Duerme, duerme, niña mía.

Del baile alegre y brillante
Oigo los plácidos sonos,
Y el ruido de los salones
Llega hasta aquí palpitante.
Allá entre luz y armonía
Habrá placer, ilusión ;
Pero aquí mi corazón
Contigo está, niña mía.

Cuando yo, vivaz doncella,
Del baile el umbral pisaba,
Nueva vida allí encontraba,
Brillante, espléndida y bella ;
Y mi alma de su alegría
En las ondas se bañaba...
Mas ¡ ah ! cuán poco duraba !
Duerme, duerme, niña mía !

Callaban flauta y violín
En la sala ya desierta,
Y del sarao á la puerta
Nos esperaba el quitrín.
La ilusión desaparecía,
El desencanto llegaba...
Pero tu amor no se acaba
Como un baile, niña mía.

Triste luego ante el espejo
Deponía el rico adorno
Que de mis sienes en torno
Derramaba su reflejo,
Y sin orden desprendía
El lazo, la cinta, el broche...
¡Cuánto afán para una noche!
Duerme, duerme, niña mía.

Y cuando luego doblaba
En la almohada mi frente,
Largo rato inútilmente
Con el insomnio luchaba.
¡Oh! entonces, entonces sentía
De la inquietud el tormento,
Y hora velándote siento
Dulce placer, niña mía.

La ilusión á las doncellas
Las lleva sobre las alas;
Á ellas, flores y galas,
Fiestas y bullicio á ellas.
Yo gocé también un día
Ese encanto pasajero.
Ya soy madre... ¿qué más quiero,
Qué más quiero, niña mía?

De mis días venturosos

Eres la dicha mayor,
 Tú, relicario de amor
 De dos felices esposos.
 Tú de mi vejez sombría
 Luz y esperanza serás,
 Tú mis ojos cerrarás;
 Duerme, duerme, niña mía.

¡Él viene!... ya oigo sus pasos.
 ¡Oh! ¡qué ventura es ser madre!
 Con amor de esposo y padre
 Nos estrechará en sus brazos.
 ¡Ah! que tu boca sonría
 Cuando él te bese la frente...
 Mas no, reposa inocente;
 No despiertes, niña mía.

MIGUEL T. TOLÓN.

LA GLORIA DEL LIBERTADOR.

¡Altivo pensamiento!
 Con raudas alas en ardor fecundo
 Remonta al firmamento,
 Y audaz evoca en tu anhelar profundo
 La egregia sombra del criador de un mundo;
 Al numen soberano
 Que hundió la tierra en silencioso arrobó,
 Cuando en la hercúlea mano,
 Moderno Atlante, sacudiendo el globo,
 ¡Fué Junín... y Ayacucho... y Carabobo!

¡Campos de inmensa gloria!
 Donde el fulgor que los espacios llena
 Rescata la victoria,
 La del Inca y del Sol región serena
 Y las que el ronco Cotopaxi atruena;

Do del clarín vibrante
 Al eco que retumba por la esfera,
 Beligera, tonante,
 Nace Colombia, se levanta, impera,
 Y agita entre huracanes su cimera.

Colombia de su frente
 Surgió gentil como Minerva, armada,
 Fulmineo el casco ardiente,
 La sien de resplandores coronada,
 Y al son de los cañones arrullada.

Y envuelto en su ignea lumbre,
 Él vuela y triunfa y pasma y maravilla
 La tierra... y la ardua cumbre
 Del Ande enhiesto que tremante brilla
 A su paso triunfal la sien humilla.

Después... del monte altivo
 Domeña la cerviz... arranca al cielo
 El iris de luz vivo,
 Y de los siglos desgarrando el velo,
 Ata el destino á su glorioso vuelo.

Así sobre la nube
 El águila caudal en la tormenta,
 Por los espacios suba,
 Y el trueno burla que á su faz revienta,
 Y el éter con sus alas atormenta;

Y victoriosa luego
 Y de su arrojo y su poder ufana,

Del sol aspira el fuego,
Se aniega en alma luz... y soberana
Mide en redor la inmensidad lejana.



Del Ande al delta umbrío;
Do Marañón soberbio se dilata
En el Ponto bravío
Y las vencidas ondas desbarata
En rizas plumas de luciente plata,

Y del Rimac sonoro
Y el turbio Pilcomayo á las riberas
Que baña en perlas y oro
El Atlántico mar, bajo praderas
De jazmines y rosas y palmeras :

Del uno al otro polo
Del orbe oculto en los ignotos mares
Trasciende un himno solo :
Es América que alza sus cantares
Al vengador de sus excelsos lares.

¡ Miradla! ya triunfante
Destroza la coyunda que la estrecha,
Y el penacho flotante
Y el carcaj de las lides ya desecha
Y rompe el arco y la salvaje flecha ;

Y la esplendente zona
Del iris que los ámbitos matiza,
Cual fúlgida corona,
La paz de un hemisferio simboliza
Y al numen que la ofrenda, diviniza.

Él es quien á la gloria
Arrebata sus títulos egregios
Y un mundo da á la Historia,

Y rasga los vetustos privilegios
Y al polvo arroja los escudos regios.

—

No ya al estruendo sumo
Que levanta el Pichincha, cuando en ira
 Revienta y trombas de humo,
Volar su carro vencedor se mira
Que entre esplendores y entre sombras gira :

Ni al son de los clarines
De la inmortal llanura, en ansia extrema ;
 Las indómitas crines
Del soberbio león, que ruje y trema,
De su frente arrancar con la diadema.

¡No! que en la etérea cumbre
De la fama, á los siglos su faz vierte
 Rayos de viva lumbre,
Y un mundo escuda con su brazo fuerte,
Árbitro del destino y de la muerte ;

Y allí bajo su planta
Horizontes sin fin... campos de estrellas,
 Ígneo sol que levanta
Su cuádriga de luz entre centéllas,
Polvos de oro dejando tras sus huellas.

Y allí soberbios ríos
Que arrebatan sus ondas entre espumas,
 Y cráteres sombríos
Y excelso monte en cuyas densas brumas
Cierne el cóndor gigante sus plumas ;

Y espacios donde impera
Rugiente el huracán, y aves y flores,
 Y eterna primavera,

Y auras y luz y música y olores...
Y una raza sin siervos ni señores.

¡Ésa! la que en portentos
Brilla, entre inmensos piélagos perdida
Que mugen turbulentos;
¡Tierra del porvenir! del sol ¡querida!
¡Trono de luz y manantial de vida!

Ésa fué la que un día,
Reina del mundo, tu robusta mano,
Tras la inmortal porfia,
Engalanó del manto soberano
Y el cetro de oro que arrancó al tirano :

Y luego, entre el tumulto
De pueblos y tribunos y legiones.
La sublimaste al culto
Del derecho, grabando en sus blasones
La eterna libertad de las naciones.

¡Arcángel del destino!
Tu verbo fecundiza un hemisferio
Y del poder latino
La raza que arrancaste al cautiverio,
Dios te aclamó de su glorioso imperio.

¡Después!.. ¡terror profundo!
¡Silente asombro!... por la vez postrera
Tu voz escucha el mundo...
Y envuelto de Colombia en la bandera
Vuela tu alma á la infinita esfera.

Sube, audaz pensamiento,
Al alcízar del Dios de la Victoria,
¡Y arroja por el viento,

Encendido en los rayos de su gloria,
El resplandor de su immortal memoria !

FRANCISCO G. PARDO.

• ENTONCES Y HOY.

Éste era el cuadro que al romper la noche
Sus velos de crespón,
Alumbró, atravesando las ventanas,
La tibia luz del sol :
Un techo que acababa de entreabrirse
Para que entrara Dios ;
Una lámpara pálida y humeante
Brillando en un rincón ;
Y entre las almas de los dos esposos,
Como un lazo de amor,
Una cuna de mimbres con un niño,
Recién nacido... ¡yo !
Posadas sobre la áspera cornisa,
Todas de dos en dos,
Las golondrinas junto al parido nido
Lanzaban su canción,
En tanto que á la puerta de sus jaulas,
Temblando de dolor,
Mezclaban la torcaza y los *sinsontes*
Sus trinos y su voz.
La madre selva alzando entre las rejas
Su tallo trepador,
Enlazaba sus ramas y sus hojas
En grata confusión,
Formando un cortinaje en el que había

Por cada hoja una flor, .
 En cada flor una gotita de agua, .
 Y en cada gota un sol,
 ¡ Reflejo del purísimo de entonces
 Y del doliente de hoy!
 Mi madre, la que vive todavía
 Puesto que vivo yo,
 Me arrullaba en sus brazos suspirando
 De dicha y de emoción;
 Mientras mi padre en el sencillo exceso
 De su infinito amor,
 Me daba las caricias que más tarde
 La ausencia me robó, .
 ¡ Y que á la tumba en donde duermo ahora
 Á pagarle aun no voy!...
 Forma querida del amante ensueño
 Que embriagaba á los dos,
 Yo era en aquel hogar y en aquel día
 De encanto y bendición,
 Para mi cuna blanca un inocente,
 Para el mundo un dolor,
 ¡ Y para aquellos corazones buenos
 Un tercer corazón!...
 Dé aquellas horas bendecidas, hace
 Veintitrés años hoy...
 Y de aquella mañana á esta mañana,
 De aquel sol á este sol,
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,
 Se ha hundido mi ilusión,
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,
 La madre de mi amor,
 ¡ Ni viene á despertarme en las mañanas
 Ni está donde yo estoy!
 Y en vano trato de que mi arpa rota
 Module una canción,

Y en vano de que el llanto y sus sollozós
 Dejen de ahogar mi voz...
 Que solo y frente á todos los recuerdos
 De aquel tiempo que huyó,
 Mi alma es como un santuario en cuyas ruinas
 Sin lámpara y sin Dios,
 Evoco á la esperanza, y la esperanza
 Penetra en su interior
 Como en él fondo de un sepulcro antiguo
 Las miradas del sol...
 Bajo el cielo que extiende la existencia
 De la cuna al panteón,
 En cada corazón palpita un mundo,
 Y en cada amor un sol...
 Bajo el cielo nublado de mi vida
 Donde esta luz murió,
 ¿Qué hará este mundo de los sueños míos? .
 Qué hará mi corazón?

MANUEL ACUÑA.

DEBER DEL HOMBRE.

¡ Vivir es trabajar ! Cada hombre tiene
 Una santa misión, y al mundo viene
 Á completar de Dios la obra divina.

El trabajo encamina
 Al bien y á la virtud ; la magia encierra
 De transformar en cielo la esperanza,

Y á lo innoble y mezquino haciendo guerra,
Con su fuerza vital todo lo alcanza.

Rey de la creación, por Dios guiado,
El hombre está en el mundo destinado
Á vencer imposibles con su empeño.

Del mundo entero dueño,
Todo á cumplir su voluntad se inclina,
Dicta leyes do quier su inteligencia,
Y dócil á su voz, se une y combina
La cadena feliz de la existencia.

Miradlo, y lo veréis cual rauda viento
Volar con el vapor, y en un momento
Vencer el monte, atravesar el llano,
Circundar el Océano,
Penetrar los secretos más profundos,
De la ignorancia desgarrar el velo,
Con férreo anillo entrelazar los mundos,
¡Y el rayo mismo arrebatarle al cielo!

¡Su mente es luz! Dejadlo que conciba,
Que del Creador la inspiración reciba,
¡Y todo lo podrá!... Nada hay que asombre
En su grandeza al hombre
Si el genio vive en él. Hoy, atrevido,
Tenaz, el aire dominar ensaya;
Mañana, en el espacio suspendido,
¡Astro será que donde quiera vaya!

Por eso cuando el pueblo se levanta
Ávido de grandeza, y se adelanta
Al campo del deber, el fuego brota
Del alma del patriota,
Ver cumplido su sueño, le parece,

Coronas ciñe á quien ganarlas supo,
 Y, viendo su esplendor, se enorgullece
 ¡Del suelo libre do nacer le cupo!

¡En nuestra hermosa patria no hay esclavos!
 Una legión titánica de bravos
 Rompió del servilismo las cadenas:
 Con sangre de sus venas,
 Vertida en cruda lid, nuestros abuelos
 La sacrosanta libertad sellaron,
 ¡Y al cumplir sus magnánimos anhelos,
 Vida, grandeza y patria nos legaron!

Y por los Andes y la mar velada,
 Esa patria feliz vive encantada
 En medio de sus bosques seculares,
 Cien ríos como mares
 Fecundizan sus campos; lindas flores
 Alfombran su extensión, y en donde quiera
 Se ve un portento y brillan los primores
 De una no interrumpida primavera.

En nuestro cielo azul, la roja lumbre
 Se refleja del sol: la blanca cumbre
 Del Andes colosal se alza orgullosa:
 Dejad que majestuosa
 La estrella de la tarde sus fulgores
 Derrame altiva en el azul sereno:
 ¡Inmenso en forma, espléndido en colores,
 Veréis radiante el tricolor chileno!

Como ese tricolor brillante y puro,
 Formado por Dios mismo, es el futuro
 Que le aguarda á la patria. En vuestras manos
 Virtuosos ciudadanos,

Apresurarlo está... Movedle guerra
 Al vicio en el taller, dad noble ejemplo
 De austero patriotismo, ¡y nuestra tierra
 Será de libertad grandioso templo!

¡Nadie sea en su patria un miembro vano!
 ¡Levántese á vivir el ciudadano,
 Ensalce el bien y la maldad combata!

Si la fortuna ingrata
 Hince en su vida su alevoso diente,
 Si airada ruge la tormenta fiera,
 Sereno en el peligro alce la frente,
 ¡Y si es fuerza morir, como hombre muera!

¡Soldados del progreso y de la gloria!
 El esplendor sin par de nuestra historia,
 Con fuego escrito en vuestros ojos leo!

¡Yo entre vosotros veo
 Los O'Higgins del genio; los ungidos
 Rodríguez del trabajo; los Infantes
 Del sagrado deber! ¡Los elegidos
 Para ser del futuro los gigantes!

¡Entusiasta legión! vuestro destino
 Decidida llenad: por el camino
 Seguid que os marca la conciencia austera:

Luchad con fe sincera
 Y nada en el peligro os amedrente,
 Que, para conquistar la ansiada palma,
 Arde la inteligencia en vuestra frente
 ¡Y un pedazo de Dios lleváis por alma!

JOSÉ ANTONIO SOFFÍA.

AL RÍO CAURIMARE.

Caurimare bullicioso
Que entre peñascos resbalas,
Entapizado de flores
Y coronado de palmas,

Si algún día, por fortuna,
Llega mi prenda adorada
Á visitar tus orillas,
Á refrescarse en tus aguas,

¡Dile que aquí en este sitio
Vine quejoso á cantarla
Con el pesar en el pecho
Y la amargura en el alma!

Dile que bajo este puente,
Donde otro tiempo á mirarla
Llegué por la vez primera,
Pura cual rosa temprana,

En tarde triste, á la lumbre
Del sol que al ocaso baja,
Inútilmente la llamo
Al lugubre son del arpa;

Que sólo á mi voz responde
El avecilla que canta,
El vago rumor del viento
Y tu murmurio que alaga;

¡ Que aun á la luz del crepúsculo,
Medio teñido de grana,
Cercano diviso el techo
De su casita de paja!

Y está solitario y triste,
Más triste que mi esperanza,
Pues sus palomas huyeron
Desde que su dueño falta.

Dile que el toldo tupido
De cundeamores y parchas,
Bajo cuya fresca sombra
Mil veces la hallé sentada,

Y aquel granado silvestre,
Y el guamo aquel que inclinaba
Su copa llena de frutos
Tras de su humilde morada,

Y el sauce aquel tan querido,
Bajo cuyas verdes ramas
Al resplandor de la luna
Trovas de amor le entonaba,

Y el jardincito oloroso
De cuyas flores preciadas
Para su frente de virgen
Teji preciosas guirnaldas,

Todo cuanto ella quería,
Todo cuanto ella adoraba,
Se hundió del labriego rudo
Bajo los golpes del hacha;

Que de su rústico albergue
Así sucumbió la gala,

¡ Mas que de mi amor el fuego
Aun arde puro en mi alma!

Y si por fortuna ¡ oh río!
Suspira y llanto derrama
Al recorrer de su historia
Tan triste y sensible página,

Ya que testigo tú fuiste
De mi ventura pasada,
Yo recogeré el suspiro,
Tú recogerás sus lágrimas.

DOMINGO R. HERNÁNDEZ.

LA CAZA.

(Del poema *La virgen del Sol*.)

Allá tras del Pichincha que se alza nebuloso
Cubierto de malezas y duro pedernal,
Cuyo inflamado seno profundo y horroroso
Morada parecía terrible de Satán;

Cuyo incesante fuego lanzábase tremendo
Al sol amenazando que ardía en su cenit,
De los andinos montes las bases sacudiendo
Y templos y palacios hundiendo en polvo vil (1);

(1) *El Pichincha* (monte que hierve), en cuya falda oriental está la ciudad de Quito, ha hecho sus erupciones en 1533, 1539, 1560, 1576, 1580, 1660, 1662, y la última y más terrible de todas el 22 de marzo de 1839, en que el temblor de tierra despedazó muchas torres y templos.

En cuyas extendidas, irregulares faldas
 Levántase de Quito la grande población,
 Mirando cual baluarte que guarda sus espaldas
 Las escarpadas rocas de fúnebre color ;

En cuya cima oscuros los nubarrones vuelan
 Que empañan de continuo la esfera celestial,
 Y abortan tempestades que la campaña asuelan
 Y tiembla circundada de rayos la ciudad ;

De cuyos riscos saltan los nítidos raudales
 Que el suelo fertilizan benéficos do quier ;
 Cuyas soberbias plantas oprimen los metales
 De la codicia ocultos á la insaciable sed ;

Allá tras el Pichincha de las pasadas eras,
 Testigo á quien los siglos no pueden destrüir,
 Que vió de los indígenas, indómitas, guerreras
 Las huestes por sus reyes trabar horrenda lid ;

Que vió de Rumiñahui feroz la tiranía,
 Y en Quito sobre escombros triunfar al español,
 Con cuya sangre luego, por la discordia impía
 Regada, el Iñaquito (1) su césped empapó ;

Que en la elevada cumbre después ha sustentado
 De una batalla el peso que le hizo retemblar,
 Y vió al león hispánico ceder desalentado
 Y huir dejando libre la patria de Carán (2) ;

(1) *Iñaquito*. Hermosa llanura hacia el norte de Quito é inmediata á la ciudad. En ella tuvo lugar la batalla entre Gonzado Pizarro y Blasco Núñez Vela, primer virey del Perú, á principios de 1546.

(2) Recuerdo de la famosa victoria de Pichincha obtenida por el general Sucre sobre el ejército español el 24 de Mayo de 1822, que dió independencia á Quito.

Allá tras ese monte
 Que señala de ocaso el horizonte,
 Misteriosos, umbríos, dilatados
 Bosques se hallan, talvez desconocidos
 Aun del indico hoy día ;
 Talvez no profanados
 Por la ambición y bárbara osadía
 De invasores temidos,
 Por el brillo del oro conducidos ;
 De duros invasores que volcaron
 De los Incas el trono,
 Y con sañudo encono
 Su cetro quebrantaron,
 Y entre sangre y despojos levantaron
 En nuevo trono de extranjeros reyes
 Y el intruso poder de extrañas leyes.

Allí el nogal levanta
 Su majestuosa cima,
 Y á su tronco se arrima
 Y enreda y sube trepadora planta.
 Allí, de ingratitud imagen cierta,
 Crece á la sombra del aliso airoso
 El débil arbustillo que tornado
 Gigante de las selvas poderoso,
 Da muerte al bienhechor (1). Allí el preciado
 Guayacán, y la chonta negra y fuerte,
 Hierro del guerreador de la montaña ;
 El árbol que el aroma grato vierte

(1) El *matapalo*. Nace bajo un árbol cualquiera, se arrima á su tronco, crece nutrido en su savia, le enlaza, le oprime, le marchita, y se levanta al fin lozano, vigoroso, hasta que viene otro bejuco y le mata á su vez. De este modo crecen y se engrosan esos árboles monstruosos que asombran en el interior de las selvas orientales.

Consagrado á los dioses; el frondoso
 Seibo (1) vestido de süave seda;
 El vijao (2), cuya hoja la cabaña
 Del montañés abriga; el cedro hermoso,
 El duro mimbre, la flexible caña,
 Se entretejen, se cruzan, se sostienen,
 Y en lozania eterna se mantienen.

Y al influjo del Inti (3) soberano
 Brota la tierra el amancay (4) fragante;
 Y la encendida rosa y arrogante,
 Mecida por el céfiro liviano
 Osténtase divina;
 Y el *pajarillo* de doradas hojas
 La *arberjilla* olorosa y purpurina,
 La simbólica y bella pasionaria,
 De rama en rama asidos, aéreos forman
 Ricos jardines, do fugaz, voltaria,
 De mariposas una tropa vuela.
 ¡Adorno encantador, gala diãria
 De la excelsa natura,
 Que en vano el hombre remedar anhela
 Con débil mano en su febril locura!

El aire sosegado
 Corta el volar continuo de las aves,
 Que con trinos variados y süaves
 Deleitan los oídos;

(1) *Seibo*. Árbol que sirve para distintos usos y produce un capullo sedoso, y con cuya madera los indios de Canelos y otras partes labran una especie de saetas que emplean generalmente para cazar.

(2) *Vijao*. Sus dos especies sirven especialmente para techar las casas en las montañas.

(3) *Inti*. El sol.

(4) *Amancay*. Azucena.

Cuyo bello plumaje matizado,
 Con el iris compite en sus colores,
 Y cuyos blandos nidos
 Se encuentran suspendidos
 Entre hojas verdes y olorosas flores.

Y allí junto á las nubes, con mesura
 Regia, bate las alas formidables
 El cóndor de las rocas ; su mirada
 De majestad cercada,
 Y do brilla fatídica bravura,
 Las montañas recorre, ó gira incierta
 Del alto azul en la región desierta.
 Y entre las mustias hojas que tapizan
 El siempre húmedo suelo, se deslizan
 Reptiles mil, ó de las verdes ramas
 De un árbol corpulento
 Suspendidos columpian, sus escamas
 Pintadas ostentando ; y el silbido
 De la tremenda cascabel el viento
 Rasga, y ronco el bramido
 Del cuadrúpedo rey y del temido
 Tigre, la selva atruena
 Y de hondo espanto llena.

Á estos bosques poblados
 De flores, de aves y de horribles fieras,
 Titu y Amaru acuden á la caza.
 De sus manos certeras
 Las flechas se desprenden ; asustados
 Los inocentes pajarillos huyen ;
 En vano la torcaza
 Se acoge á los gigantes y capados
 Abedules : el arma voladora
 La alcanza y rasga el pecho temeroso ;

En vano la perdiz la protectora,
 Espesa yerba que su nido cubre,
 Busca, y allí se esconde: el afanoso
 Infatigable Titu la descubre,
 Y le envía al instante muerte cruda
 Con su saeta aguda ;
 En vano intenta el papagayo verde
 En su encumbrado vuelo
 Defender su existencia : allí la pierde
 Del diestro Amaru al infalible tiro,
 Y rápido bajando mancha el suelo
 Al pie del cazador con tibia sangre .
 Y de sencilla emulación movidos,
 De más presas en pos corren y saltan
 Ambos amigos por medrosas peñas
 Que la hiedra y el pardo musgo esmaltan ;
 Ó por raudos torrentes que oprimidos
 Entre profundas breñas,
 Ruedan lanzando tétricos sonidos ;
 Ó por lo más espeso y apartado
 Del bosque dilatado.

Mas de Amaru la vista
 Del suelo encuentra las marchitas hojas
 En fresca sangre rojas ;
 Infalible señal, segura pista
 Que deja el fiero puma (1) en cada huella,
 Después que ha devorado
 Su víctima infeliz aun palpitante.
 Y el mancebo soberbio y arrogante
 Ir desdeña con Titu acompañado
 De aquella fiera en pos : á la victoria
 Difícil y á la gloria

(1) *Puma*. León americano.

De tan terrible caza él solo aspira.
 Empero Titu, que el peligro mira,
 Del arrojado Amaru no se aleja,
 Aunque ir delante y combatir le deja.

De entre los dos á limitado trecho,
 Bajo un tronco roído por los años,
 Asoma al fin el lecho
 Do fatigada de pillaje y daños
 La bestia cruel reposa, de despojos
 Sangrientos circundada.
 La fatídica lumbre de sus ojos
 Breve sueño ha robado,
 Y su enorme cabeza
 Entre su curva garra ha doblegado ;
 Mas al sonar en su mansión umbrosa
 De los dos cazadores la pisada,
 Lérguela con presteza,
 Y su ardiente mirada y espantosa
 Glava en el joven que con firme planta,
 Y prevenido el arco, se adelanta.
 Álzase luego el gigantesco puma,
 Enarca el lomo, gruña y se espereza,
 En contorno esparciendo
 Aun de su boca sanguinosa espuma :
 Entonce Amaru al corazón le apunta
 Y cual rayo despréndese la flecha ;
 Pero ¡ ay ! no va derecha
 Cual ir solía, y la aguzada punta
 Se hunde en el tronco secular, hiriendo
 Levemente la fiera ; enfurecida
 Ésta al sentirla, siéntase encogida
 Con sus garras en alto,
 Y á dar rápido salto
 Va sobre Amaru, que á la aljaba acude

Segunda vez, ligero y atrevido ;
 Pero su amigo, al trance peligroso
 Atento, se apresura, y vibra el dardo
 Que parte silbador y va derecho
 Á sepultarse en la mitad del pecho
 Del enemigo atroz. ¡Ay! el temido
 Rey de las fieras, al valor humano
 Rinde el poder y la existencia : en vano
 Lanza ronco bramido,
 Y muerde el arma que arrancar procura
 De su rasgado corazón, y quiere
 Acometer : se aterra, se levanta,
 Y torna á derribarse : ¡ su bravura
 Es impotente ya ! ruge, suspira,
 Se estremece por fin, retiembla, y muere.

JUAN LEÓN MERA.

MIS MONTAÑAS.

Lejos estoy de mi patria,
 De mi patria tan querida,
 Y de mi abatida frente
 La palidez enfermiza,
 No vienen á refrescar
 Sus embalsamadas brisas.
 Montañas americanas,
 Hermosas montañas mías,
 En donde canta el zentzontle
 Y do el huilacoche anida ;

En cuyas agrias pendientes
 De eterno verdor ceñidas,
 El indio cuelga su choza
 Cual nido de golondrinas ;
 En donde el hogar del pobre
 Con alegre fuego brilla,
 Que alimenta el liquidámbar
 Con su gomosa resina,
 Y del cedro y linaloe
 Las maderas exquisitas ;
 ¿Dónde están vuestros rumores
 Y aquella dulce armonía
 De las frondas apiñadas
 Que el süave viento agita?
 ¿Dónde el salvaje mugido,
 Que los ecos repetían,
 Del espumoso torrente
 Que por gargantas sombrías,
 Rodando de roca en roca,
 Airado se precipita?

¡ Ah ! si yo viera aquel valle
 De espléndida perspectiva,
 Con sus lagos transparentes
 En que los cielos se miran ;
 Con sus azules canales,
 Con sus chinampas floridas,
 Y su cerco de montañas
 Que los pinares erizan ;
 Si yo viera un solo instante
 Las siempre nevadas cimas
 Del alto Popocatépetl
 Y del gigante Yxtacihuatl,
 : Ah ! : cómo gozara mi alma !

Pero estoy lejos, muy lejos,
De aquella tierra bendita,
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.

Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envía;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;
Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.

¡ Oasis del Nuevo Mundo !
¡ Adorada patria mía !
Quiera Dios que vuelva á verte,

Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mías!...

JOAQUÍN GÓMEZ VERGARA.

UN RAYO DE SOL.

¿Quién no goza momentos de ventura?
¿Y quién no halló esperanza á sus dolores?
¿Quién en la árida senda algunas flores
Para ceñir su frente no encontró?
¿Qué ave del mar, errante en la borrasca,
No halló ribera ó roca hospitalaria?
¿Cuál fué el alma en el mundo solitaria
Que una mano de amigo no estrechó?

No nació el hombre condenado al llanto,
Siempre á gemir en mísera existencia,
Ni en su viaje á llevar por sola herencia
La flaqueza, la sombra y el pesar;
Hay flores en el valle de la vida
Para tejer guirnaldas á la frente,

¡Y nace el sol magnífico en Oriente
Y se rompe el crespón de oscuridad!

¿Llorar? ¿Por qué, cuando la vida es bella
Y hay en la creación tanta hermosura?
¡El mundo es un paisaje de ventura,
El alma es el santuario del placer!
¿Por qué traer el desaliento amargo
Al empezar la senda de la vida,
Si ella á gozar en su mansión convida
Y en sus fuentes apaga nuestra sed?

¡Oh! No juzguéis al cielo bondadoso
Tan airado en sus obras con el hombre;
¡Oh! ¡no penséis que al eco de su nombre
Reviente la irritada tempestad!...
Ese Dios que domina en los espacios
No tiene el ceño torvo, el rostro airado:
¡En ala de los ángeles llevado,
Él crea y no destruye, es Dios de paz!

Él la tierra pobló de hermosas flores,
Con vetas de oro encadenó los montes,
Vistió de luz inmensos horizontes,
Y de estrellas el cielo coronó;
Dió ser al Universo, al hombre aliento;
Placer al alma, al corazón grandeza;
Amor, para adorar á la belleza,
Para ceñir laureles, ambición.

¡Mirad el mar! ¡Tended por sus espacios
La vista, vedlo dilatarse al lejos,
Sobre el limpio cristal de sus espejos
Donde el vasto horizonte vá á morir!
¡Se alza en su seno púdica y hermosa,

De las plácidas ondas halagada,
La luna que á la esfera plateada
Como virgen doliente va á subir!

¡Ved cómo nace el sol! Rasga la niebla
Su lóbrego capuz, y se abre el día,
¡Y en una sola espléndida armonía
Se confunden la tierra, el cielo, el mar!
Su vigorosa lumbre se derrama
Por el espacio, ¡y á su rayo ardiente
Crecen la flor, el árbol, y el torrente
Que hace fértil la vasta soledad!

Rica la roja mies en el estío,
Al invierno da pan, y en fruto opimo
La hermosa vid descuelga su racimo
Cuando vemos el sol palidecer:
La lluvia de los cielos descendida
Humedece la tierra, otra vez arde
El sol, y vuelven á venir más tarde
La flor, el fruto, el árbol y la mies.

Y tú, mi bien, cuando retumbe el trueno
Y ruja solitario en la montaña,
Y el mar se agite en confusión extraña
Arrancando lamentos de dolor;
En apartado hogar, sin que te asuste
De invierno triste la estación pluviosa,
Me contarás una leyenda hermosa:
¡La historia de tu amor y de mi amor!

Los que os juzgáis, errantes peregrinos,
Atados ¡ay! á funeral cadena,
¡Tended la vista á la región serena
Donde su trono de oro eleva el sol!

¡Ved su rayo de luz! En vuestras almas
Dad luz también al lóbrego vacío,
¡Rasgad el velo que lo enluta impío
Y lance altivo vuelo el corazón!

Que es templo de placer el Universo,
Coronado de inmensos horizontes,
Las nubes son diademas de los montes,
Los astros son el trono del Señor;
El valle tiene perfumada alfombra,
Voz el torrente entre la selva umbría,
¡El Universo espléndida armonía
Y el alma poderosa inspiración!

CARLOS WÁLKER MARTÍNEZ.

TROPICAL.

I.

Truena la tempestad, oscuro cielo
En lluvia y rayos se deshace airado,
Y alumbran los relámpagos el suelo,
Y rugen el huracán desenfrenado.

Se amontonan las nubes, se enfurecen,
Y arrojan sin piedad hora tras hora
La muerte y destrucción con que se mecen
En la eléctrica chispa destructora.

Y se chocan, y luchan á millares,
Amenazando con furor la sierra,
Y embravecidas se unen con los mares,
Haciendo el trueno estremecer la tierra.

Airado el viento, con tenaz bravura
Llega en su furia á arrebatarse las rocas,
Y se arrastra en indómita locura
Lanzando aullidos sus enormes bocas.

Todo lo arrastra, lo destruye todo,
Y con ruido infernal, por las pendientes
De la barranca, hasta el revuelto lodo
Descienden á mezclarse los torrentes.

Y las fieras se acogen á las grutas,
Y en las grietas se ocultan los jilgueros,
Y caen al par de sazonadas frutas,
Los peñascos rodando á los senderos.

Y á la siniestra luz que centellea
Despeñarse se ve de las montañas,
Como al fulgor de cineraria tea,
Las plantas y ganados y cabañas.

En suicidio eternal las aguas bajan
Buscando tumba en el profundo abismo,
Y cedros y palmeras se desgajan,
Y en ayes rompen su eternal mutismo;

Las olas encrepadas y espumosas
Se estrellan sin piedad contra la playa,
Y se rasgan terribles y rabiosas,
Y á su eterno rugir el mundo calla.

Negro, muy negro, el cielo amenazante,
 Lanza sólo su rayo tremebundo,
 Y el terrible huracán, negro gigante,
 Ronco amenaza desquiciiar al mundo.

De destrucción el genio vuela, en tanto
 Que su mirada audaz relampaguea,
 Y de nieblas y rayos con su manto
 Al mundo entero con furor flamea.

Sobre el bridón del austro cabalgando
 El ígneo polvo en su correr levanta,
 Y negras nubes á sus pies rodando
 Sienten el peso de su férrea planta.

Contrae su labio la infernal sonrisa
 Al ver que la materia se destruye,
 Mas llega el ángel de la luz, y á prisa
 Tiende sus alas con espanto y huye.

II.

Cesó la tempestad, blanquizcas nubes
 Que calman los ardores del estío,
 Flotan como bandadas de querubes
 Y copos de algodón en el vacío.

La blanca luna entre celajes brota,
 Y brotan las estrellas y luceros
 Que hacen brillar la cristalina gofa
 Suspendida en los altos cocoteros.

Los bosques de sonantes platanares
 Sacuden con rumor las anchas hojas,

De donde caen las gotas á millares
Sobre silvestres florecillas rojas.

Fresca la brisa á acariciar empieza
Los mangos y cafetos y cañales,
Y murmura al rozar la alta maleza
Ó al perderse en revueltos carrizales.

Se abren de los naranjos blancas flores
Exhalando perfumes que adormecen,
Y de canoras aves de colores
Los blandos nidos con amor se mecen.

Las luciérnagas pasan brilladoras,
Y los cocuyos lanzan sus destellos,
Y el grillo y las cigarras vibradoras
Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.

Y el arroyuelo manso culebrea
Por entre el césped murmurando amores,
Y sobre el margen que el sauz sombrea
Salpica y hace renacer las flores.

Brota la yerba, los planteles crecen,
Germina el grano, se madurà el fruto,
Y las espigas de oro se estremecen
Bajo el peso estival de su tributo.

Todo se mueve, y la deidad del campo
Al regar las semillas, á su espalda
Deja de su alma á la campiña un lampo
Cuando la roza su flotante falda.

RAMÓN RODRÍGUEZ RIVERA.

LA NOCHE EN EL MAR.

¡Adiós, mi amigo, adiós! El corvo diente
Soltó del ancla el fondo ribereño,
Y henchida el alta lona, flota el leño
Como el nido de un pájaro en el mar.
Mi horizonte se ensancha: es el espacio;
Mi paso, un vuelo; el aquilón, mi aliento;
Sólo es pequeño aquí mi pensamiento,
Sólo yo traigo aquí duda y pesar.

Vueltos los ojos á la comba playa,
Que en línea azul el horizonte muestra,
Tiendo hacia ti mi abandonada diestra,
Vuelvo á la tuya mi espantada faz.
Pero es en vano ya. Surco de espumas
Rompe en las aguas la tremante quilla:
Tú te quedas pacífico en la orilla;
Yo vuelo con el céfiro fugaz.

Cual un punto á mi vista desaparece
El alto monte, rey de la ribera;
Del mar, en tanto, tras la azul testera,
Grande, redondo, el sol se va á apagar.
La noche viene. Su cordón de estrellas
Cruza en mil cintas el azul del cielo,
Cual lentejuelas del inmenso velo
Que está plegado ante el inmenso altar.

El silencio es tu voz, la paz tu aliento,
 Noche, que duermes sobre el mar callado,
 Abismo sobre abismo reclinado,
 En la escala de abismos, hasta Dios.
 Mas si guardas también en tu hondo seno
 La voz del duelo y el raudal del llanto,
 Desata ese raudal entre mi canto,
 Desprende de mis labios esa voz.

Con su perfil de luz se alza la ola
 Como la crin del mar que riza el viento,
 Y fecunda cual grande pensamiento
 Cien nuevas olas hace borbotar.
 El mar así, en sus aguas y sus playas,
 Todo horizonte, toda zona encierra,
 Y ciñe entre sus brazos á la tierra
 En su tálamo hirviente de coral.

Él ve volar el tiempo hora tras hora;
 Retrata el cielo estrella por estrella;
 Mas ni el cielo ni el tiempo dejan huella
 En su hondo seno, ni en su móvil faz.
 Si onda de sangre hasta sus ondas corre,
 Purifica su linfa en la ribera:
 Hoy es terso y azul como antes era
 El mar de Navarino y Trafalgar.

¡No! Ya no quiero el arpa de amargura
 Que al alma sólo su pasión recuerda;
 Yo la despedacé cuerda por cuerda,
 Y á la distante playa la arrojé.
 Brota el mar olas, como el alma ideas;
 Con el espacio crece el pensamiento;
 Quiero medir el mar, beber el viento;
 Aquí ya no suspiro: cantaré.

¡Oh! ¿Quién aquí su bien ó mal no olvida?
 ¿Quién del mundo se acuerda ó de si mismo?
 De un abismo delante y de otro abismo,
 Entre el cielo y el mar, no hay sino Dios.
 Doquier que el alma en la mirada vuela,
 El infinito encuentra, de Dios huellas
 Son las mil ondas y las mil estrellas
 Que cada cielo y cada mar da en pos.

Él lanza su rumor y su marea,
 Que sonante á la playa se desboca;
 Mas, ora dé en la arena, ora en la roca,
 Quiébrase en ella y vuelve con clamor.
 Las aguas llégan y en el linde mugen;
 Cada corriente arrastra su cadena;
 Y en movedizo círculo de arena
 Mueren del mar oleajes y rumor.

Del alto monte y de las agrias rocas
 Ruedan hasta él hinchados los torrentes,
 Y arrastran mugidoras sus corrientes
 Los arroyos, los ríos hasta él.
 En su manto la aurora; el sol, su estrella;
 Los iris, sus rayadas aureolas;
 El céfiro, el suspiro de sus olas;
 El cielo ilimitado, su dosel...

Por un palmo de tierra divididas,
 Las naciones á guerra se llamaron;
 Mas los mares entre ellas se lanzaron,
 Y dieron por confin la inmensidad;
 La inmensidad, que Fulton algún día
 Recogió como un polvo entre su mano,
 É hizo un pueblo, anudando el Océano,
 De toda la dispersa humanidad.

¡Bello eres, mar! Bajo tu manto de olas
Otro universo inmenso se dilata,
Do en nidos de coral, lechos de plata,
Brilla el delfín y mora el Leviatán.
Y es cada perla de tus hondas fuentes
En tu cáliz de roca desatada,
Globo de vida, límpida morada
Donde mil seres en su mundo están.

¡Siempre sublime! Ya cuando la calma
La ola reclina sobre la ola inerme,
Y como infante que en la cuna duerme,
Dueño de las tormentas, duermes tú;
Y ya cuando del fondo de tu abismo,
Arrastrando la muerte entre sus alas,
Brotó armada y gigante como Palas,
La tempestad sobre tu frente azul.

Tú eres, mar, el coloso de mis sueños;
Algo hacia ti mi espíritu atraía;
Mi alma, estrecha doquier, en ti cabía;
Yo concebí, al mirarte, el porvenir.
¡Qué mucho que por verte abandonara
La dulce paz de mis nativos montes,
Cuando viene á tus amplos horizontes
El sol á contemplarte y á morir!

SANTIAGO PÉREZ.

.

EN UN ÁLBUM.

Blanco cisne que te bañas
En las aguas de la vida,
Repitiendo la sentida
Dulce queja del amor ;
Ave armónica que cantas
Inspirada y placentera,
Como la efusión primera
Del amante trovador.

Hermosa flor que levantas
La perfumada corola,
Y en el pensil triunfas sola
En belleza y juventud ;
Y meciéndote gallarda
Sobre tu tallo lozano,
Viertes al aire liviano
Las auras de la virtud.

Tú, niña, que comenzaste
Desde la plácida infancia,
Despidiendo la fragancia
Que guardabas del Edén ;
Que te mecieron la cuna
Los guerreros vencedores,
Y aprendiste á ver las flores
En una laureada sien :

¿Por qué á mi lira le pides
 El tributo de un acento,
 Si es pobre mi pensamiento,
 Mezquina mi inspiración?
 Mas ya te miro en recuerdos,
 Blanca, esbelta, vaporosa,
 Como la imagen hermosa
 Que concibe la ilusión.

Y al contemplarte en el mundo
 Como aparición divina,
 De los aires peregrina,
 De los cristianos huri,
 A mi pesar me pregunto :
 Cuando recuerde sus glorias,
 ¿El libro de sus memorias
 Tendrá una hoja para mí?

MANUEL NICOLÁS CORPANCHÉ.

AL MAGDALENA.

¡Salud, salud, majestuoso río!...
 Al contemplar tu frente coronada,
 De los hijos más viejos de la tierra,
 Lleno sólo de ti, siento mi alma
 Arrastrada en la espuma de tus olas,
 Que entre profundos remolinos braman;

Absorverse en las obras gigantescas
De aquel gran ser que el infinito abraza.

¿Qué fuera aquí la fábula difunta
De las ninfas de Grecia afeminada,
Al lado del tremendo cocodrilo
Que sonda los misterios de tus aguas?

No en tus corrientes nada el albo cisne,
Sólo armonioso en pobres alabanzas;
Pero atraviesan tu raudoso curso
Enormes tigres y robustas dantas;
Cadáveres de cedros centenarios
Tus varoniles olas arrebatan,
Como del techo del pastor humilde
Las tempestades la ligera paja.

No nadan rosas en tus aguas turbias,
Sino los brazos de la cciba anciana,
Que desgarró con hórrido estampido
El rayo horrendo de feroz borrasca.
Veo serpientes que tus aguas surcan,
Cuyos matices á la vista encantan,
Y oigo el ronquido del hambriento tigre
Rodar sobre tu margen solitaria;
Mientras salvaje el grito de los bogas
Que entre blasfemias sus trabajos cantán,
Vuela á perderse en tus sagradas selvas
Que aun no conocen la presencia humana.

¡Oh! ¡qué serían sátiros y faunos
Bailando al son de femeniles flautas,
Sobre la arena que al caimán da vida
En tus ardientes y desiertas playas!...
¡Ah! ¡qué serían cerca de los bogas,

Que rebatiendo las calludas palmas,
 En el silencio de solemne noche
 En derredor de las hogueras danzan
 Acompasados, al rumor confuso
 De tus mugientes y espumosas aguas,
 Que acaso llega á interrumpir no lejos
 Del ronco tigre seca la garganta!

Yo los he visto en una oscura noche
 Dando á los aires la robusta espalda,
 Sobre la arena que marcado habían
 De las tortugas la penosa marcha,
 Y del caimán la formidable cola,
 Y de los tigres la temible garra:
 Yo los he visto en derredor del fuego
 Danzar al eco de sonora gaita,
 Mientras silbaba el huracán del norte
 Sobre tus olas con sañuda rabia:
 Yo los he visto junto á las hogueras
 Cavar ansiosos tus arenas blancas,
 Y en sus entrañas despreciar el lecho
 Del más pomposo femenino monarca.
 Aun me figuro que sus rostros veo
 Del trémulo relámpago á la llama,
 Con los ojos cerrados, cual si fueran
 Los despojos de un campo de batalla.

No muy lejos de allí, menos salvaje,
 Sobre tu arena inculta y abrasada,
 El caimán abandona tu corriente
 Y junto al boga sin temor descansa.

En vano busca en tu desierta margen
 El hombre, que cual débil sombra pasa,

Palacios y ciudades de una hora,
Que derrumban del tiempo las pisadas.

El pescador que en tus orillas vive
Bajo su choza de nudosas cañas,
Que á nadie manda ni obedece á nadie,
De sí mismo el vasallo y el monarca,
¿No es más dichoso que el abyecto esclavo
Que entre perfumes sus cadenas carga?

¡Yo te saludo en medio de la noche,
Cuando en un cielo plácido y sin mancha
Mira la luna en tus remansos bellos
Su faz rotunda de bruñido nácar!
¡Yo te saludo, nuncio del Océano!
Todo eres vida, libertad y calma;
Y el hombre humilde que sus redes seca
En tu sublime margen solitaria,
Como en Edén nuestros primeros padres,
Sólo de Dios adora la palabra.

Tú te deslizas al través del tiempo
Como la sombra de la acuátil garza
Sobre la faz de tus fugaces olas,
Que de los montes á los mares bajan.
En tus riberas vírgenes admiro
La creación saliendo de la nada,
Grandiosa y bella, cual saliera un día
Del genio augusto que tus olas manda.
¡Corre á perderte en los ignotos mares
Como entre Dios se perderá mi alma!

Cedros y flores ornan tu ribera,
Aves sin fin que con tus ondas hablan,

Cuyos variados armoniosos cantos
De tus desiertos la grandeza ensalzan.

¡Yo te saludo, hijo de los Andes!
¡Puedas un día fecundar mi patria,
Libre, sin par por su saber y gloria,
Y habrás colmado toda mi esperanza!

MANUEL MARÍA MADIEDO.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
ADVERTENCIA.....	
El desierto, por <i>Esteban Echeverría</i>	1
Cuadro del hogar, por <i>Manuel Gutiérrez Nájera</i>	7
El misionero, por <i>Ricardo Gutiérrez</i>	8
La locomotiva, por <i>Carlos Augusto Salaberry</i>	13
El nido de cóndores, por <i>Olegario V. Andrade</i>	15
La fuga de la tórtola, por <i>José Jacinto Milanés</i>	22
A mi hija <i>Maria del Pilar</i> , por <i>Carlos Guido y Spano</i>	24
La golondrina, por <i>José R. Yepes</i>	26
Los trópicos, por <i>José Mármol</i>	31
El poeta, por <i>Francisco Cosmes</i>	34
Á la Victoria de Ituzaingó, por <i>Juan Cruz Varela</i>	36
La flor de la caña, por <i>Gabriel de la Concepción Valdés</i>	43
Á mi caballo, por <i>Juan María Gutiérrez</i>	49
Serenata, por <i>J. Joaquín Palma</i>	52
Jamás, por <i>Claudio M. Cuenca</i>	53
Al Niágara, por <i>José María Heredia</i>	59
Á mi bandera, por <i>Juan Chassaing</i>	64
La música de las palmas, por <i>Rafael M. Mendive</i>	65
Canto al Arte, por <i>Carlos Encina</i>	68
El cadáver del salvaje, por <i>Arcesio Escoobar</i>	75
La partida, por <i>Florencio Balcarce</i>	78
Á la noche, por <i>Abigail Lozano</i>	81
La agitación, por <i>Ventura de la Vega</i>	83
Nieve de estío, por <i>Juan de Dios Peza</i>	86
Canto elegiaco, por <i>Juan C. Lafinur</i>	89
Melodía hebreaica, por <i>Miguel Sánchez Pesquera</i>	92
Canto lírico á la libertad de Lima, por <i>Esteban de Luca</i>	94
Á orillas del Magdalena, por <i>José María Samper</i>	101
El omhú, por <i>Luis L. Dominguez</i>	103

Castigo de Faraón, por <i>Manuel Carpio</i>	109
En la victoria de Maipo, por <i>Vicente López y Planes</i>	114
La agricultura de la zona tórrida, por <i>Andrés Bello</i>	118
Gobierno gaucho, por <i>Estanislao del Campo</i>	124
Porvenir de América, por <i>Diego Jugo Ramírez</i>	127
Nueva esperanza, por <i>José Joaquín Pesado</i>	133
Noche de luna, por <i>Luis Rodríguez Velasco</i>	134
Al sol, por <i>José Arnaldo Márquez</i>	135
Et lux æterna lucebit, por <i>Ricardo J. Bustamante</i>	139
Anacréontica, por <i>Hermógenes Irisarri</i>	141
Éva, por <i>Manuel M. Flores</i>	141
Á diez y ocho años, por <i>Guillermo Blest Gana</i>	147
El cultivo del maíz, por <i>Gregorio Gutiérrez González</i>	149
La salida del sol, por <i>Ignacio M. Altamirano</i>	156
Al Tequendama, por <i>José Joaquín Ortiz</i>	158
El mburucuyá, por <i>Alejandro Magariños Cervantes</i>	163
Á una niña, por <i>Guillermo Matta</i>	166
Vuelta á la patria, por <i>Juan A. Pérez Bonalde</i>	167
La ciega, por <i>Maria Josefa Muña</i>	174
El salto de Barrio-Nuevo, por <i>José Peón Contreras</i>	176
La luna, por <i>Diego Fallón</i>	179
En un álbum, por <i>Adolfo Berro</i>	183
El zenzontle, por <i>José Rosas</i>	186
En la orilla de la mar, por <i>José Antonio Calcaño</i>	190
Mi amor, por <i>Rafael Pombo</i>	193
El junco, por <i>Eusebio Lillo</i>	199
El tiempo, por <i>Juan Carlos Gómez</i>	204
La victoria de Junin, por <i>José Joaquín Olmedo</i>	206
Entonces, por <i>Juan Clemente Zenea</i>	215
Á Méjico, por <i>Justo Sierra</i>	217
Al mar, por <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda</i>	220
Al pie del Illimani, por <i>Mariano Ramallo</i>	223
El crepúsculo en la Pampa, por <i>Juan Valle</i>	230
Pubenza, por <i>Julio Arboleda</i>	232
Tres preludios, por <i>Teobaldo E. Corpancho</i>	237
Los caballeros del Apocalipsis, por <i>Numa P. Llona</i>	239
El llanero, por <i>Mario Valenzuela</i>	242
La leyenda patra, por <i>Juan Zorrilla de San Martín</i>	243
La vuelta del recluta, por <i>Jorge Isaacs</i>	249
El hogar campestre, por <i>José Antonio Maitín</i>	251
El hacha del proscrito, por <i>José Eusebio Caro</i>	257

Páginas.

La cuesta del muerto, por <i>José María Roa Bárcena</i>	260
Amor de esposa, por <i>José Fornaris</i>	265
Á Cristóbal Colón, por <i>Rafael M. Baralt</i>	272
Maternidad, por <i>Miguel T. Tolón</i>	280
La gloria del Libertador, por <i>Francisco G. Pardo</i>	282
Entonces y hoy, por <i>Manuel Acuña</i>	287
Deber del hombre, por <i>José Antonio Soffia</i>	289
Al río Caurimare, por <i>Domingo R. Hernández</i>	293
La caza, por <i>Juan León Mera</i>	295
Mis montañas, por <i>Joaquín Gómez Vergara</i>	302
Un rayo de sol, por <i>Carlos Wálker Martínez</i>	305
Tropical, por <i>Ramón Rodríguez Rivera</i>	308
La noche en el mar, por <i>Santiago Pérez</i>	312
En un álbum, por <i>Manuel Nicolás Corpancho</i>	316
Al Magdalena, por <i>Manuel María Madiedo</i>	317

Sigue el índice por autores, con indicación de las nacionalidades respectivas.

UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY
 1110 EAST 58TH STREET
 CHICAGO, ILL.

ÍNDICE POR AUTORES, con indicación de las nacionalidades respectivas.

POETAS ARGENTINOS.

	Páginas
ANDRADE (OLEGARIO V.). — El nido de cóndores.....	15
BALCARCE (FLORENCIO). — La partida.....	78
CAMPO (ESTANISLAO DEL). — Gobierno gaucho.....	124
CUENCA (CLAUDIO M.). — Jamás.....	56
CHASSAING (JUAN). — Á mi bandera.....	64
DOMÍNGUEZ (LUIS L.). — El ombú.....	103
ECHEVERRÍA (ESTEBAN). — El desierto.....	1
ENCINA (CARLOS). — Canto al Arte.....	68
GUIDO Y SPANO (CARLOS). — Á mi hija María del Pilar....	24
GUTIÉRREZ (JUAN MARÍA). — Á mi caballo.....	49
GUTIÉRREZ (RICARDO). — El misionero.....	8
LAFINUR (JUAN C.). — Canto elegíaco.....	89
LÓPEZ Y PLANES (VICENTE). — En la victoria de Maipo....	114
LUCA (ESTEBAN DE). — Canto lírico á la libertad de Lima.	94
MÁRMOL (JOSÉ). — Los trópicos.....	39
VARELA (JUAN CRUZ). — Á la victoria de Ituzaingó.....	36
VEGA (VENTURA DE LA). — La agitación.....	83

POETAS BOLIVIANOS.

BUSTAMANTE (RICARDO S.). — Et lux æterna lucebit.....	139
MUJÍA (MARÍA JOSEFA). — La ciega.....	174
RAMALLO (MARIANO). — Al pie del Illimani.....	223

POETAS COLOMBIANOS.

	Páginas.
ARBOLEDA (JULIO). — Pubenza.....	232
CARO (JOSÉ EUSEBIO). — El hacha del proscrito.....	237
FALLÓN (DIEGO). — La luna.....	179
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ (GREGORIO). — El cultivo del maíz..	149
ISAACS (JORGE). — La vuelta del recluta.....	249
MADIEDO (MANUEL MARÍA). — Al Magdalena.....	317
ORTIZ (JOSÉ JOAQUÍN). — Al Tequendama.....	158
PÉREZ (SANTIAGO). — La noche en el mar.....	312
POMBO (RAFAEL). — Mi amor.....	195
SAMPER (JOSÉ MARÍA). — Á orillas del Magdalena.....	101
VALENZUELA (MARIO). — El llanero.....	242

POETAS CUBANOS.

FORNARIS (JOSÉ). — Amor de esposa.....	265
GÓMEZ DE AVELLANEDA (GERTRUDIS). — Al mar.....	220
HEREDIA (JOSÉ MARÍA). — Al Niágara.....	59
MENDIVE (RAFAEL M.). — La música de las palmas.....	65
MILANÉS (JOSÉ JACINTO). — La fuga de la tórtola.....	22
PALMA (J. JOAQUÍN). — Serenata.....	52
TOLÓN (MIGUEL T.). — Maternidad.....	280
VALDÉS (GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN). — La flor de la caña..	45
ZENEA (JUAN CLEMENTE). — Entonces.....	215

POETAS CHILENOS.

BLEST GANA (GUILLERMO). — Á diez y ocho años.....	147
IRISARRI (HERMÓJENES). — Anacreónica.....	141
LILLO (EUSEBIO). — El junco.....	199
MARTÍNEZ (CARLOS WÁLKER). — Un rayo de sol.....	305
MATTA (GUILLERMO). — Á una niña.....	166
RODRÍGUEZ VELAZCO (LUIS). — Noche de luna.....	134
SOFFÍA (JOSÉ ANTONIO). — Deber del hombre.....	289

POETAS ECUATORIANOS.

	Páginas.
ESCOBAR (ARCESIO). — El cadáver del salvaje.....	75
LLONA (NUMA POMPILIO). — Los caballeros del Apocalipsis.	329
MERA (JUAN LEÓN). — La caza.....	295
OLMEDO (JOSÉ JOAQUÍN). — La victoria de Junin.....	206

POETAS MEJICANOS.

ACUÑA (MANUEL). — Entonces y hoy.....	287
ALTAMIRANO (IGNACIO M.). — La salida del sol.....	156
CARPIO (MANUEL). — Castigo de Faraón.....	109
COSMES (FRANCISCO). — El poeta....	34
FLORES (MANUEL M.) — Eva.....	141
GÓMEZ VERGARA (JOAQUÍN). — Mis montañas.....	302
GUTIÉRREZ NÁJERA (MANUEL). — Cuadro del hogar.....	7
PEÓN CONTRERAS (JOSÉ). — El salto de Barrio-Nuevo.....	176
PESADO (JOSÉ JOAQUÍN). — Nueva esperanza.....	133
PEZA (JUAN DE DIOS). — Nieve de estío.....	86
RQA BÁRCENA (JOSÉ MARÍA). — La cuesta del muerto.....	260
RODRÍGUEZ RIVERA (RAMÓN). — Tropical.....	308
ROSAS (JOSÉ). — El zentzontle.....	186
SIERRA (JUSTO). — Á Méjico.....	217
VALLE (JUAN). — El crepúsculo en la Presa...	230

POETAS PERUANOS.

CORPANCHO (MANUEL NICOLÁS). — En un álbum.....	316
CORPANCHO (TEOBALDO E.). — Tres preludios.....	237
MÁRQUEZ (JOSÉ ARNALDO). — Al sol.....	135
SALABERRY (CARLOS AUGUSTO). — La locomotiva.....	13

POETAS URUGUAYOS.

BERRO (ADOLFO). — En un ^o álbum.....	183
GÓMEZ (JUAN CARLOS). — El tiempo.....	204
MAGARIÑOS CERVANTES (ALEJANDRO). — El mburucuyá..	163
ZORRILLA DE SAN MARTÍN (JUAN). — La leyenda patria...	243

POETAS VENEZOLANOS.

	Páginas.
BARALT (RAFAEL M.). — Á Cristóbal Colón.....	272
BELLO (ANDRÉS). — La agricultura de la zona tórrida.....	118
CALCAÑO (JOSÉ ANTONIO). — En la orilla de la mar.....	190
HERNÁNDEZ (DOMINGO R.). — Al río Caurimare.....	293
JUGO RAMÍREZ (DIEGO). — Porvenir de América.....	127
LOZANO (ABIGAIL). — Á la noche.....	81
MAITÍN (JOSÉ ANTONIO). — El hogar campestre.....	251
PARDO (FRANCISCO G.). — La gloria del Libertador.....	282
PÉREZ BONALDE (JUAN A.). — Vuelta á la patria.....	167
SÁNCHEZ PESQUERA (MIGUEL). — Melodía hebraica.....	92
YEPES (JOSÉ R.). — La golondrina.....	26

